



G. K. CHESTERTON

Los límites de la cordura

El distributismo y la cuestión social

B el buey mudo

JALP



G. K. CHESTERTON

Los límites de la cordura

El distributismo y la cuestión social

B el buey mudo

LOS LÍMITES DE LA CORDURA

Gilbert Keith Chesterton

LOS LÍMITES DE LA CORDURA

El distributismo y la cuestión social

B **el buey mudo**

Madrid, 2010

Primera edición: junio de 2010

Título original: *The Outline of Sanity* (primera edición de 1927)
Traducido por María Raquel Bengolea

- © by The Royal Literary Fund
- © De la introducción: Salvador Antuñano Alea
- © De la presente edición: El Buey Mudo
C/ López de Hoyos, 327
28043 Madrid
Teléf.: 91 1859800
www.elbueymudo.es

Diseño de cubierta: El Buey Mudo
ISBN: 978-84-937789-9-6

Depósito legal: M-25.015-2010
Fotocomposición: Paco Arellano
Impresión y encuadernación: Cofás

Impreso en España - *Printed in Spain*

Ante la imposibilidad de encontrar al traductor de esta obra, efectuamos un ejercicio de derechos reservados sobre la traducción.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra en cualquier tipo de soporte o medio, actual o futuro, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Índice

INTRODUCCIÓN. UNA ECONOMÍA AL SERVICIO DE LA PERSONA	9
I. ALGUNAS IDEAS GENERALES	15
1. El principio de la disputa	17
2. La hora crítica	33
3. La posibilidad de recuperación	47
5. Sobre un sentido de la proporción	59
II. ALGUNOS ASPECTOS DE LA GRAN EMPRESA	69
1. El engaño de las grandes tiendas	71
2. Un malentendido acerca del método	79
3. Un caso en cuestión	90
4. La tiranía de los trust	97
III. ALGUNOS ASPECTOS DE LA TIERRA	109
1. La simple verdad	113
2. Votos y voluntarios	117
3. El verdadero vivir de la tierra	129
IV. ALGUNOS ASPECTOS DE LA MÁQUINA	138
1. La rueda del destino	139
2. La fábula de la máquina	148
3. El día de fiesta del esclavo	158
4. El hombre libre y el automóvil Ford	166
V. UNA NOTA SOBRE LA EMIGRACIÓN	176
1. La necesidad de un espíritu nuevo	177
2. La religión de la pequeña propiedad	188
VI. RESUMEN	200

INTRODUCCION

UNA ECONOMIA AL SERVICIO DE LA PERSONA

Gilbert Keith Chesterton (1874-1936) es un escritor bien conocido en el ámbito cultural español, no sólo porque muchas de sus obras fueron inmediatamente vertidas a nuestra lengua, o porque de unos años a esta parte diversas casas editoriales han emprendido la encomiable tarea de publicar nuevas traducciones o recuperar las antiguas, sino sobre todo porque las ideas, el estilo y el humor del gran autor británico captan pronto la atención y el interés del

público y hallan resonancia en la mente y el corazón de sus lectores. Pero entre ellos, curiosamente, no se encuentran sólo personas que comparten su forma de entender la vida, sino también quienes, discutiéndola y pensando con esquemas muy diversos y aun opuestos a los del polemista católico, sin embargo se sienten a gusto con su lectura, que les interpela y les mueve a reflexión, como si se encontraran debatiendo con un buen amigo.

Ahora bien, a Chesterton se le conoce entre nosotros sobre todo por su obra literaria -El hombre que fue Jueves, los innumerables relatos del Padre Brown, La esfera y la cruz, El retorno de Don Quijote, el Napoleón de Notting Hill-, etc., por sus ensayos filosóficos y apologéticos -Ortodoxia, Herejes, El hombre eterno-, por su deliciosa Autobiografía o incluso por algunos de sus magníficos poemas, como Lepanto. Pero hay al me nos otros dos campos en los que su genio muestra el enorme sentido común que posee, su sólida concepción del hombre, la atractiva belleza de su escritura, la acerada precisión de sus ideas y la sugerente originalidad de sus perspectivas y, sin embargo, no son tan conocidos para el público de nuestra lengua. Tales campos son el de la crítica literaria -en donde sigue siendo un nombre de ineludible referencia sobre autores como Dickens, Shaw, Stevenson, Chaucer y el propio Shakespeare- y el del pensamiento social, político y económico.

De lo mucho que Chesterton escribió sobre este último campo, dos son quizás las obras más significativas: Lo que está mal en el mundo -cuyo centenario se celebra en este año 2010- y Los límites de la cordura, de 1926, que aquí publica felizmente El Buey Mudo rescatando para ello la traducción de María Raquel Bengolea. Aunque ambas obras aparecieron en nuestro idioma hace ya décadas, no parece que hayan tenido, sin embargo, la misma repercusión que otras. Esperamos que esta nueva edición de Los límites de la cordura contribuya a que la obra alcance toda la difusión que merece, puesto que estamos convencidos de

que las ideas que el autor plasma en ella ayudan a reflexionar sobre la llamada «cuestión social» y pueden resultar fecundas. Sin duda, tales ideas adquieren relevancia en un contexto como el de la actual crisis financiera, en el que ha llegado a cuestionarse la validez del modelo capitalista. Y sin duda también esas ideas encuentran explicación de su origen en el propio contexto social del autor. Nos parece, sin embargo, que su valor esencial no reside allí -en la aplicación a su contexto o al nuestro, aunque en ambos casos esto pueda ser útil e incluso necesario- sino sobre todo en el planteamiento de fondo que propone y que consiste en una revisión del sistema social, político y económico para poner, como principio y fundamento de todo sistema que en esos ámbitos quiera presentarse como auténtico, la dignidad de la persona.

Uno de los rasgos característicos de la modernidad del siglo XIX y XX que más irritaba a Chesterton era esa manía dialéctica de enfrentar aspectos de la realidad que quizás más que opuestos son complementarios. Así, la modernidad parecía oponer en una lucha a muerte el individuo a la sociedad, de modo que, en consecuencia uno estaba obligado a elegir y para afirmar la libertad individual terminaba olvidando el carácter solidario de los seres humanos, o bien elegía permanecer en unión y compañía de otros hombres y entonces renunciaba -y combatía- toda noción de la libertad individual. En otras palabras, en el tiempo de Chesterton -y en gran medida también en el nuestro- se notaba ya una fuerte tendencia a considerar que si uno no era un socialista estaba condenado a ser un liberal, y viceversa. De este modo, aunque uno compartiera la fe en la libertad del ser humano que el liberalismo dice profesar, si se atrevía a sugerir con timidez que quizás ese mismo ser humano que es libre debería de igual modo reconocer que está originariamente -y por tanto de forma no absolutamente libre- vinculado a otros seres humanos y que esto tal vez implicaba algún tipo de responsabilidad respecto de los otros, se le podía acusar directamente de «bolchevique»

y «destructor de las libertades individuales». Expulsado así del club de los liberales y obligado a identificarse con los seguidores del señor Marx (Karl), se encontraría probablemente a gusto entre ellos cuando hablaran de las bondades de la sociedad humana y de lo importante y necesaria que era en sí misma. Pero si llevaba entonces su reflexión un poco más allá y les hacía ver a sus nuevos correligionarios que el fin de tal sociedad es, en el fondo, la perfección de la persona y que, por tanto, la sociedad no debe ser tan fuerte que llegue a disolver al individuo en una masa anónima toda teñida de rojo y a privarle de su libertad, en ese preciso momento era tachado de «burgués explotador» e «individualista insolidario». Así, fuera también de este otro grupo, nuestro hombre se encontraba -y quizás se encuentra todavía- en una tierra de nadie. Y todo esto es, en el fondo, porque la modernidad ha creído que debe afirmar y defender sin fisuras ni matices uno de los dos polos: o libertad o sociedad.

Chesterton, sin embargo, estaba convencido de que estas actitudes dialécticas y excluyentes eran en realidad modalidades de sendas herejías. Pues la herejía no consiste en negar la verdad, sino en aferrarse a un solo aspecto de la verdad y desde allí juzgar -es decir, pre-juzgar- la existencia y reducirla toda a ese único aspecto. Por eso toda herejía -y toda ideología, como justificación del poder por el poder, es en este sentido herética- termina siendo negativa, reduccionista y excluyente, lo cual se ve en las definiciones que suelen dar del hombre y de la realidad, que van siempre por fórmulas del tipo: «el hombre no es otra cosa que...(y aquí puede ponerse: libertad, o sociedad, o genes, o educación, o cualquier otro aspecto que, de algún modo, configure al hombre)». La realidad -y la realidad del hombre-, sin embargo, es mucho más abierta, amplia y positiva. Porque es verdad que el hombre es libre, pero es igualmente verdad que es social y si estos dos aspectos se dan en él no deberían entenderse como opuestos, sino como un contraste que busca y mueve a integrarlos en una

armónica complementariedad; y aunque esta tarea no sea fácil, en ella va implicada la plenitud del hombre. Desde esta perspectiva, la sociedad puede ser vista como el marco adecuado para el desarrollo de la libertad individual y ésta como la condición necesaria y el impulso para mejorar aquélla.

Pero tal planteamiento que pretende equilibrar los diversos aspectos de la existencia humana supone la definición de una antropología, de una visión del hombre. Y toda antropología que quiera de verdad serlo, debe analizar a fondo la realidad del ser humano. El análisis que de ello hizo Chesterton le llevó a proponer, junto con otros autores como Hilaire Belloc (1870-1956), unas pautas para la configuración de un modelo económico y social como una alternativa no sólo real y posible frente a los sistemas que entonces estaban vigentes -el socialista y el liberal, pero también el fascista y el nazi-, sino, sobre todo, mejor fundamentada que todos esos sistemas que, en el fondo, por un lado o por otro, se nutren de aquellas fuentes modernas, hegelianas y hobbesianas que consideran que para afirmar el yo -individuo, clase, estado o raza- es necesario destruir al tú, aunque en esa destrucción desaparezcamos todos, que ya vendrá la «síntesis» a salvarnos con una nueva existencia... Por eso, con un enfoque basado sólidamente en la dignidad de la persona humana, Chesterton y Belloc propusieron, sobre la estela y a impulso de la *Rerum Novarum* (1891) de León XIII, un modelo que terminó recibiendo el nombre de «distributismo». Si bien este nombre carece de todo atractivo publicitario, responde sin embargo a una de sus ideas centrales: la recta y justa distribución de la propiedad, como marco y condición material necesaria para garantizar el desarrollo, la libertad y la dignidad de la persona humana.

Chesterton dedicó largos años de su vida a pensar y exponer ese modelo. Lo hizo, sobre todo, en las páginas del semanario que dirigía, el *G.K.'s. Weekly*, cuyo origen estaba en el que su hermano Cecil y Belloc fundaron en 1911 con

otra cabecera, *The Eye Witness* y luego *The New Witness*. El libro que el lector tiene en sus manos recoge algunos de esos artículos. Aunque el autor ha procurado agruparlos en bloques más o menos temáticos, decidió -como explica en sus primeras páginas- dejarlos en la forma en que fueron originalmente publicados. Si bien por eso puede parecer que pasa de un tema a otro sin una rigurosa continuidad sistemática, no es menos cierto que cada uno de ellos trata determinadas ideas de forma más o menos redonda y completa y, desde luego, está presente el hilo conductor de todos los artículos, que es el distributismo. Así, en estas páginas se destila lo esencial del pensamiento económico y social de Chesterton, con buenas dosis de su proverbial humor, ironía y paradoja. Sobre esto último conviene hacer un comentario: la fuerza del estilo y ese carácter muy suyo de jovialidad y alegría pueden desviar la atención del lector hacia estos aspectos formales y hacerle perder o al menos minusvalorar las ideas de fondo. Para él, sin embargo, estas ideas eran de los asuntos más serios de su vida, que quedó con ellas comprometida. Dicho esto, sólo nos queda hacer una última sugerencia: tal vez, el modo más adecuado de leer a Chesterton sea acompañar el libro de un vaso de buen vino y los aromas de un cigarro habano, como se hace al debatir con los amigos, según decíamos al inicio. Es probable que este ritual de lectura disguste a los partidarios y promotores de lo políticamente correcto, pero a ellos también les ha molestado siempre la cercanía de Chesterton, y desde luego no serán partidarios de esta página. En el pecado va la penitencia: ellos se lo pierden.

SALVADOR ANTUÑANO ALEA

Profesor titular de Humanidades Universidad Francisco de Vitoria (Madrid)

I

ALGUNAS IDEAS GENERALES

1. El principio de la disputa

Se me ha pedido que vuelva a publicar estas notas, aparecidas en un semanario, como esquema general de ciertos aspectos de la institución de la propiedad privada, ahora tan completamente olvidada en medio de los alborozos periodísticos sobre la empresa privada. El hecho mismo de que los editores hablen tanto acerca de la última y tan poco acerca de la primera señala el tono moral de la época. Es evidente que el carterista es un defensor de la empresa privada. Pero quizá sería exagerado decir que el carterista es un defensor de la propiedad privada. Lo característico del capitalismo y del mercantilismo, según su desarrollo reciente, es que en realidad predicaron la extensión de los

negocios más que la preservación de las posesiones. En el mejor de los casos han tratado de adornar al carterista con algunas de las virtudes del pirata. Lo característico del comunismo es que reforma al carterista prohibiendo los bolsillos.

En general, me parece que los bolsillos y los bienes no sólo tienen una justificación más normal, sino también más digna que el individualismo algo bajo que habla tanto sobre la empresa privada. Con la esperanza de que puedan ayudar a otros a comprenderlo, he decidido reproducir estos estudios tal cual están, aunque fueran unos escritos precipitados y a veces simples apuntes. Es, ciertamente, muy difícil reproducirlos en esta forma, porque fueron notas editoriales para una controversia en gran parte dirigida por otros; pero la idea general, por lo menos, está presente. De cualquier modo, la expresión «empresa privada» no es una forma muy noble de afirmar la verdad que encierra el décimo mandamiento. Aunque hubo un tiempo en que fue hasta cierto punto una forma verdadera. Los radicales de Manchester predicaron una competencia más bien cruda y cruel; pero por lo menos ponían en práctica lo que predicaban. Los diarios que elogian ahora la empresa privada predicán lo más opuesto a todo lo que todos ellos sueñan con practicar. Toda industria y oficio tiende hoy, prácticamente, hacia las grandes combinaciones comerciales, a menudo más autoritarias, más impersonales, más internacionales que muchas de las naciones comunistas; fórmulas que son, como poco, colectivas, si no colectivistas. Está muy bien repetir aturdidamente «¿adónde vamos con todo este bolchevismo?». Es igualmente apropiado agregar «¿adónde vamos, incluso sin este bolchevismo?». La respuesta obvia es: al monopolio. Ciertamente, no vamos a la empresa privada. Sería más exacto llamar juicio privado a la Inquisición española que empresa privada al monopolio. El monopolio no es privado ni emprendedor. Existe para impedir la empresa privada. Y ese sistema de trust o monopolio, esa destrucción completa de la propiedad,

serían todavía la meta de todo nuestro progreso si no hubiera bolchevismo en el mundo.

Yo soy uno de los que creen que el remedio contra la centralización es la descentralización. Se ha dicho que es una paradoja. Aparentemente tiene algo de mágico y fantástico decir que cuando el capital ha llegado a estar en manos de pocos lo que corresponde es devolverlo a las manos de muchos. El socialista lo colocaría en manos de menos gente todavía; y estas personas serían los políticos, quienes, como sabemos, lo administran siempre en provecho de los muchos. Pero antes de ofrecer al lector lo que fue escrito durante lo más reñido de la controversia, creo que será necesario prologarlo con estos pocos párrafos, para explicar algunos de los términos y ampliar algunos de los supuestos. Desde el semanario, yo discutía con gente que conocía la clave de este particular debate; pero para ser claramente comprendidos por más gente debemos empezar con unas pocas definiciones o, al menos, calificaciones. Aseguro al lector que doy a las palabras un sentido bien definido, aunque es posible que él las use dándoles un sentido diferente; de todos modos, una confusión de este tipo no llega ni siquiera al rango de diferencia de opinión.

Capitalismo, por ejemplo, es en realidad una palabra muy desagradable. Sin embargo, lo que pienso cuando la digo es bien definido y definible; sólo que el nombre es una palabra muy poco aplicable a él. Pero es evidente que hay que llamarlo de algún modo. Cuando digo «capitalismo», por lo común quiero decir algo que puede formularse así: «Aquella organización económica dentro de la cual existe una clase de capitalistas, más o menos reconocible y relativamente poco numerosa, en poder de la cual se concentra el capital necesario para lograr que una gran mayoría de los ciudadanos sirva a esos capitalistas por un sueldo». Este especial estado de cosas puede existir, y existe; y debemos llamarlo de alguna manera y discutirlo de algún modo. Pero no hay duda de que es una palabra muy mala, porque la usa otra gente para designar cosas muy

distintas. Algunos parecen querer indicar con ella simplemente la propiedad privada. Otros suponen que por capitalismo debe entenderse cualquier cosa que implique uso de capital, aunque esa acepción es muy literal, y también demasiado vaga, e incluso demasiado amplia. Si la utilización de capital es capitalismo, entonces todo es capitalismo. El bolchevismo es capitalismo y el comunismo anarquista es capitalismo; y todo sistema revolucionario, por descabellado que sea, sigue siendo capitalismo. Lenin y Trotsky creen, como Lloyd George y Thomas, que los manejos económicos de hoy deben dejar algo para los manejos económicos de mañana. Y eso es lo que significa capital en su sentido económico. En ese caso la palabra es inútil. El uso que yo hago de ella puede ser arbitrario, aunque no es inútil. Si capitalismo quiere decir propiedad privada, soy capitalista. Pero si capitalismo significa esta particular condición del capital, sólo entregado a la masa bajo forma de salarios, entonces debería significar algo más que propiedad privada.

La verdad es que lo que llamamos capitalismo debería llamarse proletarismo, pues lo que lo caracteriza no es el hecho de que algunas personas posean capital, sino que la mayoría sólo tengan salarios porque no tienen capital. En mis tiempos hice un esfuerzo heroico para andar por el mundo diciendo siempre proletarismo en vez de capitalismo. Pero la mía fue una senda espinosa, sembrada de molestias y malentendidos. Cuando critico al duque de Northumberland por su proletarismo, no se me llega a comprender. Cuando digo que coincidiría a menudo con el Morning Post si éste no fuera tan deplorablemente proletario, parece haber algún extraño impedimento momentáneo para la comunión de espíritu con espíritu. Sin embargo, eso sería estrictamente cierto; porque de lo que me quejo es de que en la defensa corriente del capitalismo existente se justifique el hecho de mantener a la mayoría en una dependencia asalariada; esto es, de que se mantenga a la mayoría de los hombres sin un capital. No pertenezco al tipo de hombre riguroso que

prefiere expresar correctamente lo que no quiere decir antes que expresar incorrectamente lo que quiere decir. Me es del todo indiferente el término comparado con la significación. No me importa si nombro una cosa u otra con esta simple palabra impresa que empieza con «c», en tanto que se aplique a una cosa y no a otra. No tengo inconveniente en usar un término tan arbitrariamente como se usa un signo matemático, con tal de que sea aceptado como signo matemático. No tengo inconveniente en llamar x a la propiedad y al capitalismo y , con tal de que nadie piense que es necesario decir $x=y$. Y no tengo inconveniente en decir «gato» en vez de capitalismo y «perro» en lugar de distributismo, con tal de que la gente comprenda que ambas cosas son lo bastante diferentes como para reñir como el perro y el gato. La propuesta de una mayor distribución del capital sigue siendo la misma, llamémosla como la llamemos, o en cualquier forma que llamemos la presente y notoria oposición a ella. Es lo mismo afirmarla diciendo que hay demasiado capitalismo en un sentido o demasiado poco capitalismo en otro. Y en realidad resulta bastante pedante decir que el uso del capital debe ser capitalista. Con igual justicia podríamos decir que todo lo social debe ser socialista, que el socialismo puede identificarse con una velada social o con un banquete. Lo cual, siento decirlo, no es verdad.

No obstante, existe tanta vaguedad verbal alrededor del socialismo, que hace falta una definición. El socialismo es un sistema que hace a la unidad colectiva de la sociedad responsable de todos sus procesos económicos, o de todos aquellos que afectan a la vida y la subsistencia esencial. Si se vende algo importante, lo ha vendido el Gobierno; si se ha donado algo importante, lo ha donado el Gobierno; cuando se tolera algo importante, el Gobierno es responsable por haberlo tolerado. Es el mismísimo reverso de la anarquía: es un entusiasmo extremado por la autoridad. Es digno, en muchos aspectos, de la jerarquía moral de la inteligencia; es la aceptación colectiva de una responsabilidad muy acabada.

Pero es tonto que los socialistas se lamenten de que digamos que acarrea una pérdida de la libertad. Es casi igualmente tonto que los antisocialistas se lamenten de la brutalidad antinatural y desequilibrada del Gobierno bolchevique al aplastar toda oposición política. Porque allí es el Gobierno quien provee de todo; y es absurdo pedir al Gobierno que provea una oposición.

No se puede acudir al sultán y reprocharle: «No ha arreglado las cosas para que su hermano lo destrone y se apodere del califato». No se puede pedir al rey medieval: «Tened la bondad de prestarme dos mil lanzas y mil arqueros, pues quiero rebelarme contra vos». Menos aún puede reprocharse a un Gobierno que pretende construirlo todo el que no haya construido nada para derribar lo construido. La oposición y la sublevación dependen de los bienes y de la libertad. Sólo puede ser tolerada allí donde se ha permitido que echen raíces otros derechos aparte del derecho central del gobernante. Esos derechos deben estar protegidos por una moralidad que hasta el gobernante vacilará en desafiar. El crítico del Estado sólo puede existir cuando un sentido religioso del derecho protege sus pretensiones de un arco y una lanza propios; o, por lo menos, de tener su propia pluma o su propia imprenta. Es absurdo suponer que podría tomar prestada la pluma real para abogar por el regicidio o utilizar las imprentas del Gobierno para revelar la corrupción de éste. Sin embargo, el socialismo afirma enfáticamente que, a menos que todas las imprentas sean imprentas del Estado, existe la posibilidad de que los impresores sean oprimidos. La justicia del Estado lo abarca todo, es como poner todos los huevos en el mismo cesto: muchos serán huevos podridos.

Hará unos quince años que algunos de nosotros empezamos a predicar, desde los viejos New Age y New Witness, una política de pequeña propiedad distribuida (política que desde entonces ha tomado el nombre chabacano, pero exacto, de distributismo), contra los dos extremos del capitalismo y el comunismo, como hubiéramos dicho

entonces. La primera crítica que recibimos nos llegó de los fabianos más talentosos, especialmente del señor Bernard Shaw. Y la forma que tomó esa primera crítica fue la de decirnos simplemente que nuestro ideal era de realización imposible. Que se trataba sólo de un caso de católica credulidad en los cuentos de hadas. La ley de arrendamiento y otras leyes económicas hacían inevitable que los pequeños arroyuelos de la propiedad desembocaran en el charco de la plutocracia. En verdad, fue la agudeza fabiana y no solamente el necio tory quien afrontó nuestra visión con aquel venerable arranque: «Si mañana todo estuviera repartido...». Con todo, aun en aquellos días tuvimos una respuesta, y aunque desde entonces hemos encontrado muchas otras, se aclarará el asunto si repito esta cuestión de principio. Es verdad que creo en los cuentos de hadas, en el sentido de que me maravilla tanto lo que existe que soy el más dispuesto a admitir lo que podría existir. Comprendo al hombre que cree en la serpiente marina porque cree que hay más peces en el mar de los que alguna vez han salido de él. Pero lo comprendo todavía más porque el otro hombre, en su fervor para refutar la existencia de la serpiente marina, arguye que no sólo no hay serpientes en Islandia, sino que no las hay en todo el mundo. Supongamos que el señor Bernard Shaw, juzgando esta credulidad, me censurara por creer (por palabras de algún embustero sacerdote) que pueden arrojarse piedras al aire y quedar suspendidas como un arco iris. Supongamos que me dijera dulcemente que no debería creer en ese cuento papista de las piedras mágicas después de haber escuchado alguna vez la explicación sobre la ley de la gravedad. Y supongamos que, después de todo esto, yo descubriera que se refería sólo a la imposibilidad de construir un arco. Creo que la mayor parte de nosotros llegaríamos a dos conclusiones principales acerca de él y de su escuela. En primer lugar los consideraríamos muy mal informados sobre lo que realmente significa reconocer una ley de la naturaleza. Puede reconocerse una ley de la naturaleza resistiéndose a ella, o superándola, o aun usándola contra sí

misma, como en el caso del arco. Y, en segundo lugar, pensaríamos (con mucha más firmeza) que estaban sorprendentemente mal informados acerca de lo que ya se ha hecho sobre la tierra.

De modo similar, el primer hecho de la discusión sobre si es posible que existan pequeñas propiedades es el hecho de que existen. Y es hecho casi igualmente inequívoco que no sólo existen, sino que perduran. El señor Shaw afirmaba, con una especie de furia abstracta, que «las pequeñas propiedades no permanecerán pequeñas». Ahora bien, resulta interesante señalar aquí que los que se oponen a cualquier cosa semejante al propietario múltiple le hacen a éste dos acusaciones del todo incompatibles. Nos dicen continuamente que la vida campesina en tierra latina o en cualquier otra tierra es monótona, que no progresa, que está plagada de supersticiones y que es una especie de reminiscencia de la Edad de Piedra. No obstante, aun cuando nos denigran con su reminiscencia, afirman que nunca podrá sobrevivir. Muestran al campesino como a un hombre permanentemente atascado en el fango, y rehúsan plantarlo en cualquier otra parte, en el terreno específico donde no se atascaría. Ahora bien, el primero de los dos tipos de acusación es bastante discutible. Los críticos, para acusar a los campesinos, deben admitir que existen campesinos a quienes acusar. Y si fuera verdad que siempre tendieron a desaparecer rápidamente, no sería cierto lo que se refiere a las costumbres primitivas y a las opiniones conservadoras, lo que hace que los campesinos se hayan convertido en el objeto de los reproches de los críticos. Por sentido común, no pueden acusar a algo a la vez de anticuado y de efímero. En verdad es un hecho simple, visible a pleno día, que las pequeñas propiedades labriegas no son efímeras. Pero, en cualquier caso, el señor Shaw y los de su escuela no deberían decir que es imposible construir arcos, para luego decir que desfiguran el paisaje. El Estado distributivo no es una hipótesis que deben demoler: es un fenómeno que deben explicar.

La verdad es que la idea de que la pequeña propiedad evoluciona hacia el capitalismo es un retrato exacto de lo que prácticamente no sucede nunca. Hasta los hechos materiales dan testimonio de la verdad, hechos que, me parece, han sido curiosamente pasados por alto. Nueve de cada diez veces su cede que una civilización industrial del moderno tipo capitalista no surge, surja donde surgiere, en lugares donde ha habido hasta entonces una civilización distributiva como lo es la de labriegos. El capitalismo es un monstruo que crece en los desiertos. La servidumbre industrial ha surgido, en casi todos los casos, en aquellos espacios vacíos donde la civilización anterior se hallaba debilitada o ausente. Por eso creció más fácilmente en el norte de Inglaterra que en el sur de este país; precisamente porque el norte había estado relativamente desocupado y había sido relativamente bárbaro durante todas las épocas en que el sur tuvo una civilización de corporaciones y labradores. Por eso se desarrolló más fácilmente en el continente americano que en el europeo: precisamente porque en América no suplantaba más que a unos pocos salvajes, en tanto que en Europa tuvo que remplazar a una cultura de numerosas explotaciones agrarias. En todas partes ha habido una transición de la choza de barro a la ciudad fabril. Allí donde la choza de barro se convirtió en realidad, la labranza libre no ha avanzado desde entonces una sola pulgada hacia la ciudad fabril. Allí donde había mero señor y simple siervo, casi instantáneamente podían convertirse en mero empleador y simple empleado. Allí donde ha habido hombre libre, aun cuando fuera relativamente menos rico y poderoso, su solo recuerdo ha hecho imposible un capitalismo industrial completo. Quien ha sembrado esta cizaña capitalista es un enemigo, pero un enemigo cobarde. Porque sólo ha podido sembrarla en lugares desolados, donde no hay trigo que brote y la sofoque.

Para retomar nuestra parábola, primero decimos que existen los arcos; y no solamente existen, sino que

permanecen. Cien acueductos y anfiteatros romanos están ahí para mostrar que pueden permanecer tanto o más tiempo que cualquier otra cosa. Y si una persona progresista nos informa de que un arco se convierte siempre en una chimenea de fábrica, o aun que un arco acaba siempre por caer porque es más débil que una chimenea de fábrica, o incluso que, caiga donde cayere, la gente comprende que debe remplazarlo por una chimenea de fábrica, entonces seremos todavía lo bastante audaces como para poner en duda esas tres afirmaciones. *Lo más que podríamos admitir es que el principio en que se basa la chimenea es más simple que el principio del arco; y por esa mismísima razón la chimenea de fábrica, como la torre feudal, se levanta más fácilmente en un desierto horrible y yermo.*¹

Pero la imagen tiene además otra aplicación. Si en este momento los países latinos se toman como modelo en lo referente a la pequeña propiedad es sólo en el sentido en que hubieran sido, a través de determinados periodos de la historia, los únicos ejemplares de arco. Hubo un tiempo en que todos los arcos eran romanos; y en ese tiempo un hombre que viviera junto al Liffey o al Támesis sabría tan poco acerca de ellos como sabe el señor Shaw acerca de los propietarios campesinos. Pero eso no significa que luchemos por algo puramente extranjero, o que enarbolemos el arco como una especie de enseña italiana; como tampoco queremos poner al Támesis tan amarillo como el Tíber ni deseamos especialmente probar los macarrones o el paludismo. El principio del arco es humano, y aplicable a la humanidad y por la humanidad. También lo es el principio de la propiedad privada bien distribuida. El hecho de que unos pocos arcos romanos hayan quedado en ruinas en Inglaterra no es prueba de que no puedan construirse arcos; por el contrario, es prueba de que pueden construirse.

Y ahora, para completar la coincidencia o analogía, ¿cuál es el principio del arco? Si se quiere, puede decirse que es una afrenta a la gravitación, aunque sería más exacto decir que es una exhortación a la gravitación. El principio

afirma que si combinamos piedras separadas de una forma particular, de un modo particular, podemos lograr que su propia tendencia a caer les impida caer. Y aunque mi imagen es simplemente un ejemplo, permanece inmutable cuando se aplica al éxito de propiedades más igualadas. Lo que sostiene el arco es la compensación de la presión de cada piedra separada sobre cada una de las otras. La compensación es a la vez ayuda mutua y mutuo obstáculo. No resulta difícil mostrar que dentro de una sociedad sana la presión espiritual de diferentes propiedades privadas actúa exactamente en la misma forma. Pero si la otra escuela halla insuficiente la clave o la comparación, debe buscar alguna otra. Es claro que las fuerzas naturales no pueden anular el hecho. Decir que una ley como la ley de arrendamiento se opone a él es verdad sólo en el mismo sentido en que muchas leyes naturales se oponen a toda moralidad y a la misma esencia de la naturaleza humana. En tal sentido, los argumentos científicos están tan fuera de lugar aplicados a nuestra causa en pro de la propiedad como decía el señor Shaw que lo estaban en su causa contra la vivisección.

Por último, no sólo es verdad que el arco de la propiedad permanece; es verdad que la construcción de tales arcos aumenta tanto en cantidad como en calidad. El campesino francés anterior a la Revolución, por ejemplo, ya era vagamente propietario; ha hecho su propiedad más privada y más absoluta, no menos. Ahora es menos probable que nunca que los franceses abandonen el sistema, cuando por segunda vez, si no por centésima, ha demostrado ser el tipo de prosperidad más estable en medio de la tensión de la guerra. En Irlanda, una revolución igualmente heroica, y aún más invencible, ya ha hecho caso omiso tanto del sueño socialista como de la realidad capitalista, con una energía arrolladora, cuyos límites nadie ha osado todavía prever. Así, cuando el amplio arco de romanos y normandos había quedado durante larguísimo tiempo como una especie de reliquia, el renacimiento de la cristiandad le encontró nueva aplicación y beneficio. En un instante creció hasta la altura

titánica del gótico, donde el hombre parecía ser un dios que hubiera suspendido sus mundos de la nada. Entonces se reveló otra vez algo de aquel antiguo secreto que tan extrañamente había representado al sacerdote como constructor de puentes. Y cuando observo hoy algunos de los puentes contruidos por encima del aire, comprendo que un hombre los llame aún imposibles como única alabanza posible.

¿Qué queremos decir con eso de la «igualdad de presión» de las piedras de un arco? Ya se hablará sobre esto con más detalle, pero, en general, queremos decir que la pasión moderna a favor de un incesante e impaciente comprar y vender va acompañada de una desigualdad extrema de hombres demasiado ricos y demasiado pobres. La explicación de la continuidad de las comunidades labriegas (que sus contrarios se ven simplemente forzados a dejar sin explicar) es que, donde existe esa independencia, se la valora como se valora cualquier otra dignidad cuando se la considera corriente en un hombre; como se valora que no ande desnudo ningún hombre, ni que a ningún hombre se le pague su jornal golpeándolo con un palo.

La tesis de que aquellos que empiezan razonablemente iguales no pueden permanecer razonablemente iguales es una falacia enteramente fundada en una sociedad dentro de la cual los hombres empiezan siendo extremadamente desiguales. Es absolutamente cierto que cuando el capitalismo ha sobrepasado cierto punto, las fracciones de la propiedad dividida son fácilmente devoradas. Dicho con otras palabras, es verdad cuando hay pequeña cantidad de propiedades pequeñas, pero es totalmente falso cuando hay gran cantidad de pequeñas propiedades. Es ilógico discutir desde el torrente de las grandes empresas y la derrota de las pequeñas empresas lo que siempre tiene que suceder cuando las partes sean más parejas. Es probar desde el Niágara que no existen los lagos. Inclinado el lago, toda el agua correrá en una dirección, como corre en una dirección toda la tendencia económica de la desigualdad

capitalista. Que dejen el lago como lago, o el nivel como nivel, y nada impedirá que el lago permanezca hasta el juicio final, como parece probable que permanezcan hasta el juicio final muchos niveles de comunidades labriegas. La experiencia prueba este hecho, aunque no puede explicarse por la experiencia; pero, en realidad, es posible sugerir no sólo la experiencia, sino también la explicación. La verdad es que no hay tal tendencia económica a la desaparición de la pequeña propiedad hasta que esa propiedad se hace tan pequeña que deja de obrar como propiedad. Si un hombre posee cien acres y otro posee medio acre, es bastante probable que éste sea incapaz de vivir en medio acre. Y habrá una tendencia económica que le hará vender su terreno y convertirá al otro hombre en orgulloso propietario de cien acres y medio. Pero si un hombre posee treinta acres y otro cuarenta, no hay tendencia económica de ninguna especie que lleve al primero a vender al segundo. Es simplemente falso decir que el primer hombre no puede estar seguro de treinta acres y el segundo conforme con cuarenta. Es puro disparate; como decir que cualquier hombre que tenga un bull-terrier está destinado a vendérselo a alguno que tenga un mastín. Es como decir que no puedo ser dueño de un caballo porque tengo un vecino excéntrico dueño de un elefante.

Inútil es decirlo: aquellos que insisten en que no puede existir la propiedad aproximadamente compensada basan todo su argumento en la idea de que ha existido. A fin de probar lo que se proponen, tienen que suponer que la gente de Inglaterra, por ejemplo, empezó siendo igual y llegó rápidamente a la desigualdad. Y no hace más que completar lo caprichoso de toda su posición el hecho de que den por sentada la existencia de aquello que consideran una imposibilidad en el único caso en que en realidad no ocurrió. Hablan como si diez mineros hubieran disputado una carrera y uno de ellos se hubiera con vertido en duque de Northumberland. Como si el primer Rothschild hubiera sido un campesino que fue plantando con paciencia mejores repollos que los demás campesinos. La verdad es

que Inglaterra se convirtió en un país capitalista porque hacía tiempo que era un país oligárquico. Sería mucho más difícil señalar de qué modo un país como Dinamarca tuvo que hacerse oligárquico. Pero la causa se hace aún más sólida cuando al sentido económico agregamos el ético. Una vez establecida una propiedad ampliamente dispersa, hay una opinión pública más fuerte que cualquier ley; y en realidad muy a menudo (cosa todavía más notable en los tiempos modernos) hay una ley que es expresión de la opinión pública. Quizá sea muy difícil para la gente moderna imaginar un mundo en el cual los hombres no sean generalmente admirados por su codicia y por aplastar a sus prójimos; pero les aseguro que todavía quedan realmente sobre la tierra tan extraños pedazos de paraíso terrenal.

La verdad es que esta primera objeción de la imposibilidad en abstracto va contra todos los hechos de la experiencia y la naturaleza humana. No es cierto que un hábito moral no pueda mantener contentos a la mayoría de los hombres razonables. Es como si dijéramos que, como algunos hombres atraen a las mujeres más que otros, por eso era imposible que en tiempos de la reina Victoria los habitantes de Balham se adaptaran al molde monogámico de una mujer con cada hombre. Tarde o temprano, podría decirse, se encontraría a todas las mujeres apiñadas alrededor de los pocos que las fascinaban, y no quedaría más que el celibato para la mayoría de los no atractivos. Tarde o temprano el barrio tendría que consistir en cien ermitas y tres harenes. Pero no es éste el caso. Lo sería si la tradición moral del matrimonio se perdiera realmente en Balham. Mientras viva esa tradición moral, mientras se repruebe el robo de las mujeres de los otros y se admire la fidelidad a un esposo, habrá límites para la capacidad del libertino más desenfrenado de Balham en lo que se refiere a cualquier intento de perturbar el equilibrio de los sexos. Así también cualquier acaparador de tierras encontraría rápidamente que existen límites para comprar tierra en una aldea irlandesa, española o serbia. Cuando se considera verdaderamente

odioso apoderarse de la viña de Naboth, o quitarle la mujer a Urías, resulta fácil encontrar un profeta del lugar que pronuncie el juicio del Señor. En una atmósfera de capitalismo se adula al hombre que amontona tierra sobre tierra; pero en una atmósfera de propiedad pronto se le hará burla, o posiblemente sea apedreado. La conclusión es que la aldea no se ha sumido en la plutocracia ni el suburbio en la poligamia. La propiedad es una cuestión de honor. La palabra verdaderamente opuesta a «propiedad» es «prostitución». Y no es cierto que el ser humano venda siempre aquello que es sagrado para ese sentido de propiedad propia, sea el cuerpo o el lindero. Unos pocos lo hacen en ambos casos, y al hacerlo se convierten siempre en parias. Pero no es verdad que una mayoría deba hacerlo, y quien quiera que diga que lo es no sólo ignora nuestros planes y propuestas, las visiones e ideales de alguien, el distributismo o la división del capital por tal o cual procedimiento, sino los hechos de la historia y la sustancia de la humanidad. Es un bárbaro que nunca ha visto un arco.

En las notas aquí apuntadas se hará evidente, claro está, que la restauración de este modelo, simple como es, es mucho más complicada en una sociedad complicada. Aquí sólo la he delineado en la forma más simple en que se hallaba, y todavía se halla, al comenzar nuestra discusión. Hago caso omiso de la opinión que sostiene que tal «reacción» no es posible. Sostengo el antiguo dogma místico que dice que lo que el hombre ha hecho puede hacerlo el hombre. Mis críticos parecen sostener un dogma aún más místico: que es absolutamente imposible que el hombre haga una cosa porque la ha hecho. Eso parece ser lo que quiere significarse cuando se dice que la pequeña propiedad es «anticuada». Significa en realidad que toda propiedad está muerta. Nada puede alcanzarse por los métodos actuales excepto la creciente pérdida de propiedad por parte de todos como algo absorbido en un sistema igualmente impersonal e inhumano, lo llamemos comunismo o capitalismo. Si no podemos volver atrás, parece que apenas valiera la pena

seguir adelante.

2. La hora crítica

Cuando por un momento estamos satisfechos, o hartos, después de haber leído las últimas noticias de los círculos sociales más altos, o los informes más exactos de los tribunales de justicia más responsables, nos volvemos de manera natural al folletín del diario, que se titulará «Envenenado por su madre» o «El misterio del anillo de compromiso rojo», en busca de algo más tranquilo y más serenamente convincente, más descansado, más doméstico y más próximo a la vida real. Pero a medida que vamos volviendo las páginas, al pasar de la realidad increíble a la ficción relativamente creíble, es probable que nos encontremos con una frase particular sobre el tema general de la degeneración social. Es una de las varias frases que parecen guardarse ya estereotipadas en las imprentas de los diarios. Como la mayoría de estas

declaraciones sólidas, es de carácter consolador. Es como el titular «esperanza de un arreglo», por el cual nos enteramos de que las cosas están desarregladas; o eso del «renacimiento de la industria», anuncio que es parte de lo que tiene que hacer renacer periódicamente a la industria periodística. El dicho al cual me refiero reza así: los temores acerca de la degeneración social no deben inquietarnos, porque tales temores se han manifestado en todas las épocas; y siempre hay personas románticas y retrospectivas, poetas y demás basura, que miran atrás, a «felices viejos tiempos» imaginarios.

Lo propio de tales afirmaciones es que parecen satisfacer a la inteligencia; en otras palabras, lo propio de tales pensamientos es que nos impiden pensar. El hombre que ha elogiado así el progreso no cree necesario progresar más. El hombre que ha desechado una queja por vieja no considera necesario decir nada nuevo. Se contenta con repetir esta disculpa de las cosas existentes, y parece incapaz de ofrecer ningún otro pensamiento sobre el tema. Claro está que es bien cierto que esta idea de la decadencia de un Estado ha sido sugerida en muchas épocas y por muchas personas, algunas de ellas, por desgracia, poetas. Así, por ejemplo, a Byron, tan notoriamente taciturno y melodramático, de un modo o de otro se le había metido en la cabeza que las islas de Grecia eran menos magníficas en cuanto a artes y armas en los últimos tiempos de la dominación turca que en tiempos de la batalla de Salamina o La República de Platón. Así también Wordsworth, figura igualmente sentimental, parece insinuar que la república de Venecia no era tan poderosa cuando Napoleón la aplastó cual chispa agonizante como cuando su comercio y su arte llenaban los mares del mundo con un incendio de color. Muchos escritores de los siglos XVIII y XIX han llegado hasta a insinuar que la España moderna desempeñaba un papel menos importante que la España de los tiempos del descubrimiento de América o de la batalla de Lepanto. Algunos, aún más carentes de ese optimismo que

es el alma del comercio, han hecho una comparación igualmente perversa entre las condiciones anteriores y últimas de la aristocracia comercial de Holanda. Otros han llegado a sostener que Tiro y Sidón no están tan en su apogeo como lo han estado. Y al parecer una vez alguien dijo algo acerca de «las ruinas de Cartago».

En un lenguaje algo más sencillo, podemos decir que todo este debate deja un hueco grande y evidente. Cuando un hombre dice que «la gente era tan pesimista como ustedes en las sociedades no ya decadentes, sino en las florecientes», está *permitido responder*: «Sí, y la gente era tan optimista como usted en las sociedades realmente decadentes». *Porque, después de todo, había sociedades realmente decadentes. Es verdad que Horacio decía que cada generación parecía ser peor que la anterior, sobreentendiendo que Roma estaba perdida, en el preciso momento en que todo el mundo extranjero caía bajo las águilas. Pero es probable que un último y olvidado poeta de corte, elogiando al último Augústulo olvidado en la ceremoniosa corte de Bizancio, contradijera todos los rumores sediciosos de decadencia social, exactamente igual que nuestros periódicos, alegando que, después de todo, Horacio había dicho lo mismo. Y también es posible que Horacio tuviera razón, que fuera en sus tiempos cuando se inició el camino que llevó a Horatius sobre el puente de Heracleius, en el palacio; que si Roma no se iba inmediatamente a los perros², los perros irían hacia Roma y que su aullar lejano se oyó por primera vez en aquella hora de águilas alzadas; que había empezado un largo progreso que también era una larga decadencia, pero terminó en la Edad Media. Roma había vuelto a la Loba.*

Digo que esta opinión puede al menos defenderse, aunque en realidad no es la mía; pero es suficientemente razonable como para rehusar descartarla con la jovialidad barata del axioma al uso. Ha habido y puede haber algo como una decadencia social, y el único interrogante es, en un momento dado, si Bizancio había decaído y si Gran

Bretaña está decayendo. Dicho con otras palabras, debemos juzgar cualquier caso de pretendida degeneración según sus propios merecimientos. No constituye una respuesta decir lo que, por supuesto, es perfectamente cierto: que algunas personas tienen propensión natural al pesimismo. No las estamos juzgando a ellas, sino a la situación que juzgaron acertada o desacertadamente. Podemos decir que a los escolares les ha disgustado siempre tener que ir a la escuela. Pero existe una cosa que es una mala escuela. Podemos decir que los agricultores siempre se quejan del tiempo. Pero hay una cosa que es una mala cosecha. Y tenemos que considerar como una cuestión de hecho en cada caso, y no de sentimientos del agricultor, si el mundo espiritual de la moderna Inglaterra tiene en perspectiva una mala cosecha.

Ahora bien, las razones para juzgar amenazante y trágico el problema actual de Europa, y especialmente de Inglaterra, son razones enteramente objetivas y nada tienen que ver con esta disposición de ánimo propicia a la reacción melancólica. El sistema actual, llamémoslo capitalismo o cualquier otra cosa, particularmente tal como existe en los países industriales, ya ha llegado a ser un peligro y se está convirtiendo rápidamente en una amenaza de muerte. El mal se advierte en la experiencia privada más ordinaria y en la ciencia económica más fría. Para tomar primero la prueba práctica, no sólo lo sostienen los enemigos del sistema, sino que lo admiten sus defensores. En las disputas obreras de nuestro tiempo no son los empleados, sino los empleadores quienes declaran que el negocio anda mal. El hombre de negocios que prospera no está defendiendo la prosperidad, está defendiendo la quiebra. La causa a favor de los capitalistas es la causa contra el capitalismo. Lo más extraordinario es que su representante tiene que echar mano de la retórica del socialismo. Dice simplemente que los mineros o los obreros ferroviarios deben proseguir su trabajo «en beneficio público». Nótese que los capitalistas ya no usan nunca el argumento de la propiedad privada. Se

limitan por completo a esta especie de versión sentimental de la responsabilidad social general. Resulta divertido leer lo que dice la prensa capitalista sobre los socialistas que abogan sentimentalmente por gentes «fracasadas». Y ahora el argumento principal de todo capitalista en toda huelga es el de que él mismo está al borde del fracaso.

Tengo una objeción simple a este argumento simple de los periódicos que hablan de huelgas y de peligro socialista. Mi objeción es que su argumento lleva derecho al socialismo. En sí mismo, no puede llevar a nada más. Si los obreros deben seguir trabajando porque son servidores del público, sólo puede deducirse que deberían ser servidores de la autoridad pública. Si el Gobierno debe obrar en beneficio del público, y no hay más que decir, entonces es evidente que el Gobierno debería encargarse de todo el asunto, y no hay más que hacer. Yo no creo que la cuestión sea tan simple como esto, pero ellos sí lo creen. No creo que este argumento en favor del socialismo sea concluyente. Pero según los antisocialistas, el argumento pro socialista es concluyente. Hay que considerar solamente al público, y el Gobierno puede hacer lo que le plazca siempre que considere al público. Presumiblemente puede hacer caso omiso de la libertad de los empleados y forzarlos a trabajar, tal vez encadenados. También es presumible que puede hacer caso omiso del derecho de propiedad de los empleadores y pagar al proletariado, si fuera necesario, con lo que saca de los bolsillos de aquéllos. Todas estas consecuencias se siguen de la doctrina altamente bolchevique que cada mañana pregonan la prensa capitalista. Eso es todo lo que tienen que decir; y si eso es lo único que hay que decir, entonces lo otro es lo único que hay que hacer.

En el último párrafo se señala que abandonarnos a la lógica de los editorialistas que escriben sobre el peligro socialista sólo podría llevarnos derecho al socialismo. Y como algunos de nosotros se niegan sincera y enérgicamente a ser llevados al socialismo, hemos

adoptado hace tiempo la alternativa más difícil: la de tratar de pensar en las cosas. Y seguramente iremos a parar al socialismo, o a algo peor que se llamará también socialismo, o al simple caos y la ruina, si no hacemos un esfuerzo para ver la situación en su totalidad, dejando aparte nuestros enojos inmediatos. Ahora bien, el sistema capitalista, bueno o malo, verdadero o falso, se apoya en dos ideas: la de que el rico siempre será suficientemente rico para pagar salarios al pobre, y la de que el pobre siempre será bastante pobre para querer ser asalariado. Pero también supone que cada una de las partes está negociando con la otra, y que ninguna de las dos piensa en primer término en el público. El dueño de un autobús lo explota en beneficio propio, y el hombre más pobre consiente en manejarlo a fin de procurarse una paga. De modo similar, el conductor de autobús no está henchido de un abstracto deseo altruista de conducir bien un buen vehículo lleno de gente en vez de llevar una carreta. No desea conducir un autobús porque ello constituya las tres cuartas partes de su vida. Está haciendo su trabajo por la paga más alta que puede obtener. Ahora bien, el argumento favorable al capitalismo decía que, mediante ese negocio privado, se servía realmente al público. Y así fue durante un tiempo. Pero si tenemos que pedir a cualquiera de las dos partes que prosiga beneficiando al público, el único argumento original en pro del capitalismo se desploma por completo. Si el capitalismo no puede pagar tanto como para tentar a los hombres para que trabajen, el capitalismo está, según los principios capitalistas, en simple bancarrota. Si un comerciante de té no puede pagar a los empleados, y no puede importar té si no tiene empleados, su negocio quiebra y se acaba. En las antiguas condiciones capitalistas nadie dijo que los empleados debieran trabajar por menos a fin de que alguna anciana pobre pudiera tomar una taza de té.

De modo que, en realidad, la prensa capitalista es quien prueba, según principios capitalistas, que el capitalismo ha tocado a su fin. Si no fuera así, no habría

necesidad de las exhortaciones sociales y sentimentales que hacen. No sería necesario que pidieran, como los socialistas, la intervención del Gobierno. No hubiera sido necesario que, como los sentimentales y altruistas, adujeran como motivo la molestia de los pasajeros. La verdad es que ahora todo el mundo ha abandonado el argumento en el cual se basaba todo el viejo capitalismo: el argumento de que, si se dejara a los hombres cerrar tratos individualmente, automáticamente se beneficiaría el público. Tenemos que hallar nuevo fundamento de alguna clase; y los conservadores ordinarios, sin saberlo, están recurriendo al fundamento comunista.

Estoy seguro de que es absolutamente imposible seguir recurriendo al antiguo fundamento capitalista. Aquellos que intentan hacerlo se enredan en nudos absolutamente inextricables. Las cuestiones más prácticas y urgentes del momento ponen de manifiesto la contradicción día tras día. Así, por ejemplo, cuando hay alguna gran huelga o lock-out en algún negocio grande como lo es el de las minas, se nos asegura siempre que no se lograría gran economía suprimiendo los beneficios privados, puesto que esos beneficios privados son ahora insignificantes y la industria en cuestión ya no enriquece mucho a la minoría. Sea cual fuere el valor de este particular argumento, es evidente que destruye por completo el argumento general. El argumento general en pro del capitalismo o el individualismo es que los hombres no se aventurarán, salvo que en la lotería haya premios considerables. Es el que se conoce en todos los debates socialistas como el argumento del «incentivo de la ganancia». Pero si no hay ganancia, claro es que no hay incentivo. Si los titulares de regalías y los accionistas sólo reciben de la explotación un pequeño beneficio inseguro o dudoso, bien podrían caer en la baja condición de soldados y servidores de la sociedad. Nunca he comprendido, dicho sea de paso, por qué los polemistas tories tienen tanto deseo de probar, en contra del socialismo, que los «servidores del Estado» tienen que ser

necesariamente incompetentes e inactivos. La verdad es que podría dejarse a otros la tarea de señalar la modorra de Nelson o la rutina embotadora de Gordon. Pero este hundimiento del individualismo industrial, que también es una contradicción (puesto que tiene que contradecir todas sus máximas más comunes), no es sólo un accidente de nuestra condición, aunque esté más acentuado en nuestro país. Cualquiera que pueda pensar en teorías, o sea en esas cosas tan sumamente prácticas, verá que tarde o temprano se hace inevitable esta parálisis del sistema. El capitalismo es una contradicción; es una contradicción hasta en los términos. Diseccionarlo lleva mucho tiempo, y todavía más tiempo notar que se ha hecho; pero ahora hay nuevas circunstancias, el timón ha dado una vuelta completa. El capitalismo se hace contradictorio tan pronto como se completa, porque consiste en tratar con la masa de los hombres de dos modos opuestos al mismo tiempo. Cuando la mayoría de los hombres son asalariados, es cada vez más difícil que la mayoría de los hombres sean clientes. Porque el capitalista siempre trata de rebajar lo que su dependiente pide, y al hacerlo merma lo que su cliente puede gastar. Tan pronto como tiene dificultades en su negocio, como sucede actualmente en el negocio del carbón, trata de reducir lo que tiene que invertir en salarios, y al hacerlo reduce lo que otros tienen para gastar en carbón. Quiere que el mismo hombre sea rico y pobre a la vez. Esta contradicción del capitalismo no aparece en las primeras etapas, porque todavía existen poblaciones no sometidas a la condición proletaria común. Pero en cuanto la totalidad de los ricos emplea a la totalidad de los obreros, esta contradicción se hace patente como irónico sino y como evidente fallo. Empleador y empleado se retratan de forma palmaria en la relación de Robinson Crusoe y Viernes. Robinson Crusoe puede decir que tiene dos problemas: la provisión de trabajo barato y la perspectiva de comerciar con los nativos. Pero como trata de estos dos modos diferentes con un mismo hombre, se meterá en

complicaciones. Robinson Crusoe posiblemente pueda obligar a Viernes a trabajar a cambio de nada más que su manutención, ya que el hombre blanco tiene todas las armas. Como Geddes, *puede hacer economía con un hachan*³. Pero no puede reducir a cero el salario de Viernes y luego esperar que éste le entregue oro, plata y perlas de oriente a cambio de ron y rifles. Ahora bien, en la proporción en que el capitalismo cubre toda la tierra, enlaza grandes poblaciones y es dirigido por sistemas centralizados, se acentúa más y más el parecido de su funcionamiento con el de las solitarias figuras de la isla. Si realmente disminuye el comercio con los nativos hasta hacer necesario que también bajen los salarios de los nativos, sólo podemos decir que si la excusa es verdadera el caso es algo más trágico que si fuera falsa. Sólo podemos decir que entonces Crusoe está ciertamente solo y que Viernes es incuestionablemente desgraciado.

Considero muy importante que la gente comprenda que existe un principio que obra detrás de las perturbaciones industriales de la Inglaterra de nuestros días; y sea quien sea el que acierte o se equivoque en determinada disputa, no hay persona ni partido determinado responsable de que se haya malogrado nuestro experimento comercial. Es un círculo vicioso en el cual caerá por fin la sociedad asalariada cuando comience a perder beneficios y a bajar salarios; y aunque algunos países industriales todavía son suficientemente ricos como para permanecer ignorantes de la tensión latente, es sólo porque su desarrollo está incompleto; cuando lleguen a la meta se encontrarán con el enigma. En nuestro país, que es lo que más importa a la mayoría de nosotros, ya estamos cayendo en ese círculo vicioso de salarios que bajan y de demanda que decrece. Y como voy a indicar aquí, aunque de manera incompleta, la forma de escapar de esta trampa que se va cerrando lentamente, y porque sé algunas de las cosas que comúnmente se dicen acerca de tales sugerencias, tengo sobrada razón para recordar al lector todas estas cosas en este momento.

«¡Seguro! ¡Claro que no es seguro! Hay poca probabilidad de burlar la horca». Tal fue la destemplada exclamación del capitán Wicks³ en la novela de Stevenson; y el mismo novelista puso en boca de Alan Breck Stewart⁴ una muestra de candor similar. «Pero cuidado, que no es poca cosa; dormiré al raso y sobre el suelo duro... y tendrá que hacerlo con una mano sobre las armas. Sí, hombre; arrastraremos muchos pies cansados o nos sacarán. Le digo esto desde el principio porque es una vida que conozco bien. Pero si me pregunta qué otra oportunidad tiene, le diré: ninguna».

Yo mismo me siento tentado a veces de hablar de esta forma brusca, después de haber escuchado largas y meditadas disquisiciones que ponen en duda la perfección detallada del Estado distributivo, comparado con la gran felicidad y la tranquilidad definitiva que coronan el actual Estado capitalista e industrial. La gente nos pregunta cómo nos apañaríamos con las torpes faenas de los muelles, y qué ofreceríamos para remplazar la resplandeciente popularidad de lord Davenport y la paz industrial permanente del puerto de Londres. Aquellos que nos preguntan qué haremos con los muelles pocas veces parecen preguntarse qué harían los muelles consigo mismos si nuestro comercio decayera constantemente, como el de tantas ciudades comerciales del pasado. Otros nos preguntan cómo trataríamos con obreros que poseyeran acciones de una empresa que podría arruinarse. Nunca se les ocurre responder a su propia pregunta, en un Estado capitalista en el cual empresa tras empresa se van arruinando. Nosotros tenemos que solucionar las posibilidades menores y más remotas de nuestra sociedad más simple y estática, en tanto que ellos no solucionan las realidades más importantes y urgentes de la suya propia, compleja y decadente. Tienen curiosidad por saber los detalles de nuestro proyecto, y desean establecer de antemano una casuística para todas las excepciones. Pero no se atreven a mirar de frente sus propios sistemas, en los cuales la ruina se ha hecho regla. Otros desean saber si se

permitirá que en nuestra utopía exista una máquina en tal o cual condición: como muestra de museo, o como juguete de cuarto de niño, o como «utensilio de tortura del siglo XX» en la cámara de los horrores. Pero aquellos que tan ansiosamente preguntan cómo trabajarán los hombres sin máquinas no nos dicen cómo trabajarán las máquinas si los hombres no las dirigen, o cómo trabajarán tanto máquinas como hombres si no hay trabajo. Están tan impacientes por descubrir los puntos flacos de nuestra propuesta que todavía no han descubierto ningún punto fuerte en su propio sistema. Es extraño que nuestra vana y sentimental fantasía sea tan vívida para estos realistas, al punto de que pueden verla en todos sus detalles, y que su propia realidad sea tan vaga que no puedan verla en absoluto; que no puedan ver el hecho más evidente y abrumador de ella: que ya no existe.

Porque una de las bromas pesadas de la situación consiste en que nos reprochan a nosotros aquello que es especial y particularmente cierto en ellos. Nos acusan continuamente de que creamos posible volver al pasado, o a la simplicidad bárbara y la superstición del pasado, aparentemente con la idea de que queremos revivir el siglo IX. Pero ellos creen realmente que pueden hacer volver el siglo XIX. Están diciéndonos continuamente que tal o cual tradición se ha perdido para siempre, que tal o cual oficio o creencia ha desaparecido; pero no se atreven a enfrentarse al hecho de que su *propio comercio vulgar y de menudeo se ha acabado para siempre. Si hablamos de un renacimiento de la fe, o de un renacimiento del catolicismo, nos llaman reaccionarios, pero siguen encabezando con toda calma sus periódicos con la cantinela del renacimiento comercial. ¡Qué grito que viene del pasado distante! ¡Qué voz salida de la tumba! No tienen motivo alguno para creer que se producirá un renacimiento del comercio, salvo que a sus bisabuelos les hubiera resultado imposible creer en la decadencia del comercio. No tienen motivos para suponer que nos haremos más ricos, excepto el de que nuestros antepasados no nos prepararon para la perspectiva de que nos volviéramos más*

pobres. Sin embargo, son ellos quienes nos culpan siempre de depender, por tradición sentimental, del juicio de nuestros antepasados. Son ellos quienes rechazan de continuo los ideales sociales por el mero hecho de haber sido ideales sociales de una época anterior. Siempre están diciéndonos que el molino no volverá a sacar el agua que pasó, sin advertir que sus propios molinos ya están ociosos y no sacan absolutamente nada, como los molinos en ruinas de algún evaporado paisaje victoriano primitivo, apropiados para su evaporada cita victoriana primitiva. Siempre están diciéndonos que al oponernos al capitalismo y al mercantilismo hacemos como Canuto⁵ cuando increpaba a las olas; y ni siquiera saben que la Inglaterra de Cobden ya está tan muerta como la Inglaterra de Canuto. Buscan siempre hundirnos en las corrientes, arrasarnos con esas metáforas fastidiosas e insípidas de la marea y el tiempo, exactamente como si ellos pudieran disponer el retorno de los ríos que han dejado atrás nuestras ciudades, o exigir a los siete mares que vuelvan a su fidelidad al tridente, o refrenar otra vez, con oro para la minoría y hierro para la mayoría, el rugiente río del Clyde.

Bien podemos sentirnos tentados a emplear la exclamación del capitán Wicks. No estamos escogiendo entre unos posibles labradores y un comercio próspero. Estamos eligiendo entre unos labradores que tal vez tengan éxito y un comercio que ya ha fracasado. No nos esforzamos por alejar a los hombres de una tarea floreciente, tentándolos con una fiesta en la Arcadia o con una utopía de tipo campesino. Estamos tratando de insinuar que hay que volver a empezar otra vez cuando un negocio en quiebra ha quebrado realmente. No vemos ninguna razón para suponer que el comercio inglés recobrará su predominio del siglo XIX, excepto la del mero sentimentalismo victoriano y esa particular especie de mentira que los diarios llaman «optimismo». Nos insultan por tratar de volver a las condiciones de la Edad Media, como si intentáramos volver a los arcos y a la armadura de la Edad Media. Pues bien,

los yelmos ya han vuelto, y la armadura puede volver; y las flechas y los arcos tienen que volver largo tiempo antes de que se produzca un retorno a aquel momento afortunado gracias al cual viven. Es tan probable que se llegue a la conclusión, por algún accidente, de que el arco largo es superior al rifle, como que el acorazado pueda por más tiempo dominar las aguas sin tener en cuenta el aeroplano. El sistema mercantil daba por hecha la seguridad de nuestras rutas comerciales; y eso implicaba la superioridad de nuestra marina nacional. Cualquiera que mire los hechos de frente sabe que la aviación ha alterado toda la teoría de esa defensa marítima. Todo el enorme y terrible problema de una gran población en una pequeña isla que depende de importaciones inseguras es tanto un problema para los capitalistas y colectivistas como para los distributistas. No proponemos aldeas modélicas como parte de un tranquilo sistema de urbanización. Estamos acometiendo al enemigo desde una ciudad sitiada, espada en mano: atacando la ruina de Cartago. «¡Seguro! ¡Claro que no es seguro! Hay poca probabilidad de burlar la horca».

No creo improbable que, de cualquier modo, vuelva otra vez una vida social más simple, aunque vuelva por el camino de la ruina. Creo que el espíritu encontrará otra vez la simplicidad, aunque sea en la Edad Media. Pero somos cristianos, y nos inquieta tanto el cuerpo como el alma; somos ingleses y no queremos, si podemos evitarlo, que el pueblo inglés sea sólo el pueblo de las ruinas. Y deseamos fervorosamente que se considere si puede producirse la transición a la luz de la razón y de la tradición; si todavía podemos hacer deliberadamente y bien lo que la Némesis hará ruinosamente y sin piedad; si podemos tender un puente desde estas cuestas inclinadas y resbaladizas hasta la tierra más libre y firme de más allá, sin consentir todavía que nuestra nobilísima nación descienda hasta ese valle de humillación en el cual las naciones desaparecen de la historia. Con este propósito, convencidísimos de nuestros principios y sin vergüenza de quedar expuestos a que se nos discuta su

aplicación, hemos llamado a consejo a nuestros compañeros.

3. La posibilidad de recuperación

Hubo una vez, o quizá más de una vez, un hombre que entró en una cantina y pidió un vaso de cerveza. No mencionaré su nombre por razones diversas y obvias: hoy en día tal vez sea difamatorio decir esto de un hombre, y quizá podría exponerlo a la persecución policial bajo esas leyes cada vez más humanas de nuestros tiempos. En lo que concierne a esta primera acción referida, podría haber tenido cualquier nombre: William Shakespeare, o Geoffrey Chaucer, o Charles Dickens, o Henry Fielding, o cualquiera de esos nombres comunes que surgen en todas partes entre el pueblo. Lo importante del hombre es que pidió un vaso de cerveza. Y todavía más importante es que se lo bebió. Y lo más importante de todo es que (lamento decirlo) lo escupió y arrojó el jarro al tabernero. Porque la cerveza era abominablemente mala.

Es cierto que todavía no la había sometido a ningún análisis químico, pero después de haber bebido un poco se

sintió íntima, muy íntimamente persuadido de que a la cerveza le pasaba algo. Cuando ya llevaba una semana enfermo, empeorando constantemente, llevó parte de la cerveza al analista, y ese sabio, luego de hervirla, congelarla, volverla azul, verde, amarilla, le dijo que realmente contenía considerable cantidad de veneno mortífero. «Continuar bebiéndola -dijo el hombre de ciencia pensativamente- será sin duda un proceder arriesgado, pero la vida es inseparable del riesgo. Y antes de decidirse a abandonarla, debe resolver qué sustituto se propone echar dentro de sí, en lugar del brebaje que actualmente reposa allí. Si me trae una lista de lo seleccionado en materia tan difícil, con gusto le señalaré las diferentes objeciones científicas que pueden reunirse contra todos los posibles sustitutos».

El hombre se marchó. Y continuó sintiéndose cada vez peor; y notó que en realidad nadie estaba verdaderamente bien. Al pasar frente a la taberna sucedió que sus ojos tropezaron con varios amigos que, agonizantes, se retorcían en el suelo; y no pocos estaban muertos y rígidos, amontonados en el camino. Para su espíritu simple esto pareció un asunto de cierta importancia para la comunidad; de modo que se dirigió apresuradamente al tribunal y presentó una queja contra la fonda. «Parecería en verdad -dijo el juez de paz- que la casa que usted menciona es una de esas en las cuales se asesina sistemáticamente a la gente por medio de veneno. Pero antes de exigir un procedimiento tan drástico como el de echarla abajo o clausurarla tiene que considerar un problema de no muy fácil solución. ¿Ha pensado con precisión qué edificio pondría en su lugar...?». Al llegar a este punto, siento decir que el hombre dio un fuerte grito, y que se le sacó del tribunal por la fuerza, anunciándose que se estaba volviendo loco. Por cierto que esta creencia en su enfermedad mental aumentó su mal físico; tanto, que consultó a un distinguido doctor en psicología y psicoanálisis, el cual le dijo confidencialmente: «En cuanto al diagnóstico, no cabe duda de que sufre usted una

enfermedad mental; pero en cuanto al tratamiento, puedo decirle con franqueza que es muy difícil encontrar algo que ocupe el lugar de ese mal. ¿Ha pensado cuál es la alternativa de la locura...?». Entonces el hombre dio un brinco, agitando los brazos y gritó: «No hay. La locura no tiene alternativa. Es inevitable. Es universal. Debemos sacar de ella el mayor partido posible».

Así, sacándole el mayor partido, mató al magistrado y al analista; y ahora está en un manicomio, tan feliz como puede serlo.

En la precedente historia se defiende la tesis de que es necesario atender primordialmente al comienzo de un esbozo de renovación social. Se refería a un caballero a quien se le preguntó con qué sustituiría el veneno que le habían metido dentro, o qué plan constructivo tenía para remplazar la cueva de asesinos donde lo habían envenenado. Algo similar se nos exige a los que consideramos la plutocracia como un veneno o el actual Estado plutocrático como algo semejante a una cueva de ladrones. Es posible que en la parábola del veneno el lector comparta algo de la impaciencia del protagonista. Dirá que nadie es tan necio como para no librarse del cianuro o de los criminales profesionales simplemente porque había diferencia de opiniones en cuanto a las consecuencias que seguirían al hecho de librarse de ellos. Yo le pediría al lector que fuera un poco más paciente, no sólo conmigo, sino también consigo mismo; y que se preguntara por qué obramos con tal prontitud en el caso del veneno y el crimen. No es, en realidad, ni siquiera en este terreno, porque seamos indiferentes al sustituto. No deberíamos considerar un veneno como antídoto de otro veneno si empeorara la enfermedad. No tendríamos que un ladrón atrapara a otro ladrón si en realidad esto aumentara la cifra de robos. El principio por el cual estamos obrando, aunque estuviéramos obrando demasiado rápidamente para pensar, o pensando demasiado rápidamente para definir, es, sin embargo, un principio que podríamos definir. Si damos simplemente un

emético a un hombre que ha ingerido veneno, no es porque creamos que puede vivir de eméticos más de lo que puede vivir de venenos. Es porque creemos que después de que se haya repuesto del veneno en primer lugar y del emético después, llegará un momento en que él mismo pensará que le gustaría tomar un poco de comida ordinaria. Ése es el punto de partida de toda la teoría, en lo que toca a nosotros. Si se quitan ciertos impedimentos, no es tanto cuestión de qué haríamos nosotros como de qué haría él. De modo que si salvamos la vida a cierto número de personas sacándolas de la cueva de envenenadores, en ese momento no preguntamos qué harán con esas vidas. Supongamos que harán algo más sensato que tomar veneno. Dicho con otras palabras, el simplísimo supuesto inicial sobre el cual se basan todas esas reformas es el siguiente: si suprimimos la presión de un peligro o de un dolor inmediato habrá alguna tendencia a reponerse. Al comienzo de este plan esquemático de reforma social que me propongo trazar aquí, deseo aclarar este principio general de recuperación sin el cual aquél sería ininteligible. Creemos que si las cosas se liberaran se recuperarían, y también creemos (y esto es muy importante en el aspecto práctico) que si las cosas empiezan a liberarse, empezarán a recobrase. Si el hombre deja simplemente de beber mala cerveza, su cuerpo hará un esfuerzo para recobrar sus condiciones normales. Sólo con que el hombre escape de los que lo están envenenando lentamente, el mismo aire que respire será en cierta medida un antídoto del veneno.

En los ensayos que siguen espero explicar por qué creo que el problema de la verdadera reforma social se divide en dos etapas y hasta en dos ideas distintas. Una es la detención de una carrera que ya se está encaminando hacia un monopolio enloquecido, invirtiendo esa revolución y volviendo a algo más o menos normal, aunque en modo alguno ideal; la otra consiste en tratar de inspirar a esa sociedad más normal algo ideal en el verdadero sentido, aunque no necesariamente utópico. Pero lo primero que hay

que comprender es que cualquier alivio de la presión actual probablemente tenga más efecto moral del que imagina la mayoría de nuestros críticos. Hasta ahora, todos los triunfos han sido triunfos del monopolio plutocrático, y todas las derrotas han sido derrotas de la propiedad privada. Me atrevo a conjeturar que una verdadera derrota de un monopolio tendría un efecto inmediato e incalculable, muy superior a su significado intrínseco, como las primeras derrotas en el campo de batalla de un imperio militar como Prusia, que hacía alarde de invencible. A medida que cada grupo o familia vuelva al verdadero ejercicio de la propiedad privada se convertirá en centro de influencia, en misión. No estamos tratando el problema de una elección general cuyo cómputo se hará mediante una máquina calculadora. Se trata de un movimiento popular, que nunca depende de simples números.

Por eso hemos empleado tan a menudo, sencillamente como modelo fundamental, la cuestión de la comunidad labriega. Lo característico de la comunidad labriega es que no es una máquina, cuando prácticamente todo Estado social ideal es una máquina, esto es, una cosa que trabaja como está establecido en un modelo. Para una utopía se hacen leyes y sólo observándolas puede mantenerse la utopía. No se hacen leyes para una comunidad labriega. Se hace la comunidad labriega, y los labriegos hacen las leyes. No quiero decir -como aclararé suficientemente cuando llegue a asuntos más particulares- que no deban dictarse leyes para el establecimiento de una comunidad labriega o incluso para su protección. Quiero decir que la índole de la comunidad labriega no depende de las leyes. Depende de los labriegos. Los hombres han permanecido lado a lado durante siglos en sus heredades separadas y aproximadamente iguales, sin que ninguno de ellos haya comprado la mayor parte de la tierra. Sin embargo, pocas veces ha existido alguna ley contra la compra de la mayor parte de la tierra. Los labriegos no podían comprar porque los labriegos no querían vender. Porque cuando existe esta forma de igualdad moderada, no

es una mera fórmula legal; es también una realidad moral y psicológica. La gente, cuando se encuentra en esa situación, se comporta como cuando está cómoda. Esto es, se queda donde está; o por lo menos se comporta normalmente. No hay nada en la lógica abstracta que pruebe que la gente no puede sentirse igualmente cómoda en una utopía socialista. Pero los socialistas que describen utopías sienten en general, de un modo vago, que la gente no estaría cómoda y por eso tienen que hacer sus simples leyes de control económico tan detalladas y claras. Usan su ejército de funcionarios para trasladar a los hombres como a multitudes de cautivos de cuarteles viejos a nuevos cuarteles, sin duda mejores cuarteles. Pues bien, creemos que los esclavos a quienes liberemos lucharán por nosotros como soldados.

Dicho con otras palabras, todo lo que pido en esta nota preliminar es que el lector comprenda que estamos tratando de hacer algo que ande por sí mismo. Una máquina no anda por sí misma. Un hombre sí anda por sí mismo, aun cuando se dirija a cantidad de metas que hubiera sido más prudente evitar. Cuando se libra de determinadas desventajas, en cierta medida puede asumir la responsabilidad. Todos los sistemas de concentración colectiva llevan consigo la cualidad de controlar al hombre hasta cuando es libre; si queréis, de controlarlo para mantenerlo libre. Tienen idea de que el hombre no será envenenado si hay un médico de pie detrás de su silla a la hora de la comida para controlar lo que se come y se bebe. Nosotros creemos que el hombre puede necesitar un médico cuando ha sido envenenado, pero que no lo necesita cuando no lo ha sido. No decimos, como posiblemente digan ellos, que será siempre perfectamente feliz o perfectamente bueno; porque en la vida hay otros factores además del económico, y hasta el económico está alcanzado por el pecado original. No decimos que porque no necesite un médico no necesita un sacerdote, o una esposa, o un amigo, o un dios; ni que sus

relaciones con todos ellos puedan asegurarse mediante sistema social alguno. Pero sí decimos que hay algo mucho más real y mucho más digno de confianza que ningún sistema social; y es una sociedad. Existen algo así como gentes que encuentran la vida social que les conviene y que les permite llevarse relativamente bien unos con otros. No hay que esperar hasta haber establecido ese tipo de sociedad en todas partes. Importa que se haya establecido en alguna parte. De modo que si al principio se me dice «usted no cree que el socialismo o que un capitalismo reformado vayan a salvar a Inglaterra; pero, ¿cree realmente que el distributismo salvará a Inglaterra?», contesto: «No; creo que los ingleses salvarán a Inglaterra si empiezan a tener media oportunidad».

Por eso tengo esperanzas en ese sentido; creo que el fracaso ha sido un fracaso de la máquina y no de los hombres. Y, como acabo de explicar, estoy del todo de acuerdo en que es muy diferente dejar el trabajo para un hombre que dejar un plan para una máquina. Pido al lector que se haga cargo de tal distinción a estas alturas de la descripción, antes de continuar describiendo más precisamente algunas de las posibles tendencias de reforma. No me avergüenzo lo más mínimo de estar dispuesto a escuchar razones, no tengo el menor temor de dejar las cosas expuestas a ajustes; no me molesta el punto de vista de los que plasman estos principios en sus programas desviándolos en muchos aspectos. Tengo demasiada buena fe para tratar mi propio programa como un programa interesado y para pretender que mi proyecto privado se convierta sin enmiendas en decreto parlamentario. En este caso concreto, no obstante, tengo un motivo particular para insistir, en este capítulo, en que hay bastante probabilidad de salvación; y para pedir que esta regular probabilidad sea considerada con relativa alegría. No me interesa mucho esa especie de virtud americana que ahora llaman a veces optimismo. Huele demasiado a Ciencia Cristiana para ser consuelo de cristianos. Pero sí siento, en los hechos de este caso

particular, que hay una razón para prevenir a la gente contra una exhibición demasiado apresurada de pesimismo y contra el orgullo de la impotencia. Pido a todos que piensen, libre y abiertamente, si no puede llevarse a cabo algo en el estilo de lo aquí indicado, aunque se haga, en cuanto al detalle, de manera diferente; porque es una cuestión del modo de ver de los hombres. La situación es demasiado seria como para que los hombres estén en otro estado de ánimo que no sea el buen humor. Y a propósito de esto me aventuraría a hacer una advertencia.

Un hombre ha sido conducido por un guía atolondrado o por un compañero de viaje hasta el borde de un precipicio, al cual podría muy bien haber caído en la oscuridad. Puede decirse con razón que no hay nada más que hacer que sentarse y esperar el día. Con todo, estaría bien pasar las horas de oscuridad discutiendo si sería mejor volver atrás, a terreno más seguro; y el repaso de cualesquiera hechos y la formulación de cualquier plan de viaje coherente no serán una pérdida de tiempo, especialmente si no hay nada más que hacer. Pero nos inclinaríamos a dar un consejo al guía que guió mal al viajero ingenuo, especialmente si se trata en realidad de un extranjero ingenuo, de un hombre tal vez de poca educación y de emociones elementales. Le aconsejaríamos que no perdiera el tiempo demostrando concluyentemente la imposibilidad de volver atrás, la inexistencia de terreno verdaderamente seguro detrás, la improbabilidad de volver a hallar el camino hacia la casa y la necesidad de proseguir la marcha y no volver nunca atrás. Si es un hombre de tacto, a pesar de su error inicial, evitará ese tono en la conversación. Si no es un hombre de tacto, no es del todo imposible que antes de finalizada la conversación alguien caiga al precipicio, y ese alguien no sería el extranjero ingenuo.

Un ejército ha marchado a través del desierto, con su columna, según la frase militar, en el aire; bajo el mando de un jefe confiado, tiene la seguridad de lograr comunicaciones mucho mejores que las antiguas. Cuando los soldados están

casi agotados por la marcha, y cuando la tropa ha sufrido horribles privaciones a causa del hambre y la intemperie, se dan cuenta de que han avanzado sin apoyo en dirección al territorio enemigo, y de que los signos de actividad militar que pueden verse en todas partes son sólo los del cerco enemigo que se va cerrando. Súbitamente se detiene la marcha y el jefe arenga a sus hombres. Hay muchísimas cosas que podría decir. Algunos pensarán que sería mejor que no dijera absolutamente nada. Muchos sostendrán que cuanto menos diga, tanto mejor. Otros opinarán, y con muchísima razón, que se necesita aún más coraje para una retirada que para un avance. Tal vez se le aconseje animar a sus hombres desilusionados, amenazando al enemigo con una desilusión más dramática, declarando que todavía lo vencerán, que escaparán de la red aunque ya esté echada, y que su fuga será todavía más victoriosa que la victoria común. De todos modos hay un tipo de arenga que el jefe no dirigirá nunca a sus hombres, a menos que sea mucho más tonto de lo que parece por su error primero. No dirá: «Ahora estamos ocupando una posición que tal vez les parezca humillante; pero les aseguro que no es nada al lado de la humillación que sin duda sufrirán cuando hagan una serie de tentativas inevitablemente fútiles para mejorarla o para replegarse hacia lo que quizá consideren tontamente como una posición más fuerte. Me divierten mucho sus absurdas insinuaciones de que debemos volver a nuestras antiguas comunicaciones; porque de todos modos nunca me parecieron gran cosa sus antiguas comunicaciones sarnosas». Ha habido motines en el desierto otras veces, y es posible que el general no muera en combate con el enemigo.

Una gran nación y civilización ha seguido durante cien años o más una forma de progreso que se mantuvo independiente de determinadas comunicaciones antiguas, bajo la forma de antiguas tradiciones acerca de la tierra, el hogar o el altar. Ha avanzado bajo el mando de dirigentes confiados, por no decir absolutamente seguros de sí mismos. Tenían la plena seguridad de que sus leyes económicas eran

rígidas, su teoría política acertada, su comercio beneficioso, sus parlamentos populares, su prensa ilustrada y su ciencia humana. Con esta confianza sometieron a su pueblo a ciertos experimentos nuevos y atroces: lo llevaron a hacer de su propia nación independiente una eterna deudora de unos pocos hombres ricos; y a apilar la propiedad privada en montones que fueron confiados a los financieros; a cubrir su tierra de hierro y piedra y a despojarla de hierbas y granos; a llevar alimento fuera de su propio país con la esperanza de volver a comprarlo en los confines de la tierra; a llenar su pequeña isla de hierro y oro, hasta recargarla como barco que se hunde; a dejar que los ricos se hicieran cada vez más ricos y menos numerosos, y los pobres más pobres y más numerosos; a dejar que el mundo entero se partiera en dos con una guerra de meros señores, y meros sirvientes; a malograr toda especie de prosperidad moderada y patriotismo sincero, hasta que no hubo independencia sin lujo ni trabajo sin perversidad; a dejar a millones de hombres sujetos a una disciplina distante e indirecta y dependientes de un sustento indirecto y distante, matándose de trabajo sin saber por quién y tomando los medios de vida sin saber de dónde; y todo pendiente de un hilo de comercio exterior que se iba haciendo más y más delgado. Todavía pueden decirse muchas cosas a las gentes que han sido llevadas a esa situación. Convendría recordarles que una simple rebelión desordenada empeoraría las cosas en vez de mejorarlas. Ciertas complejidades deben tolerarse por un tiempo, porque corresponden a otras complejidades, y las dos deben simplificarse juntas cuidadosamente. Pero si pudiera decir una palabra a los príncipes y gobernantes de semejante pueblo, a los que lo han llevado a esa situación, les diría tan seriamente como puede un hombre decir algo a otros hombres: «Por Dios, por nosotros y, sobre todo, por vosotros mismos, no os precipitéis ciegamente a decirles que no hay salida en la trampa a la cual los condujo vuestra necedad; que no hay otro camino más que aquel por el cual

vosotros los habéis llevado a la ruina; que no hay progreso fuera del progreso que ha terminado aquí. No estéis tan impacientes por demostrar a vuestras desventuradas víctimas que lo que carece de ventura carece también de esperanza. No estéis tan deseosos de convencerlos de que también habéis agotado vuestros recursos, ahora que ha llegado el final del experimento. No seáis tan elocuente, tan esmerada, tan racional y radiantemente convincentes para probar que vuestro propio error es aún más irrevocable e irremediable de lo que es. No tratéis de reducir el mal industrial mostrando que es un mal incurable. No aclaréis el oscuro problema del pozo carbonífero demostrando que es un pozo sin fondo. No digáis a la gente que no hay más camino que éste; porque muchos, aun ahora, no lo soportarán. No digáis a los hombres que es el único sistema posible, porque muchos ya considerarán imposible resistirlo. Y un tiempo después, ya demasiado tarde, cuando los destinos se hayan vuelto más oscuros y los fines más claros, la masa de los hombres tal vez conozca de pronto el callejón sin salida donde los ha conducido vuestro progreso. Entonces tal vez se vuelvan contra vosotros en la trampa. Y si bien han aguantado todo lo demás, quizás no aguanten la ofensa final de que no podáis hacer nada; de que ni siquiera intentéis hacer algo. "¿Qué eres, hombre, y por qué desesperas?", escribió el poeta. Dios te perdonará todo menos tu desesperación. El hombre también os puede perdonar vuestros errores y quizás no os perdone vuestra desesperación».

4. Sobre un sentido de la proporción

Los que estudiamos los periódicos y los discursos parlamentarios con la debida atención ya debemos tener una idea bastante precisa de la naturaleza del mal del socialismo. Es un sueño utópico imposible de realizar y también un peligro positivo y abrumador que nos amenaza a cada momento. Es una cosa que está tan distante como el extremo del mundo y tan próxima como el extremo de la calle. Todo esto está bastante claro, pero el aspecto de él que en este momento me interesa es el utópico. Una persona que acostumbraba escribir en el Daily Mail le dedicó cierta atención; y representaba este ideal social, o en realidad casi cualquier ideal social, como una especie de paraíso de haraganes. Insinuaba que los «débiles» deseaban que se los protegiera contra la violencia y tensión de nuestro fuerte individualismo, y que por eso clamaban por ese Gobierno paternal o legislación de abuelos. Y fue mientras leía sus observaciones cuando, con un placer profundo y duradero, se me presentó la imagen del individualista, del tipo de hombre que probablemente escribe esas observaciones y ciertamente las lee.

El lector, después de doblar el Daily Mail, se levanta de su mesa de desayuno intensamente individualista,

en la que acaba de despachar su temerario y aventurero desayuno: las lonchas de tocino cortadas al cerdo recién guardado en el fondo de su despensa; los huevos arrebatados con riesgo al oscilante nido y al pájaro aleteador en la copa de esos árboles derribados que dieron a la casa el adecuado nombre de Penacho de Pino. Se coloca su sombrero extraño y selecto, hecho según el modelo enteramente sacado de su cabeza extraña y creadora. Sale de su casa original y única, construida con la propia fortuna bien ganada, según su propio diseño arquitectónico bien ideado y que parece expresar, recortada contra el cielo, su propia personalidad apasionada. Avanza por la calle a grandes zancadas, haciendo su camino sobre colinas y valles en dirección al lugar de su tarea favorita, por él elegida: el taller de su oficio imaginativo. Se demora en su camino, ya sea para cortar una flor, ya sea para componer un poema, porque es dueño de su tiempo; es un hombre individual y libre, no como esos comunistas. Puede trabajar en su oficio cuando desee, y trabajar hasta tarde por la noche para compensar una mañana ociosa. Tal es la vida del empleado de oficina en un mundo de empresa privada e individualismo práctico; tal es el modo de viajar desde su casa. Continúa caminando ágilmente a grandes pasos, hasta que ve a lo lejos la pintoresca y llamativa torre de ese taller donde, con los golpes creadores de un dios...

Digo que ve a lo lejos. La expresión no es del todo accidental. Porque ése es exactamente el defecto de todo ese tipo de filosofía periodística de individualismo y empresa; que esas cosas son actualmente más remotas e improbables que las fantasías comunistas. La que está lejos no es la tremenda república bolchevique. Ni es el Estado socialista el utópico. En ese sentido, ni aun la utopía es utópica. El Estado socialista, en cierto sentido, puede pintarse con mucha verdad como terrible y amenazadoramente cercano. El Estado socialista es extremadamente parecido al Estado capitalista, en el cual el empleado de oficina lee y el periodista escribe. La utopía

es exactamente como el estado actual de cosas, sólo que es peor.

No habría diferencia para el empleado de oficina si su puesto se convirtiera mañana en una parte de un departamento del Gobierno. Sería igualmente civilizado e igualmente incivil si la persona distante e indefinida que está a la cabeza del departamento fuera un funcionario del Gobierno. Por cierto que para él hay poca diferencia en que él o sus hijas e hijos estén empleados en Correos bajo atrevidos y revolucionarios principios socialistas o empleados en la tienda bajo principios individualistas libres y aventurados. Nunca he oído de nada que se parezca a una guerra civil entre la hija empleada en la tienda y la hija empleada en Correos. Dudo que la joven de Correos esté tan imbuida de principios bolcheviques como para considerar que sería parte de la ética más elevada tomar algo del mostrador de la tienda sin pagarlo. Y dudo que la joven de la tienda se estremezca cuando pasa frente a un buzón colorado por imaginarlo como una avanzadilla del peligro rojo.

Lo que en realidad está muy lejos es esa originalidad y esa libertad elogiadas por el Daily Mail. La torre que el hombre se ha construido para sí es lo que se ve a distancia. La empresa privada es lo utópico, en el sentido de que es algo tan lejano como la utopía. Lo que para nosotros es un ideal y para nuestros críticos una imposibilidad es la propiedad privada. Eso es lo que en realidad puede discutirse casi exactamente como el escritor del Daily Mail discute el colectivismo. Eso es lo que algunos consideran una meta y otros un espejismo. Eso es lo que sus amigos sostienen que es la satisfacción final de las esperanzas y apetitos modernos y sus enemigos sostienen que es una contradicción con el sentido común y con las posibilidades humanas corrientes. Todos los polemistas que han adquirido conciencia del verdadero problema ya están diciendo de nuestro ideal casi exactamente lo mismo que se acostumbraba decir del ideal socialista. Dicen que la

propiedad privada es demasiado ideal para no ser posible. Dicen que la empresa privada es demasiado perfecta para ser verdadera. Dicen que la idea de hombres ordinarios dueños de posesiones ordinarias va contra las leyes de la economía política y requiere un cambio de la naturaleza humana. Dicen que todo práctico hombre de negocios sabe que la cosa no marcharía, exactamente como esa misma gente obsequiosa está siempre pronta a saber que la dirección a cargo del Estado no funcionaría nunca. Porque tienen una fe simple y conmovedora que les hace creer que ninguna dirección, salvo la propia, podría servir nunca. Llamen a esto ley de la naturaleza, y a cualquiera que se atreva a dudar de ella lo llaman enfermizo. Pero lo que hay que ver es que, aunque la solución normal de la propiedad privada para todos no se ha hecho una realidad muy difundida hasta ahora, en la medida en que la han hecho realidad los dirigentes del mercado moderno (y por lo tanto del mundo moderno), es a ese concepto normal de propiedad al que dirigen la misma crítica que dirigían al concepto anormal del comunismo. Dicen que es utópico y tienen razón. Dicen que es idealista y tienen razón. Dicen que es quijotesco y tienen razón. Merece cualquier nombre que indique hasta qué punto han desterrado ellos la justicia del mundo; cualquier nombre que mida lo apartado que de ellos y de los de su calaña está el nivel de vida honorable; cualquier nombre que acentúe y repita el hecho de que la propiedad y la libertad están separadas de ellos y de los suyos por un abismo entre cielo y tierra.

Ése es el verdadero problema que hay que discutir con nuestros críticos serios; y he escrito aquí una serie de artículos que tratan de él más directamente. Es cuestión de saber si este ideal puede ser algo más que un ideal; no es cuestión de si ha de confundirse con la despreciable realidad presente. Es simplemente cuestión de saber si esta cosa buena es realmente demasiado buena para ser verdad. Por el momento sólo diré que si los pesimistas están convencidos de su pesimismo, si los escépticos sostienen realmente que

nuestro ideal social ha sido desterrado para siempre por las dificultades mecánicas o el destino materialista, al menos han llegado a una conclusión notable y curiosa. Difícilmente será más extraño decir que el hombre tendrá que separarse de ahora en adelante de sus brazos y piernas debido a que ha mejorado el modelo de ruedas, que decir que debe despedirse para siempre de dos apoyos tan naturales como el sentido de elegir para sí y de poseer algo propio. A estos críticos, figuren como críticos del socialismo o del distributismo, les gusta mucho hablar de extravagantes esfuerzos de imaginación o de presiones imposibles sobre la naturaleza humana. Confieso que yo tengo que forzar y presionar mucho mi propia imaginación humana y mi naturaleza humana para concebir algo tan avieso y pavoroso como la raza humana olvidada por fin completamente del pronombre posesivo.

Sin embargo, como decimos, con estos críticos es con quienes debatimos. La distribución quizá sea un sueño. Tres acres y una vaca quizá sean una broma, quizá las vacas sean animales fabulosos, tal vez la libertad sólo sea un nombre, la empresa privada quizás sea la persecución de un pato salvaje, en la que el mundo no puede ir más adelante. Pero en cuanto a las gentes que hablan como si la propiedad y la empresa privada fueran los principios que obran actualmente digamos que están tan ciegas, sordas y muertas a todas las realidades de su propia existencia diaria que pueden ser excluidas del debate.

En ese sentido, por lo tanto, sí que somos utópicos; en el sentido de que nuestra tarea es posiblemente más remota y por cierto más difícil. Somos más revolucionarios en el sentido de que una revolución significa una inversión, un cambio de dirección, aunque sea acompañado de una limitación en el paso. El mundo que deseamos difiere mucho más del mundo existente de lo que difiere ese mundo existente del mundo del socialismo. Por cierto que, como ya se ha señalado, no hay mucha diferencia entre el mundo actual y el socialismo; excepto que hemos omitido los conceptos menos importantes y más decorativos

del socialismo, ideas adicionales tales como la de justicia, ciudadanía, abolición del hambre y demás. Ya hemos aceptado del socialismo todo aquello que siempre disgustó a cualquier persona inteligente. Tenemos todo aquello de lo cual acostumbraban a quejarse en la desolada utilidad y unidad del mirar atrás. Lo que en el mundo de Wells o de Webb era criticado como civilización centralizada, impersonal y monótona, es una descripción exacta de la civilización existente. No se ha omitido nada, salvo algunas ideas vanas acerca de la necesidad de alimentar a los pobres u otorgar derechos al populacho. En lo demás, la unificación y reglamentación ya es completa. La utopía ha obrado pésimamente. El capitalismo ha hecho todo lo que amenazaba con hacer el socialismo. El empleado de oficina tiene exactamente la clase de funciones pasivas y placeres permisivos que tendría en la ciudad modelo más monstruosa. No me burlo de él: tiene muchas aficiones inteligentes y virtudes domésticas a pesar de la civilización de la cual disfruta. Son exactamente las aficiones y virtudes que podría tener como inquilino y servidor del Estado. Pero desde el momento en que se levanta hasta el momento en que vuelve a dormirse, su vida transcurre en una rutina trazada por otros, a menudo por otros a los que nunca conocerá siquiera. Vive en una casa que no es suya, que no hizo él, que no quiere. A todas partes va por senderos trillados, va siempre hasta su trabajo sobre carriles. Ha olvidado lo que sus padres, los cazadores y peregrinos y trovadores errantes, entendían por abrirse camino hasta un lugar. Piensa en términos de salarios; esto es, se ha olvidado del verdadero sentido de la riqueza. Su mayor ambición está relacionada con la obtención de este o aquel puesto subalterno en un oficio que ya es una burocracia. Hay cierta competencia para ese puesto dentro de ese oficio, pero también la habría dentro de cualquier burocracia. Éste es un punto que a menudo pasan por alto los defensores del monopolio. A veces declaran que aun en tal sistema habría todavía competencia entre los servidores: presumiblemente

competirían en servilismo. Pero también podría haberla después de la nacionalización, cuando todos fueran servidores del Estado. Toda la objeción hecha al socialismo de Estado desaparece si ésta es una respuesta a la objeción. Si toda empresa estuviera tan enteramente nacionalizada como un puesto policial, esto no evitaría que brotaran y florecieran entre ellos las agradables virtudes de los celos, la intriga y la ambición egoísta, como sucede aún entre policías.

De cualquier modo, ese mundo existe; y se dirá que es utópico desafiar a ese mundo, se dirá que es locamente utópico cambiar ese mundo. En ese sentido puede aplicárseme el nombre a mí y a aquellos que están de acuerdo conmigo, y no nos pelearemos con quien lo haga. Pero en otro sentido el nombre es altamente engañoso y particularmente inadecuado. La palabra «utopía» no sólo implica dificultad de obtención, sino también otras cualidades unidas a ella, en ejemplos tales como el de la utopía del señor Wells. Y es esencial explicar enseguida por qué no acompañan a nuestra utopía (si es una utopía).

No ofrecemos la perfección, sino la proporción. Deseamos corregir las proporciones del Estado moderno; pero la proporción se da entre cosas diversas, y una proporción casi nunca es un molde. Es como si estuviéramos dibujando el retrato de un hombre y ellos creyeran que estábamos dibujando un diagrama de poleas y barras para la construcción de un robot. No proponemos que en la sociedad sana toda la tierra se ocupe de la misma manera, ni que todo bien sea poseído en las mismas condiciones, ni que todos los ciudadanos deban tener la misma relación con la ciudad. Todo lo que sostenemos es que el poder central necesita poderes menores que lo contrapesen y refrenen, y que éstos han de ser de muchas clases: algunos individuales, algunos comunales, algunos oficiales, etc. Tal vez algunos de ellos abusen de su privilegio, pero preferimos ese riesgo al del Estado o el trust que abusa de su omnipotencia.

A veces, por ejemplo, se me reprocha el no creer en mi propia época, o se me reprocha todavía más el creer en mi religión. Se me llama medieval; y algunos hasta han descubierto en mí una preferencia por la Iglesia católica, a la cual pertenezco. Pero suponed que hiciéramos un paralelo de estas cosas. Si cualquiera dijese que los reyes medievales o los modernos países labriegos son culpables por tolerar infiltraciones comunistas, nos sorprendería descubrir que se refiere en realidad a que toleran los monasterios. Sin embargo, en cierto sentido, es verdad que los monasterios están entregados al comunismo y que todos los monjes son comunistas. Su vida económica y ética es una excepción en una civilización general de feudalismo o vida familiar. No obstante, su situación privilegiada era considerada más bien como un puntal del orden social. Dan a algunas ideas comunales su lugar adecuado y proporcionado dentro del Estado; y algo de eso mismo era verdad en la tierra común. Deberíamos dar buena acogida a la oportunidad de permitir a cualquier gremio o grupo de un color comunal su lugar adecuado dentro del Estado; estaríamos perfectamente dispuestos a considerar parte de la tierra como tierra común. Lo que decimos es que nacionalizar simplemente toda la tierra sería como hacer que todo el mundo fuera monje; es dar a aquellos ideales un lugar mayor que el adecuado y proporcionado dentro del Estado. Por lo general, el comunismo no tiene intención de que algunas personas se hagan comunistas, sino de que todas lo sean. Pero no diríamos, en el mismo sentido estricto y literal, que la intención del distributismo es que todos sean distributistas. Por cierto, tampoco diríamos que el designio del Estado labriego es que todos sean labradores. Pretenderíamos que tuviera el carácter general de un Estado labriego; que la tierra estuviera en gran parte ocupada en esa forma y la ley generalmente dirigida con ese espíritu; y que cualesquiera otras instituciones se mantuvieran como excepciones que pueden ser reconocidas, como puntos sobresalientes en esa alta meseta de igualdad.

Si esto es inconsistente, nada es consistente; si esto no es práctico, nada en la vida humana es práctico. Si un hombre quiere lo que llama un jardín, planta flores donde puede y especialmente donde éstas determinen el carácter general de la jardinería del paisaje. Naturalmente, no cubre el jardín por completo; lo único que hace es darle color. El hombre no espera que crezcan rosas en los cacharros de la chimenea, ni que las margaritas trepen por las barandas; menos aún espera que los tulipanes nazcan en los pinos o que el mímulo florezca como un rododendro. Pero sabe perfectamente bien lo que significa un jardín, y también lo saben todos los demás. Si quiere una huerta en vez de un jardín, procede de diferente manera. Pero no espera que una huerta sea exactamente como una cocina? No desentierra todas las patatas porque no se trate de un jardín y porque la patata tenga flor. Sabe cuál es su principal propósito, pero, como no es tonto de nacimiento, no cree que pueda lograrlo en todas partes con la misma intensidad, ni de manera igualmente pura, sin mezcla con otra suerte de cosas. El jardinero no relegará las capuchinas a la huerta porque se sepa que alguna gente extraña las come. Ni el otro clasificará como flor una hortaliza porque se la llame coliflor. De modo que no excluiríamos de nuestro jardín social toda máquina moderna, así como tampoco excluiríamos todo monasterio medieval. Y por cierto que la parábola es harto apropiada, porque ésta es la clase de juicio humano elemental que los hombres no perdieron nunca hasta que perdieron sus jardines: así como ese juicio superior que es más que humano se perdió con un jardín hace mucho tiempo.

II

ALGUNOS ASPECTOS DE LA GRAN EMPRESA

1. El engaño de las grandes tiendas

Dos veces en mi vida me ha dicho un director literalmente que no se atrevía a imprimir lo que yo había escrito porque ofendería a los que publicaban anuncios en su periódico. La presencia de semejante presión existe en todas partes bajo una forma más silenciosa y sutil. Pero tengo gran respeto por la franqueza de este particular director, porque evidentemente era casi la máxima franqueza posible para el director de una importante revista semanal. Dijo la verdad acerca de la falsedad que tenía que decir.

En ambas ocasiones me negó libertad de expresión porque decía yo que las tiendas que ponían más anuncios y las grandes tiendas eran en realidad peores que las pequeñas tiendas. Puede resultar interesante señalar que ésta es una de las cosas que ahora le está prohibido decir a un hombre; quizás la única cosa que le está prohibido decir. Si se hubiera tratado de un ataque al Gobierno se hubiera

tolerado. Si hubiese sido un ataque a Dios hubiera sido respetuosa y atinadamente aplaudido. Si se hubiera tratado de injuriar el matrimonio, o el patriotismo, o la honestidad pública, me hubieran anunciado en los titulares y se me hubiera permitido extenderme en los suplementos del domingo. Pero no es probable que un gran periódico ataque a la gran tienda, puesto que él mismo es (a su modo) una gran tienda y cada vez más un monumento al monopolio. Pero estaría bien que repitiera aquí, en un libro, lo que no pude repetir en un artículo. Creo que una gran tienda es una mala tienda. Creo que no sólo es mala en un sentido moral, sino también en el sentido comercial; esto es, creo que comprar en ella no sólo es una mala acción, sino también un mal negocio. Creo que el emporio-monstruo no sólo es vulgar e insolente, sino también incompetente e incómodo, y niego que su gran organización sea eficaz. Una organización grande es una organización floja. Más aún, sería casi igualmente cierto decir que la organización es siempre desorganización. La única cosa perfectamente orgánica es un organismo, como ese organismo grotesco y oscuro llamado hombre. Él es el único que puede estar seguro de hacer lo que quiera; más allá de él, cada hombre adicional será una equivocación más. Aplicado a cosas como las tiendas, todo es un absoluto engaño. Algunas cosas, como los ejércitos, tienen que ser organizadas y, por lo tanto, hacen lo posible por estar bien organizadas. Hay que tener una larga línea rígida de soldados para poder vigilar una frontera. Pero no es verdad que haya que tener una línea larga y rígida de gente que adorne sombreros o ate ramilletes de flores a fin de que resulten pulcramente adornados y atados. Es más posible que el trabajo resulte bonito si lo hace un artesano particular para un cliente particular, con cintas y flores especiales. La persona a quien se encarga que adorne el sombrero nunca lo hará en forma que convenga del todo a la persona que quiere que se lo adornen; y la centésima persona a quien le encarguen que lo haga lo hará mal, como lo hace. Si recopiláramos

todos los relatos de todas las amas de casa y dueños de casa acerca de las grandes tiendas que les han enviado mercancía equivocada, que han hecho pedazos la mercancía que en realidad encargaron, que se olvidaron de enviar toda clase de mercancía, contemplaríamos un torrente de ineficacia. Hay muchas más equivocaciones en una tienda grande que las que ha habido nunca en una pequeña tienda, donde el cliente individual puede maldecir al tendero. Cuando se enfrenta con la eficacia moderna, el cliente permanece silencioso, sabedor del talento de esa organización para saquear al hombre. En resumen, la gran organización es un mal necesario, que en este caso no es necesario.

He empezado estos apuntes con una nota acerca de las grandes tiendas porque éstas son cosas cercanas a nosotros y por todos conocidas. No es necesario que me extienda sobre otras demandas todavía más divertidas a favor de la colosal combinación de los departamentos. Una de las más graciosas es la declaración de que es más conveniente comprar todo en la misma tienda. Es decir, es más conveniente caminar por todo el largo de la calle con tal de que se camine bajo techo, o más frecuentemente bajo tierra, en vez de recorrer la misma distancia al aire libre desde una pequeña tienda hasta la otra. La verdad es que las tiendas de los monopolistas son muy convenientes (para el monopolista). Tienen la ventaja de concentrar el trabajo como concentran la riqueza cada vez en menos y menos ciudadanos. Su riqueza les permite a veces pagar sueldos tolerables, y su riqueza también les permite acaparar los mejores negocios y hacer propaganda de las peores mercancías. Pero nadie ha intentado nunca demostrar que sus mercancías son mejores; y la mayoría de nosotros conoce cierto número de casos concretos en que son decididamente peores. Ahora bien, yo expresé esta opinión mía (tan chocante para el director de la revista y los que publicaban anuncios) no sólo porque es un ejemplo de mi tesis general, que sostiene que deberían restablecerse las

pequeñas propiedades, sino porque es esencial para la comprensión de otra verdad mucho más curiosa. Toca a la psicología de todos estos asuntos: el mero tamaño, la mera riqueza, el mero anuncio y la arrogancia. Y nos proporciona el primer modelo de guía del modo en que se hacen hoy las cosas y el modo en que (si Dios quiere) se desharán mañana.

Hay un hecho obvio y atroz, y enteramente desatendido, que debe señalarse antes de que entremos a considerar las leyes que se necesitarían principalmente para renovar el Estado. Es el hecho de que podría hacerse una revolución considerable sin dictar leyes en absoluto. No concierne a ninguna ley existente, sino más bien a una superstición existente. Y lo curioso es que quienes la sostienen se jactan de que sea una superstición. El otro día vi, y me divertí bastante, una pieza teatral popular llamada *Conviene publicar anuncios*, que trata de un joven hombre de negocios que intenta disolver el monopolio de jabón de su padre, un hombre de negocios más anticuado, mediante la aplicación de teorías americanas acerca de la psicología del anuncio. Una cosa me pareció interesante, y fue ésta: era de muy buena comedia hacernos simpatizar a veces con el viejo y a veces con el joven; era de muy buena farsa hacer que el joven y el viejo alternativamente pasaran por tontos. Pero nadie pareció sentir lo que yo sentí como rasgos más evidentes y notables de tontería. Se burlaban del viejo porque era viejo, porque era anticuado, porque tenía la suficiente salud para burlarse él de las estupideces de su disparatada publicidad. Pero en realidad nadie lo criticaba por haber hecho un acaparamiento, por el cual alguna vez podrían haberlo puesto en la picota. Nadie parecía tener suficiente instinto de independencia ni dignidad humana para irritarse ante la idea de que un viejo envanecido por su riqueza podría impedirnos, si quisiera, tener un artículo de consumo humano ordinario. Y lo mismo que con el viejo, ocurría con el joven. Su amigo el americano le había enseñado que la publicidad puede hipnotizar el cerebro del hombre; que la gente es arrastrada por una implacable fascinación dentro de

una tienda, como dentro de la boca de una serpiente; que con la repetición se conquista el subconsciente y se paraliza la voluntad; que a todos nos hacen comportarnos como muñecos mecánicos cuando un anunciador yanqui dice: «Hágalo ahora». Pero en ningún momento se le ocurrió a nadie ofenderse por eso. Nadie parecía estar bastante vivo para molestarse. Al joven se le hacía burla porque era pobre, porque estaba arruinado, porque se lo impulsaba a los subterfugios de la bancarrota, y así sucesivamente. Pero él no parecía saber que era algo mucho peor que un tramposo: un hechicero. No sabía que por su propia jactancia era un magnetizador y un mistagogo, un destructor de la razón y la voluntad, un enemigo de la verdad y la libertad.

Creo que tales gentes exageran el provecho producido por los anuncios, aunque aprovechen al demonio. Pero en cierto sentido esta causa psicológica en favor de la publicidad es de gran importancia práctica para cualquier programa de reforma. Los anunciadores americanos han tomado el palillo por el extremo equivocado; pero es un palillo que puede usarse para algo más que para batir su gran tambor absurdo. Es un palillo que también puede usarse para aporrear su absurda filosofía comercial. Siempre nos están diciendo que el éxito del comercio moderno depende de que se cree una atmósfera, se forme una mentalidad, se tome un punto de vista. En resumen, insisten en que su comercio no es puramente comercial, ni aun económico o político, sino esencialmente psicológico. Espero que continúen diciéndolo: porque quizás entonces, algún día, todos verán de pronto que es cierto.

Porque el triunfo de las grandes tiendas y cosas semejantes es en realidad una cuestión de psicología, por no decir psicoanálisis. En otras palabras, una pesadilla. No es real, y por ende no es seguro. Esta cuestión interesa sólo a nuestra actitud inmediata, en un momento y un lugar dados, hacia la totalidad de la profesión plutocrática de la cual esa publicidad es estandarte chillón. Lo primerísimo que hay que hacer, antes de llegar a plasmar cualquiera de nuestras

proposiciones, que son políticas y legales, es (para usar su querida palabra) enteramente psicológico. Lo primerísimo que hay que hacer es decirles a esos americanos jugadores de póquer que no saben jugar al póquer. Porque no sólo hacen bluff, sino que se jactan de hacerlo. En la medida en que sea cuestión de método psicológico inmediato, debe haber, y la hay, una respuesta psicológica inmediata. Por lo mismo que reconocen que alardean, podemos tomarles la palabra.

He dicho recientemente que cualquier programa práctico para la restauración de la propiedad normal consta de dos partes a las cuales la jerga popular llamaría destructiva y constructiva; pero podrían llamarse más exactamente defensiva y ofensiva. La primera consiste en detener esa loca y desbocada carrera hacia el monopolio antes de que se pierdan las últimas tradiciones de la propiedad y la libertad. De lo que trataré aquí, en primer término, es del problema preliminar de resistirse a la tendencia del mundo a hacerse más monopolista. Ahora bien, cuando preguntamos qué podemos hacer, aquí y ahora, contra el desarrollo actual del monopolio, se nos da siempre una respuesta muy simple. Se nos dice que no podemos hacer nada. Las cosas grandes, por un proceso natural e inevitable, están tragándose a las chicas como el pez grande se traga al pez pequeño. El trust puede absorber lo que quiera, como un dragón devora lo que quiere, porque ya es la criatura más grande que queda viva en la tierra. Algunas personas están tan decisivamente resueltas a aceptar este resultado que hasta consienten en deplorarlo. Están tan convencidas de que es el destino que hasta admitirán que es la fatalidad. Los fatalistas se convierten casi en sentimentales cuando ven la pequeña tienda acaparada por la gran compañía. Están prontos a llorar, con tal de que se admita que lloran porque lloran en vano. Están deseando admitir que la desaparición de una pequeña juguetería de su niñez, o de una pequeña casa de té de su juventud, es una tragedia hasta en el verdadero sentido. Porque tragedia

significa siempre la lucha de un hombre contra lo que es más fuerte que el hombre. Y quienes pisotean aquí nuestras tradiciones son los mismísimos dioses; son la muerte y la destrucción mismas quienes han quebrado como varas nuestros pequeños juguetes, porque nadie prevalecerá contra los designios del hado. Es sorprendente lo que puede hacer en este mundo un pequeño bluff.

Porque siguen diciendo que el pez grande se come al pez chico, sin preguntar si los peces chicos nadan hasta los peces grandes y les piden que se los coman. Aceptan al dragón devorador sin preguntarse si una elegante multitud de princesas corrió hasta él para ser devorada. Porque nunca han oído hablar de una moda, y no conocen la diferencia que hay entre una moda y un destino. Los deterministas han elegido aquí el único ejemplo de algo que no es ciertamente necesario, sea lo que fuere lo que es necesario. Han elegido lo único que todavía es libre como prueba de las inquebrantables cadenas que atan todas las cosas. En el mundo moderno quedan pocas cosas libres; pero se supone que la compra y venta privadas son todavía libres, si alguien tiene una voluntad bastante libre para usar de su libertad. Los niños pueden ser llevados por la fuerza a determinada escuela. Por la fuerza puede apartarse a los hombres de un bar. Toda clase de gente, por toda suerte de razones nuevas y disparatadas, puede ser llevada por la fuerza a una prisión. Pero a nadie se lleva aún a la fuerza a determinada tienda.

Más adelante trataré de algunos remedios y reacciones prácticas contra ese precipitarse hacia las camarillas y los monopolios. Pero antes de entrar a considerarlos está bien haberse detenido un momento en el hecho espiritual, tan elemental y tan enteramente ignorado. La carrera hacia las grandes tiendas es, de todas las tendencias del mundo, la que podría ser más fácilmente atajada por las gentes que corren hacia ellas. No sabemos lo que vendrá luego: pero hasta ahora las personas no pueden ser empujadas hasta las tiendas por bayonetas. La empresa comercial americana, que

ya ha utilizado soldados ingleses con propósitos publicitarios, indudablemente podrá utilizar en su momento soldados ingleses en misiones coercitivas. Pero todavía no nos pueden acosar con fusiles y sables para llevarnos a las tiendas yanquis o a los almacenes internacionales. El pretendido interés económico, del cual trataré a su debido tiempo, es cosa bien diferente: simplemente estoy señalando que si llegáramos a la conclusión de que deberían boicotarse las grandes tiendas, podríamos hacerlo tan fácilmente como (espero) boicotearíamos las tiendas que vendiesen instrumentos de tortura o veneno para uso casero. Dicho con otras palabras, esta cuestión primera y fundamental no es asunto de necesidad, sino de voluntad. Si decidiéramos hacer un voto, si decidiéramos aliarnos para tratar sólo con pequeñas tiendas locales y nunca con grandes tiendas centralizadas, la campaña podría ser tan poco práctica como la «campaña de la tierra» en Irlanda. Probablemente tendría casi el mismo éxito. Es claro que se dirá que la gente concurriría a la mejor tienda. Yo lo niego, porque los boicoteadores irlandeses no aceptaron el mejor ofrecimiento. Niego que la gran tienda sea la mejor, y niego especialmente que la gente vaya a ésa porque es la mejor tienda. Y si se me pregunta por qué, respondo al final con el hecho incontestable con el cual comencé. Sé que no es un mero hecho de negocios, por la simple razón de que los mismos hombres de negocios me dicen que es simplemente una cuestión de bluff. Ellos son quienes dicen que nada triunfa tanto como una apariencia de triunfo. Ellos son quienes dicen que la publicidad influye en nosotros sin que lo queramos ni lo sepamos. Ellos son quienes dicen que «conviene publicar anuncios »; esto es, dicen a la gente en forma atropelladora que deben «hacerlo ahora», cuando no necesitan en absoluto hacerlo.

2. Un malentendido acerca del método

Antes de proseguir con este esquema, encuentro que debo detenerme en un paréntesis tocante a la naturaleza de mi tarea, sin el cual el resto de ella puede comprenderse mal. En realidad, sin pretender que poseo alguna experiencia oficial ni comercial, estoy haciendo aquí mucho más de lo que nunca se ha pedido a la mayoría de los simples hombres de letras (si puedo, por el momento, llamarme hombre de letras) cuando, confiadamente, dirigen movimientos sociales o defendían ideales sociales. Prometeré que, hacia el final de estas notas, el lector sabrá mucho más acerca de cómo podrían los hombres emprender la formación de un Estado distributivo de lo que supieron alguna vez los lectores de Carlyle acerca de cómo podrían encontrar un rey héroe o un líder regio. Creo que podemos explicar cómo se hace para que la pequeña tienda o la pequeña granja sean un rasgo común de nuestra sociedad, mejor de lo que Matthew Arnold explicó cómo se hacía del Estado nuestra mejor obra. Creo que la explotación agrícola se señalará en alguna especie de mapa tosco más claramente de lo que se señala el Paraíso Terrenal en la carta de navegación de William Morris; y creo que frente a sus Noticias de ninguna parte esto podría llamarse con justicia Noticias de alguna parte. Rousseau y Ruskin fueron a

menudo más vagos y visionarios de lo que lo soy yo; aunque Rousseau fue aun más rígido en las abstracciones y Ruskin se agitaba mucho a veces por detalles particulares. No necesito decir que no me estoy comparando con estos grandes hombres; estoy señalando que aun a éstos, cuyas inteligencias dominaban un terreno tanto más amplio, y cuya situación como editores era mucho más respetada y autorizada, en realidad no se les pedía nada fuera de los principios generales que se nos acusa de dar. Sólo estoy señalando que la tarea ha recaído en un poeta muy inferior cuando ni a esos profetas mucho mayores se les exigía llevar a cabo y completar el cumplimiento de sus propias profecías. Parecería que nuestros padres fueran ciertamente capaces de tener una visión clara de la meta con o sin un mapa detallado del camino, y capaces de referir una ignominia sin la obligación de entrar a describir un sustituto. No obstante, cualquiera que sea la razón, es muy cierto que si yo fuera suficientemente grande como para merecer los reproches de los utilitaristas, si yo fuera en realidad tan meramente idealista o imaginativo como me pintan, si realmente me limitara a dar una dirección sin medir exactamente el camino, a señalar la casa o el cielo y decir a los hombres que echaran mano de su buen sentido para llegar a ellos, si eso fuera en realidad lo único que pudiera hacer, estaría haciendo lo único que se esperó que hicieran hombres inconmensurablemente más grandes que yo, desde Platón e Isaías hasta Emerson y Tolstoi.

Desde luego, no es eso todo lo que puedo hacer; aunque aquellos que no lo hicieron, hicieron mucho más. También puedo hacer alguna otra cosa, pero sólo puedo hacerla si se comprende lo que hago. Al mismo tiempo sé muy bien que, al explicar el adelanto de sociedad tan perfecta, un hombre puede hallar con frecuencia muy difícil explicar exactamente lo que está haciendo hasta que esté hecho. He examinado y rechazado media docena de modos de abordar el problema por diferentes caminos, que llevan todos a la misma verdad. Había pensado empezar con el

ejemplo simple del labrador, pero sabía que cien corresponsales se me echarían encima, acusándome de intentar convertirlos a todos en labradores. Pensé, pues, en empezar con la descripción de un razonable Estado distributivo en esencia, con todo su equilibrio de cosas diferentes; exactamente como los socialistas describen su utopía en esencia, con su concentración en una cosa. Pero sabía que cien corresponsales me llamarían utópico y dirían que evidentemente mi proyecto no podía ponerse en práctica porque sólo podía describirlo puesto en práctica. Aunque lo que realmente habrían querido decir al llamarme utópico es esto: que hasta que ese proyecto fuera puesto en práctica no habría nada que hacer. Finalmente decidí acercarme a la solución en esta forma: primeramente, señalando que el impulso monopolista no es irresistible; que aquí y ahora aún podía hacerse mucho para modificarlo, cualquiera podía hacer mucho, y todos casi todo. Luego sostendría que con la eliminación de esa particular presión plutocrática revivirían el deseo y el aprecio de la propiedad natural, como de cualquier otra cosa natural. Entonces, digo, valdrá la pena proponer a gentes así vueltas a la cordura, aunque sea esporádicamente, una sociedad sana que equilibre la propiedad y controle la maquinaria. Y terminaría con la descripción de esta última sociedad, con sus leyes y limitaciones.

Puede ser o no ser una buena distribución y un buen ordenamiento de las ideas, pero es inteligible; y opino con toda humildad que tengo derecho a colocar mis explicaciones en ese orden, y ningún crítico tiene derecho a quejarse de que no las desordene a fin de responder a preguntas fuera de su orden. Estoy dispuesto a escribir para él toda una enciclopedia del distributismo, siempre que él tenga la paciencia de leerla. No es razonable que se queje de que no haya tratado adecuadamente sobre zoología, medidas del Estado en defensa de algo, en la letra «b»; o que no me haya referido a la honorable posición social del gremio de los xilógrafos cuando todavía estoy tratando, por aquello del

orden alfabético, el gremio de los arquitectos. Estoy dispuesto a ser tan aburrido como Euclides; pero el crítico no deberá quejarse de que la proposición cuarenta y ocho del segundo libro no sea parte del Pons asinorum. El antiguo gremio de los constructores de puentes tendrá que construir muchos de esos puentes.

Por comentarios que me han llegado colijo que las sugerencias que ya he hecho pueden no explicar del todo su lugar y propósito dentro de este proyecto. Estoy señalando simplemente que el monopolio no es omnipotente, ni siquiera ahora y aquí, y que cualquiera podría pensar, en la excitación del momento, en los muchos modos en que puede ser demorado y hasta anulado ese triunfo final. Supongamos que un monopolizador que sea mi mortal enemigo se esfuerce por arruinarme impidiéndome vender huevos a mis vecinos; le puedo decir que viviré de los nabos de mi propia huerta. No tengo el propósito de limitarme a los nabos, ni de jurar que nunca tocaré mis propias patatas o mis habas. Pongo los nabos como ejemplo de algo que puedo tirarle a la cara. Supongamos que el malvado millonario en cuestión llegara a mí, y sonriendo burlonamente sobre la tapia del jardín, dijera: «Noto por su aspecto de muerto de hambre y por su flacura que tiene usted necesidad inmediata de unos pocos chelines, pero no tiene posibilidad de conseguirlos». Posiblemente esto me llevara a replicar: «Sí, puedo conseguirlos. Podría vender mi primera edición de Martín Chuzzlewit». No quiere decir necesariamente que ya me vea en una pobre tumba a menos que pueda vender el Martín Chuzzlewit; no quiere decir que no se me ocurra nada más que vender el Martín Chuzzlewit; no me propongo jactarme, como cualquier político corriente, de haber unido mi bandera a la política de Martín Chuzzlewit. Con eso, solamente habría querido decir al ofensivo pesimista que no estoy carente de recursos; que puedo vender un libro, y hasta escribirlo si el caso se hace desesperado. Podría hacer gran cantidad de cosas antes de llegar a una acción resueltamente antisocial, como sería la de

asaltar un banco o (todavía peor) la de trabajar en un banco. Podría hacer muchísimas cosas de muchísimas clases, y doy un ejemplo al comienzo para indicar que hay muchísimas más y no que no hay más. En mi casa hay muchísimas cosas de muchísimas clases además de un ejemplar de Martín Chuzzlewit. No hay muchas cosas de gran valor, excepto para mí, pero algunas son de algún valor para cualquiera. Porque lo característico de una casa es que sea una mezcla de cosas. Y la mía, por lo menos, llega a ese austero ideal doméstico. Lo que pasa con la casa de uno es que no sólo es un conjunto de cosas diferentes, que son no obstante una sola cosa, sino que es una cosa en la cual valoramos hasta las cosas que olvidamos. Si un hombre incendia mi casa reduciéndola a un montón de cenizas, no estoy menos justamente indignado con él por haberlo quemado todo que por no poder recordar en un principio todas las cosas que ha quemado. Y así, como con los lares, ocurre con toda esa religión doméstica, o lo que queda de ella, para resistirse a la disciplina destructiva del capitalismo industrial. En una sociedad más simple saldría corriendo de las ruinas pidiendo socorro a la comuna o al rey, y gritando: ¡Justicia! Un ladrón ha quemado mi puerta de roble con los acostumbrados accesorios, catorce marcos de ventanas, nueve cortinas, cinco alfombras y media, setecientos cincuenta y tres libros, de los cuales cuatro eran éditions de luxe, un retrato de mi bisabuela...», y así sucesivamente, agregando todos los artículos; pero se perdería algo del impetuoso y simple grito feudal, la simple exclamación «¡justicia!». De la misma manera podría haber empezado este esbozo con un inventario de todas las alteraciones que querría ver en la ley con el objeto de establecer alguna justicia económica en Inglaterra. Pero dudo que el lector hubiera tenido mejor idea de lo que finalmente me proponía, y no hubiera sido el camino por el cual me propongo marchar ahora. Más tarde tendré ocasión de entrar en detalles sobre estas cosas; pero los casos que expongo son meros ejemplos de mi primera tesis general: que

ni siquiera en este momento estamos haciendo todo lo que podría hacerse para resistir a la acometida del monopolio; y que cuando la gente habla como si ahora no pudiera hacerse nada, esa declaración es falsa desde el comienzo; y que inmediatamente se le presentarán a la inteligencia toda clase de respuestas.

El capitalismo se está desintegrando, y en cierto sentido no fingiremos estar tristes porque se desintegra. Claro que podríamos favorecernos muy correctamente diciendo que ayudaríamos a desintegrarlo, pero no queremos que simplemente se destruya. El primer hecho que hay que comprender es precisamente éste: que se trata de elegir entre su desintegración o su destrucción. Hay que elegir entre la posibilidad de que voluntariamente se descomponga en sus verdaderos componentes, volviendo cada uno a lo que era, y la posibilidad de que sencillamente se desplome sobre nuestras cabezas en un estampido o confusión de todos sus componentes, que algunos llaman comunismo y algunos otros llaman caos. Lo que toda la gente sensata debería tratar de conseguir es lo primero. Lo último es lo que toda la gente sensata debería tratar de impedir. Por eso con frecuencia son agrupados.

Me he limitado principalmente a contestar lo que siempre consideré como primer interrogante:

«¿Qué tenemos que hacer ahora?». Respondo a eso: «Lo que tenemos que hacer es refrenar a los demás para que no continúen haciendo lo que hacen ahora». El enemigo tiene la iniciativa. Él es quien ya está haciendo cosas, y las habrá hecho mucho antes de que nosotros podamos empezar a hacer algo, puesto que él tiene el dinero, la maquinaria, la mayoría y otras cosas que nosotros tenemos que conquistar antes de poder utilizarlas. Ha completado casi el triunfo capitalista, pero no del todo; y todavía es posible estorbarle y echarle la soga al cuello. El mundo se ha despertado muy tarde, lo cual no es culpa nuestra. Es culpa de los locos que durante veinte años nos dijeron que nunca podría haber trust, y que ahora nos dicen, con igual cordura,

que nunca podrá haber nada más. Pido al lector que tenga presentes otras cosas. La primera es que este esbozo es sólo un esbozo, aunque uno apenas pueda evitar algunas curvas y revueltas. No pretendo salvar todos los obstáculos que pueden surgir en esta cuestión, porque muchos de ellos parecerían a muchos cuestiones del todo diferentes. Pondré un ejemplo de lo que quiero decir. ¿Qué hubiera pensado el lector crítico si nada más empezar este bosquejo hubiera entrado en una larga discusión sobre la ley de difamación? Sin embargo, si yo fuera estrictamente práctico, hallaría que ése es uno de los obstáculos más positivos. La ridícula posición actual es que el monopolio no es rechazado como fuerza social, pero que todavía puede agraviar como imputación legal. Si usted intenta impedir que un hombre acapare leche, lo primero que ocurrirá será que sufrirá un ruinoso proceso por calumnias por haber llamado a tal cosa acaparamiento. Es claro que el simple sentido común dice que si la cosa no es pecado, no hay calumnia. Tal y como están las cosas, no hay castigo para el que lo hace, pero hay castigo para el que lo descubre. No trato aquí (aunque estoy absolutamente dispuesto a hacerlo en cualquier otra parte) sobre todas esas dificultades detalladas que una sociedad como la ahora constituida suscitaría en una sociedad como la que deseamos construir. Si se constituyera sobre los principios que sugiero, se tratarían esos detalles, a medida que surgieran, sobre esos principios. Por ejemplo, pondría fin al destino por el cual hombres más poderosos que emperadores fingen ser comerciantes particulares que sufren la malignidad privada. Sostendría que aquellos que en la práctica son hombres públicos deben ser criticados como males públicos en potencia. Eso acabaría con la absurda situación por la cual un «caso importante» es visto por un «jurado especial»; o dicho con otras palabras, impediría que cualquier punto de disputa entre ricos y pobres fuera juzgado por los ricos. Pero verá el lector que aquí no puedo rechazar las diez mil cosas que podrían salirnos al paso; tengo que suponer que un pueblo dispuesto a correr los mayores

riesgos correría también los menores. Ahora bien, este boceto es un boceto; dicho de otro modo, es un proyecto, y cualquiera que piense que podemos obtener cosas prácticas sin proyectos teóricos puede ir y pelearse con el ingeniero o arquitecto que tenga más cerca porque dibuja líneas delgadas sobre un papel delgado. Pero también en otro sentido más especial mis indicaciones son un boceto: en el sentido de que está deliberadamente trazado como una gran limitación dentro de la cual hay muchas diversidades. Hace mucho que conozco, y me divierte no poco, a ese tipo de hombre práctico que seguramente dirá que generalizo porque no hay plan práctico. La verdad es que generalizo porque hay muchos planes prácticos. Yo mismo sé de cuatro o cinco proyectos que se han redactado, más o menos drásticamente, para la difusión del capital. El más prudente, desde el punto de vista capitalista, es el aumento gradual de la participación en las ganancias. Una forma más rigurosamente democrática de la misma cosa es la dirección de la empresa (si no puede ser una empresa pequeña) por un gremio o grupo que una sus contribuciones y divida sus resultados. A algunos distributistas les disgusta la idea del trabajador que tiene acciones sólo donde tiene trabajo; creen que el trabajador sería más independiente si invirtiera su pequeño capital en cualquier otra parte; pero todos están de acuerdo en que debería tener un capital para invertir. Otros siguen llamándose distributistas porque darían a todos los ciudadanos un dividendo mediante sistemas nacionales de producción mucho mayores. Yo, deliberadamente, saco mis principios generales de modo que pueda abarcar tantos de estos proyectos comerciales alternativos como sea posible. Pero me opongo a que se me diga que abarco tantos porque sé que no hay ninguno. Si le digo a un hombre que vive con demasiado lujo y extravagancia y que debería economizar en algo, no estoy obligado a darle una lista de sus lujos. Y lo que sostengo es que la sociedad moderna estaría mucho mejor si dividiera la propiedad mediante cualquiera de estos procesos. Eso no quiere decir que no tenga mi

forma favorita: personalmente prefiero el segundo tipo de división dado en la lista de ejemplos de más arriba. Pero mi tarea principal es señalar que cualquier reversión en la tendencia precipitada a concentrar la propiedad será un adelanto sobre el estado actual de cosas. Si le digo a un hombre que se está quemando su casa allá en Putney, puede que me lo agradezca aunque no le proporcione una lista de todos los vehículos que van hasta Putney, con los números de todos los taxis y el horario de todos los tranvías. Basta que yo sepa que hay gran cantidad de vehículos para que él elija, antes de que se vea reducido a la proverbial aventura de ir a Putney montado en un puerco. Basta que cualquiera de esos vehículos sea en conjunto menos incómodo que una casa en llamas o un montón de cenizas. Admitiría que se me llamara poco práctico si entre este lugar y Putney hubiera selvas impenetrables y destructoras inundaciones; en ese caso podría ser tan idealista elogiar Putney como elogiar el Paraíso. No admito que sea poco práctico porque sepa que hay media docena de modos prácticos que son más prácticos que el estado de cosas presente. Pero, de hecho, no se deduce que no sepa llegar a Putney. Aquí, por ejemplo, hay media docena de cosas que ayudarían al proceso del distributismo, aparte de aquellas que tendré ocasión de tratar como cuestiones de principio. No todos los distributistas estarán de acuerdo con todas ellas; pero todos concordarán en que siguen la orientación del distributismo:

- 1) La aplicación de impuestos a los contratos, de modo que no alienten la venta de la pequeña propiedad a grandes propietarios y estimulen la división de la gran propiedad entre pequeños propietarios.

- 2) Algo así como el derecho sucesorio napoleónico y la abolición de la primogenitura.

- 3) El establecimiento de leyes liberales para los pobres, de tal modo que la pequeña propiedad siempre pudiera ser defendida contra la grande.

- 4) La protección deliberada de ciertos experimentos en la pequeña propiedad, si fuera necesario mediante tasas y aun

tasas locales.

5) Los subsidios para fomentar la iniciación de tales experimentos.

6) Una liga de consagración voluntaria, y un número cualquiera de otras cosas de la misma clase.

Pero he insertado aquí este capítulo con el objeto de explicar que esto es un bosquejo de los principios primeros del distributismo y no de los detalles últimos, sobre los cuales pueden discutir hasta los distributistas. En tal exposición, los ejemplos se dan como ejemplos, y no como lista exacta y total de todos los casos que abarca la regla. Si no se comprendiera este principio elemental de exposición, tendría que conformarme con ser llamado poco práctico por esa clase de hombre práctico. Por cierto, desde su punto de vista, hay algo de verdad en su acusación. Sea o no sea yo un hombre práctico, no soy lo que se llama un político práctico, es decir un político profesional. No puedo pretender tomar parte alguna en la gloria de haber llevado a mi patria a su promisoría y esperanzada situación actual. Cabezas más recias que la mía han fundado la prosperidad actual del carbón. Hombres de acción, de energía más vigorosa, nos han llevado a la consoladora situación de vivir de nuestro capital. No he tenido parte alguna en la revolución industrial que ha aumentado las bellezas de la naturaleza y ha reconciliado las clases de la sociedad; tampoco debe el lector demasiado entusiasta agradecerme a mí esta Inglaterra más culta, en la cual el empleado vive de limosnas del Estado y el empleador da vueltas y más vueltas en descubierto.

3. Un caso en cuestión

Es tan natural para nuestros críticos comerciales discutir en círculo vicioso como viajar en el «círculo de los íntimos». No es mera estupidez, pero es mero hábito; y no es fácil penetrar en este anillo de hierro ni escapar de él. Cuando decimos que pueden hacerse cosas, por lo común queremos decir que podrían ser hechas por la masa de los hombres o por los dirigentes del Estado. He brindado un ejemplo de algo que la masa podría hacer fácilmente, y aquí daré un ejemplo de algo que el gobernante podría hacer con absoluta facilidad. Pero debemos estar preparados para que nuestros críticos empiecen a discutir en círculo vicioso y decir que el pueblo actual nunca se pondrá de acuerdo o que el actual gobernante nunca obrará de esa forma. Pero esta queja es una confusión. Estamos respondiendo a gentes que consideran nuestro ideal imposible en sí mismo. Es claro que si no se quiere, no se intenta alcanzarlo; pero que no se diga que porque no se quiere se sigue que no se podría alcanzar si se quisiera. Una cosa no se hace intrínsecamente imposible simplemente porque una multitud no trata de obtenerla, ni deja de ser política práctica porque no haya político suficientemente práctico para seguirla.

Empezaré con un ejemplo vulgar y conocido. A fin de

asegurar un descanso a nuestro inmenso proletariado, tenemos una ley que obliga a los empleadores a cerrar sus negocios medio día por semana. Dado el principio proletario, es una cosa saludable y necesaria para el Estado proletario; exactamente como las saturnales son cosa saludable y necesaria para el Estado esclavo. Conocida esta medida para el proletariado, una persona práctica diría naturalmente: «También tiene otras ventajas; será una oportunidad para cualquiera que quiera hacer su propio trabajo sucio, para el hombre que puede desenvolverse sin sirvientes». Ese ser degradado que hasta sabe hacer las cosas solo, por fin tendrá una oportunidad de alcanzar un éxito. El solitario maniático que realmente puede trabajar para vivir, posiblemente tenga oportunidad de vivir. No es necesario que un hombre sea distributista para que diga esto, es cosa corriente y obvia que diría cualquiera. El hombre que tiene sirvientes debe dejar de explotar a sus sirvientes. Desde luego que el hombre que no tiene sirvientes a quienes explotar no puede dejar de explotarlos. Pero la ley en realidad está hecha de tal forma que también obliga a este hombre a dar descanso a los sirvientes que no tiene. Propicia saturnales que nunca tienen lugar para una multitud de esclavos fantasmas que jamás han estado allí. No hay ni siquiera un rudimento razonable en esta disposición. En todo sentido posible, desde el material inmediato hasta el sentido abstracto y matemático, es absolutamente disparatada. Vivimos días de peligrosa división de intereses entre empleador y empleado. Por lo tanto, aunque no estén divididos, sino realmente unidos en una sola persona, debemos dividirlos nuevamente en dos partes. Forzamos a un hombre a darse algo que no quiere porque algún otro que no existe podría quererlo. Le advertimos que será mejor que reciba una comisión de sí mismo, o podría levantarse en huelga contra sí mismo. Tal vez hasta se haga bolchevique y se tire a sí mismo una bomba; y en ese caso no le quedará más camino a su firme sentido del derecho y el orden que leer el Acta de Sedición y pegarse un tiro.

Dicen que somos poco prácticos, pero todavía no hemos producido una fantasía académica como ésta. A veces sugieren que nuestro pesar por la desaparición del labrador y el aprendiz es sólo cuestión de sentimiento. ¡Sentimental! No hemos caído en el sentimentalismo hasta el extremo de sentir piedad por aprendices que no han existido nunca. No hemos alcanzado esa riqueza de emoción romántica que nos haría capaces de llorar más copiosamente por un imaginario ayudante de almacenero que por el almacenero real. Todavía no estamos tan borrachos como para ver doble cuando miramos dentro de nuestra tienda predilecta, ni para hacer que el dueño se pelee con su propia sombra. Dejemos que estos hombres de negocios tercos y prácticos derramen lágrimas por las penas de un muchacho de oficina no existente y prosigamos por nuestra propia senda desértica e irregular, que por lo menos acierta a pasar por la tierra de los vivos.

Ahora bien, si mañana se hiciera tan pequeño cambio, se establecería una diferencia: una diferencia considerable y creciente. Y si algún temerario defensor de la gran empresa me dice que una pequeñez como ésa podría cambiar muy poco las cosas, que tenga cuidado, porque está haciendo lo que tales defensores evitan sobre todas las cosas: está contradiciendo a sus maestros. Entre las mil cosas interesantes, perdidas entre un millón sin interés, que aparecen en los informes parlamentarios y de asuntos públicos de los diarios, había una pequeña comedia realmente encantadora que trataba sobre esta cuestión. Un hombre normalmente razonable y con instinto popular, descarriado y llegado al Parlamento por alguna equivocación, señaló este hecho simple: que no había necesidad de proteger al proletariado donde no había proletariado que proteger; y que por lo tanto el tendero solitario podría permanecer en su solitaria tienda. Y el ministro a cargo del asunto replicó, con enternecedora inocencia, que era imposible, porque sería injusto con las grandes tiendas. Es evidente que las lágrimas fluyen

espontáneamente en tales círculos, como fluyeron en lord Lundy, el próspero político. Quedaba conmovido por el simple pensamiento de los posibles sufrimientos de los millonarios. Se le presentó a la imaginación el señor Selfridgel agonizante, y los gemidos del señor Woolworth, de la Torre de Woolworth, estremecieron los corazones buenos a los cuales nunca llegará en vano el llanto de los ricos afligidos. Pero, pensemos lo que pensemos acerca de la sensibilidad necesaria para considerar como objetos dignos de compasión a los dueños de grandes tiendas, de cualquier modo arregla de golpe todo el fatalismo elegante que ve en su éxito algo inevitable. Es absurdo que nos digamos que nuestro ataque está destinado a fracasar y luego que habría algo absolutamente falto de escrúpulos en triunfo tan inmediato. Aparentemente, debe admitirse la gran empresa porque es invulnerable, y debe perdonársela porque es vulnerable. Esta gran burbuja absurda no podrá reventar nunca; y resulta simplemente cruel que el pinchazo de alfiler de la competencia la haga estallar.

No sé si las grandes tiendas son tan débiles e inestables como decía su defensor. Pero, cualquiera que fuese el efecto inmediato sobre las grandes tiendas, estoy seguro de que habría un efecto inmediato sobre las pequeñas. Estoy seguro de que si pudieran comerciar el día de descanso general, no sólo significaría que habría más comercio para ellas, sino que habría más de ellas comerciando. Querría decir, al menos, que habría una clase numerosa de pequeños tenderos, y ése es exactamente el tipo de cosa que crea una diferencia política total, como la crea en el caso de pequeños propietarios de labrantíos. No es cuestión de números en el simple sentido mecánico. Es cuestión de presencia y presión de un tipo social particular. No es sólo cuestión de cuántas cabezas se cuentan, sino, en un sentido más real, si cuentan las cabezas. Si hubiera algo que pudiera llamarse clase de campesinos, o clase de pequeños comerciantes, harían sentir su presencia en la legislación aunque hubiera lo que se llama legislación de clases. Y la misma existencia de esa tercera

clase sería el fin de lo que se llama lucha de clases, por cuanto su teoría divide a todos los hombres en empleadores y empleados. No quiero decir, por supuesto, que esta pequeña alteración legal sea la única que tengo que proponer; la menciono en primer término porque es la más obvia. Pero la menciono también porque ejemplifica muy claramente lo que entiendo por las dos etapas: la naturaleza de la reforma positiva y negativa. Si las pequeñas tiendas empezaran a tener mayores ventas y las grandes menos, significaría dos cosas, ambas prácticas. Querría decir que el ímpetu centrípeto se habría aminorado, si no detenido, y podría por fin convertirse en movimiento centrífugo. Querría decir que habría cierto número de nuevos ciudadanos en el Estado a los cuales no sería posible aplicar todos los argumentos socialistas o serviles. Ahora bien, cuando se tuviera una cantidad considerable de pequeños propietarios, de hombres con la psicología y la filosofía de la pequeña propiedad, entonces se podría empezar a hablarles de algo más parecido a un acuerdo general justo sobre sus propios planes; algo más parecido a una tierra en la que puedan vivir cristianos. Se les puede hacer comprender, al contrario que a plutócratas y proletarios, por qué no debe existir la máquina si no es al servicio del hombre, por qué las cosas que nosotros mismos producimos son queridas como hijos nuestros, y por qué podemos pagar demasiado caro el lujo, con la pérdida de la libertad. Con que sólo empiecen a desprenderse cuerpos de hombres de los empleos serviles, empezarán a formar el cuerpo de nuestra opinión pública. Ahora bien, hay un gran número de otras ventajas que podrían concederse al hombre pequeño, que pueden ser consideradas en su lugar. En todas ellas presupongo una política deliberadamente favorable al hombre pequeño. Pero en el primer ejemplo dado aquí apenas podemos decir que hay cuestión alguna de favor. Se hace una ley que establece que los dueños de esclavos deben liberarlos por un día: el hombre que no tiene esclavos está enteramente fuera de la cuestión; no cae bajo ella legalmente porque no entra en ella

lógicamente. Ha sido deliberadamente arrastrado a ella, no a fin de que todos los esclavos sean libres por un día, sino a fin de que todos los hombres libres sean esclavos durante toda su vida. Pero mientras algunos de los recursos son sólo justicia ordinaria para la pequeña propiedad, por el momento la cuestión es que al principio valdrá la pena crear la pequeña propiedad, aunque sea solamente en pequeña escala. Existirían otra vez los ciudadanos y labradores ingleses, y donde quiera que existan, cuentan. Hay muchas otras formas (que pueden ser brevemente descritas) de fomentar la división de la propiedad en un sentido legal y legislativo. Más tarde trataré algunas de ellas, especialmente las que se refieren a la verdadera responsabilidad que el Gobierno podría asumir razonablemente en una situación financiera y económica que se está haciendo absolutamente ridícula. Desde el punto de vista de cualquier persona cuerda, de cualquier otra sociedad, el problema actual de la concentración capitalista no es sólo una cuestión de derecho, sino de derecho criminal, por no decir de locura criminal.

En alguna otra parte se dice algo acerca de esa monstruosa megalomanía de las grandes tiendas, con sus llamativos anuncios y su estandarización estúpida. Pero quizás sea bueno añadir en la cuestión de las pequeñas tiendas que, una vez que existen, tienen por lo general una organización propia mucho más digna y mucho menos vulgar. Esa organización voluntaria, como todos saben, se llama gremio, y es perfectamente capaz de hacer todo lo que realmente hay que hacer en materia de vacaciones y fiestas populares. Veinte peluqueros podrían muy bien arreglarse unos con otros para no competir entre sí en una fiesta determinada o en determinada forma. Resulta divertido advertir que la misma gente que dice que un gremio es cosa medieval y muerta que nunca marcharía, generalmente rezonga contra el poder del gremio como cosa viva y moderna donde ésta en realidad marcha. El caso del gremio de los médicos es un ejemplo: se les reprocha en los periódicos

que la confederación en cuestión rehúse «hacer accesibles al público en general los descubrimientos médicos». Cuando examinamos las necesidades que la prensa hace accesibles al público en general, tenemos motivos, me parece, para dudar de si nuestras almas y cuerpos no están por lo menos tan a salvo en manos de un gremio como tienen probabilidad de estarlo en manos de un trust. Por el momento, el asunto principal es que las pequeñas tiendas pueden ser gobernadas, aunque el Gobierno no sea el patrón. Por horrible que esto pueda parecer a los idealistas democráticos de hoy, son capaces de gobernarse por sí mismas.

4 La tiranía de los trust

La mayoría de nosotros ha encontrado en la literatura y hasta en la vida real cierto tipo de viejo caballero, a menudo representado por un anciano clérigo. Es esa clase de hombre que tiene horror a los socialistas sin tener idea precisa de lo que son. Es el hombre de quien los hombres dicen que tiene buenas intenciones, con lo cual quieren decir que no tiene ninguna. Pero esta opinión es algo injusta con este tipo social. En realidad es algo más que bienintencionado; podríamos ir más lejos y decir que probablemente sería recto si pensara alguna vez. Sus principios probablemente serían bastante firmes si realmente se aplicaran; su ignorancia práctica es lo que le impide conocer el mundo al cual serían aplicables. Tal vez piense realmente bien, sólo que no tiene noción de lo que está mal. Los que han escuchado a este viejo caballero saben que acostumbra a suavizar su severo repudio por los misteriosos socialistas diciendo que, claro está, es deber cristiano hacer

buen uso de nuestra riqueza, recordar que la propiedad es un cargo que nos confía la Providencia para el bien de los demás, así como de nosotros mismos, y aun (a menos que el viejo caballero sea suficientemente viejo para ser modernista) que es posible que algún día se nos hagan una o dos preguntas acerca del abuso de tal cargo. Ahora bien, todo esto, hasta aquí, es perfectamente cierto, pero resulta que ilustra de modo curioso la inocencia extraña y hasta pavorosa del viejo caballero. Hasta la frase que usa cuando dice que la propiedad es una responsabilidad que nos confía la Providencia es una frase que, cuando se pronuncia en el mundo que lo circunda, toma carácter de equívoco tremendo y aterrador. Su frasecita patética resuena con cien ecos rugientes que la repiten una y otra vez como la risa de cien demonios en el infierno: «La propiedad es un trust».

Ahora podré exponer más convenientemente lo que quise decir en esta primera parte, tomando este tipo de viejo y simpático clérigo conservador y examinando la forma curiosa en que primeramente se lo ha pillado desprevenido, para luego darle en la cabeza. Lo primero que hemos tenido que explicarle es ese horrible equívoco sobre el trust. Mientras él ha estado gritando contra ladrones imaginarios a quienes llama socialistas, ha sido atrapado y arrebatado realmente por verdaderos ladrones que todavía no podía ni siquiera imaginar. Porque las pandillas de jugadores que forman los monopolios son en realidad pandillas de ladrones, en el sentido de que tienen menos conciencia que cualquiera de esa responsabilidad individual de los dones individuales de Dios que el viejo caballero llama acertadamente deber cristiano. Mientras él ha estado entretejiendo palabras en el aire acerca de ideales que no vienen al caso, ha caído en una red tejida con las palabras y conceptos exactamente opuestos: impersonales, irresponsables, irreligiosos. Las fuerzas monetarias que lo rodean están más lejos que ninguna otra cosa de la idea doméstica de posesión con la cual, para hacerle justicia, empezó él mismo. De modo que cuando todavía bala

débilmente: «La propiedad es una responsabilidad», respondemos firmemente: «Un trust no es propiedad». Y ahora llego a lo realmente extraordinario del viejo caballero. Quiero decir que llego al hecho más extraño del tipo convencional o conservador de la sociedad inglesa moderna. Y es el hecho de que la misma sociedad que empezó diciendo que no existía tal peligro que evitar, ahora dice que es imposible evitar el peligro. Toda nuestra comunidad capitalista ha dado un gran paso desde el optimismo extremo hasta el extremo pesimismo. Empezaron diciendo que en este país no podría haber ningún trust. Han terminado diciendo que en esta época no puede haber nada más que trust. Y con ese procedimiento de llamar imposible el lunes a lo que el martes llaman inevitable han salvado dos veces la vida al gran jugador o ladrón: la primera vez, llamándolo monstruo fabuloso, y la segunda llamándolo fatalidad todopoderosa. Hace doce años, cuando yo hablaba de los trust, la gente decía: «En Inglaterra no hay ningún trust». Ahora, cuando hablo de ello, la misma gente dice: «Pero, ¿cómo se propone hacer que Inglaterra salga de los trust?». Hablan como si los trust siempre hubieran formado parte de la Constitución inglesa, por no decir del Sistema Solar. En resumen, el equívoco y la palabra con los cuales inicié este artículo han resultado exacta e irónicamente verdaderos. Al pobre clérigo viejo se lo hace hablar como si el Trust, con mayúscula, fuera algo que le ha otorgado la Providencia. Se lo obliga a abandonar todo lo que originariamente quería decir con su forma curiosa de individualismo cristiano, y a reconciliarse rápidamente con algo que se asemeja más a una especie de colectivismo plutocrático. Está empezando a comprender, de una manera que lo deja algo perplejo, que ahora debe decir que el monopolio, y no solamente la propiedad privada, es parte de la naturaleza de las cosas. Le han echado la red mientras dormía, porque nunca pensó en nada parecido a una red; porque hubiera negado hasta la posibilidad de que alguien tejiera semejante red. Pero ahora el pobre caballero tiene

que empezar a hablar como si hubiera nacido dentro de la red. Quizás, como digo, le hayan dado un golpe en la cabeza; tal vez, como dicen sus enemigos, siempre estuvo un poquito mal de la cabeza. Pero, de cualquier modo, ahora que su cabeza está en la trampa, o en la red, predicará con frecuencia sobre la imposibilidad de escapar de lazos y redes tejidos o hilados por la rueda del destino. En una palabra, quiero señalar que el viejo caballero no tuvo cuidado de no caer en la red y que no tiene ninguna esperanza de salir de ella.

En resumen, expondré lo que hasta aquí he indicado diciendo que el principal peligro que debe evitarse ahora, y el primer peligro que ahora debe tomarse en cuenta, es el de suponer más completa de lo que es la conquista capitalista. Si puedo usar los términos del catecismo de los niños sobre los dos pecados contra la esperanza, el peligro ya no es el de la presunción, sino más bien el de la desesperación. No es mera impudencia, como la de aquellos que nos decían, sin pestañear, que no había trust en Inglaterra. Es más bien mera impotencia, como la de los que nos dicen que Inglaterra pronto será sumida en un terremoto llamado América. Ahora bien, esta suerte de entrega al monopolio moderno no sólo es indigna, también es producto del miedo, y prematura. No es verdad que no podamos hacer nada. Lo que hasta aquí he escrito estaba dirigido a mostrar a los que dudaban y a los aterrorizados que no es cierto que no podamos hacer nada. Todavía hay algo que puede hacerse, y enseguida; aunque las cosas que pueden hacerse parezcan de diferentes clases y aun de diferentes grados de eficacia. Aunque sólo salvemos una tienda de nuestra calle o paralicemos una conspiración en nuestro oficio, o consigamos una ley que castigue esas conspiraciones a instancias de nuestro representante en el Parlamento, tal vez lleguemos a tiempo y logremos que varíen las cosas.

Para usar una metáfora militar, digamos que lo que ha sucedido es que los monopolistas han intentado un movimiento de cerco, aunque ese movimiento todavía no está completo. Lo estará, a menos que hagamos algo; pero

no es verdad que no podamos hacer nada para impedir que se complete. Creemos que hay que lanzarse, hacer salidas y descubiertas, tratar de perforar ciertos puntos de la línea enemiga (suficientemente apartados y escogidos por su debilidad), irrumpir a través de la brecha del círculo incompleto. La mayoría de la gente que nos rodea cree que hay que rendirse a la sorpresa, precisamente porque para ellos fue una completa sorpresa. Ayer negaban que el enemigo pudiera cercarnos. Anteayer negaban que pudiera existir. Han quedado como paralizados por un prodigio. Pero así como nunca estuvimos de acuerdo con que la cosa fuera imposible, tampoco ahora estamos de acuerdo con que sea irresistible. Hace tiempo que debería haberse iniciado la acción; pero puede iniciarse aún. Por eso vale la pena tratar de los diversos recursos dados como ejemplos. Una cadena es tan fuerte como lo es su eslabón más débil; una línea de batalla es tan fuerte como lo es su hombre más débil; un movimiento de cerco es tan fuerte como su punto más débil, el punto donde todavía puede romperse el círculo. Así, para empezar, si cualquiera me pregunta qué debe hacer ahora, le contesto: «Haga cualquier cosa, por insignificante que sea, que impida la consumación de la tarea de la unión capitalista. Haga cualquier cosa que por lo menos la demore. Salve una tienda entre cien tiendas. Salve una heredad de entre cien heredades. De cien puertas, mantenga abierta una; porque mientras esté abierta una puerta, no estaremos presos. Levante una barricada en su camino, y pronto verá si es el camino que sigue el mundo. Ponga una retranca en su rueda y pronto verá si es la rueda del destino». Porque por la esencia de su esfuerzo enorme y antinatural, un pequeño fracaso es tan grande como un gran fracaso. El monopolio comercial moderno tiene muchos puntos en común con un gran globo. Está inflado, y es sin embargo leve; sube, y sin embargo, va a la deriva; y sobre todo, está lleno de gas, y por lo general de gas venenoso. Pero la semejanza que aquí más nos interesa es que el pinchazo más pequeño desinfla el

globo más grande. Si esta tendencia de nuestro tiempo recibiera algo así como un rechazo bastante definido, creo que toda la tendencia pronto empezaría a debilitarse en su absurdo prestigio. Hasta que el monopolio no sea monopolista, no es nada. Hasta que la unión no pueda unirlo todo, no es nada. Acab no tiene su reino mientras Naboth posee su viña; Amán no será feliz en el palacio mientras Mardoqueo esté sentado a la puerta. Cien relatos de historia humana están ahí para mostrar que las tendencias pueden volver atrás, y que un obstáculo puede ser el punto decisivo. Las arenas del tiempo están simplemente punteadas con estacas individuales que así han marcado los cambios de la marea. El último paso hacia el triunfo final es asegurarse de que no vencerá el enemigo, aunque sea asegurarse sólo de que no vencerá en todas partes. Después, cuando hayamos hecho vacilar el impulso, y tal vez lo hayamos detenido, podremos iniciar un contraataque general. Luego procederé a considerar la naturaleza de ese contraataque. En otras palabras, intentaré explicar al viejo clérigo atrapado en la red (cuyos sufrimientos tengo siempre presentes) lo que sin duda le consolará saber: que se equivocó en primer término pensando que no había red, que se equivoca ahora pensando que no hay escapatoria de la red, y que nunca sabrá lo equivocado que estaba hasta que descubra que tiene su propia red, y sea una vez más pescador de hombres.

Empecé enunciando una obviedad: que una forma de apoyar las pequeñas tiendas sería apoyándolas. Todos podrían hacerlo, pero parece que nadie puede imaginarlo. En un sentido, nada es tan simple, y en otro, nada es tan difícil. Proseguí señalando que sin cambio arrollador alguno, la mera modificación de las leyes existentes probablemente haría surgir a la vida y a la actividad miles de pequeñas tiendas. Tal vez tenga ocasión de volver más extensamente sobre las pequeñas tiendas; pero por el momento sólo recorro rápidamente ciertos ejemplos separados para mostrar que la ciudadela de la plutocracia podría ser atacada

aún desde muchos puntos diferentes. Podría tener que hacer frente a un esfuerzo concertado en el campo abierto de la competencia. Podría ser refrenada mediante la creación de gran número de pequeñas leyes. Tercero, podría ser atacada por una operación de más alcance, de leyes mayores. Pero mientras llegamos a éstas, todavía en esta etapa, también chocamos con problemas mayores.

El sentido común de la cristiandad, durante años y años, ha dado por sentado que era tan posible castigar el acaparamiento como castigar la acuñación de moneda. No obstante, a la mayoría de los lectores de hoy les parece una especie de contradicción vital, repetida en la expresión verbal: «No confíe en los trust». Con todo, a nuestros padres no les parecía esto tan paradójico como decir «no confíe en los príncipes», sino más bien como decir «no confíe en los piratas». Pero al aplicarlo a la situación moderna somos rechazados primero por un sofisma muy moderno.

Cuando decimos que un acaparamiento debería tratarse como una conspiración, se nos cuenta siempre que la conspiración es demasiado complicada para ser desenredada. Con otras palabras, se nos dice que los conspiradores son demasiado buenos conspiradores para ser apresados. Ahora bien, al llegar exactamente a este punto pierdo por completo mi simple e infantil confianza en el experto en negocios. Mi actitud, hace un momento segura y confiada, se torna irrespetuosa y trivial. Estoy dispuesto a admitir que no sé mucho sobre los detalles del comercio, pero no que sea imposible que nadie sepa nunca nada acerca de ellos. Estoy dispuesto a creer que hay gente en el mundo a la que le gusta sentir que el pan de su vida depende de un proveedor particular, el cual probablemente empezó ganando con lo que robaba en el peso. Estoy dispuesto a creer que hay gente tan extrañamente constituida que le gusta ver una gran nación detenida por una pequeña pandilla, más desaforada que una de bandoleros, pero no tan valiente. En resumen, estoy dispuesto a admitir que puede haber gente que confíe en los trust. Lo acepto con lágrimas, como las del

benévolo capitán de las Bab Ballads que decía:

Its human nature; praps if so,
Oh, isnot human nature low?

Tal vez sea la naturaleza humana; si es así, oh, ¿no es ruin la naturaleza humana?». W. S. Gilbert, Bad Ballads.

Yo dudo que sea tan ruin como todo eso, aunque admito la posibilidad de su absoluta bajeza; la admito con llanto y lamentaciones. Pero cuando me dicen que resultaría imposible descubrir si un hombre está o no formando un trust, eso ya es otra cosa. Mi conducta se altera. Se aviva mi humor. Cuando se me dice que si el acaparamiento fuera un crimen nadie podría ser condenado por ese crimen, entonces me río; no, me burlo. Por lo general se comete un crimen, podemos inferir, cuando a un caballero le disgusta la aparición de otro caballero en Piccadilly Circus a las once de la mañana, y se dirige al objeto de su disgusto y con destreza le corta el pescuezo. Luego se acerca al buen guardia que está dirigiendo el tráfico y le llama la atención sobre la presencia del cadáver en el pavimento, consultándole acerca de cómo eliminar el estorbo. Parece que así es como estas gentes esperan que se hagan los crímenes financieros, para que sean descubiertos. Por cierto que a veces se comenten tan descaradamente como éste en comunidades donde pueden mostrarse sin peligro. Pero la teoría de la impotencia legal parece extraordinaria cuando consideramos la clase de cosas que la policía sí descubre. Vean la clase de crímenes que descubre: un hombre absolutamente ordinario y oscuro de algún rincón o casucha entre diez mil como ella se lava las manos en un sumidero del fondo de la casa. La operación le lleva dos minutos. La policía puede descubrir eso, pero le ha sido imposible descubrir la reunión de hombres o el envío de mensajes que han vuelto del revés todo el mundo mercantil. Pueden seguir

la pista a un hombre a quien nadie conoce hasta un lugar donde nadie sabía que iba a ir cuando el hombre había tomado todas las precauciones posibles para que nadie lo viera hacer lo que iba a hacer. Pero no pueden vigilar a un hombre a quien todos conocen, para ver si se comunica con otro hombre a quien todos conocen a fin de hacer algo que casi todo el mundo sabe que ha tratado de hacer toda su vida. Pueden contárnoslo todo sobre los movimientos de un hombre cuya propia mujer, o socio, o casera, no puede saber lo que hace; pero no pueden decir cuándo está en movimiento una unión que abarca la mitad de la tierra. ¿La policía es en realidad tan tonta como todo eso? ¿O son a la vez tan tontos y tan prudentes? Y si la policía fuera tan inútil como creía Sherlock Holmes, ¿qué hay de Sherlock Holmes? ¿Qué hay del vehemente detective aficionado sobre el cual todos hemos leído y algunos (¡ay!) hemos escrito? ¿Acaso no hay ningún detective que triunfe allí donde fracasan todos los policías, y que pruebe concluyentemente por alguna mancha de grasa del mantel que el señor Rockefeller está interesado en el petróleo? ¿No hay ningún hombre de rostro afilado que, viendo que lord Leverhulme compra multitud de negocios de jabón, infiera que tiene interés en el jabón? Siento deseos de escribir yo mismo una serie de cuentos policiales sobre el descubrimiento de estas cosas oscuras y secretas. Presentarían a Sherlock Holmes con su lupa en actitud de escudriñar un diario y descifrar uno de los titulares letra a letra. Nos presentarían a un Watson sorprendido por el descubrimiento del Banco de Inglaterra. Mis cuentos llevarían títulos tradicionales tales como «El Secreto del anuncio», «El misterio del megáfono» o «La aventura del atesoramiento inadvertido».

Lo que estas gentes quieren decir realmente es que no pueden imaginar que el monopolio sea tratado como la acuñación de moneda. No pueden imaginar que el intento de acaparamiento o, a decir verdad, cualquier actividad de los ricos, caiga en el dominio del derecho criminal. Les chocaría pensar en semejantes hombres sometidos a

semejantes pruebas. Pondré un ejemplo claro. Los criminólogos siempre hacen ostentación ante nosotros de la ciencia dactiloscópica cuando quieren glorificar sencillamente su no muy gloriosa ciencia. Las impresiones digitales probarían con la misma facilidad si un millonario ha utilizado un lapicero o un ladrón ha usado una barra. Podrían demostrar con igual claridad que un financiero ha usado un teléfono o un ladrón una escalera. Pero si empezáramos a hablar de tomar huellas dactilares a los financieros, todos creerían que se trata de una broma. Y lo es: una broma muy fea. La risa que brota espontáneamente al insinuarlo es en sí prueba de que nadie toma en serio, o ni siquiera piensa en tomar en serio, la idea de que ricos y pobres son iguales ante la ley. Es la razón por la cual no tratamos a los magnates del trust y a los monopolizadores como hubieran sido tratados bajo las antiguas leyes de la justicia popular. Y es la razón por la cual tomo su caso en este momento y en esta parte de mis observaciones, junto con cosas aparentemente tan superficiales y fútiles como la transferencia de clientela de una tienda a otra. Es porque en ambos casos se trata de una cuestión únicamente de recta determinación, y ni en lo más mínimo sentido de una cuestión de leyes económicas. Con otras palabras, es mentira que no podamos hacer que la ley encarcele a los monopolizadores, o los ponga en la picota, o si queremos los cuelgue, como hicieron nuestros padres antes que nosotros. Y en el mismo sentido es mentira que no podamos dejar de comprar las mercancías que hacen mejor propaganda, o dejar de ir a las tiendas más grandes, o evitar ponernos de acuerdo, en nuestros hábitos sociales generales, con la tendencia social general. Podríamos evitarlo de cien modos; desde el muy simple de salir de una tienda hasta el más ceremonioso de colgar a un hombre en una horca. Si queremos decir que no deseamos evitarlo, eso puede ser muy cierto, y hasta en algunos casos muy justo. Pero arrestar a un acaparador es tan fácil como salir de una tienda. Encarcelar a un politicastro no es más difícil que salir de una tienda; y es

sumamente deseable, para que esta discusión sea sana, que nos demos cuenta del hecho desde el principio. Prácticamente la mitad de los recursos aceptados mediante los cuales se forma ahora una gran empresa han sido considerados criminales en alguna comunidad del pasado; y podrían serlo en una comunidad del futuro. Aquí sólo puedo referirme a ellos en la forma más precipitada. Uno de ellos es el procedimiento contra el cual braman día y noche los estadistas del partido más respetable, mientras pueden fingir que sólo lo hacen los extranjeros. Se llama dumping. Es el sistema de vender perdiendo para suprimir el mercado de otro hombre. Otro procedimiento es aquel contra el cual hasta han intentado legislar los mismos estadistas del mismo partido, mientras se limitó a los usureros. Sin embargo, desgraciadamente, no se limita en modo alguno a los usureros. Es la tramoya que consiste en enredar a un hombre más pobre en una maraña de toda suerte de obligaciones, de modo que por último no pueda cumplir sino vendiendo su tienda o empresa. Una forma de hacerlo es dando las cosas a los desesperados en mensualidades o a largo plazo. Yo hubiera juzgado todas estas conspiraciones como se juzga una conspiración para derrocar el Estado o matar al rey. No esperamos que el hombre mande una tarjeta al rey diciéndole que va a matarlo, o que anuncie en los diarios cuál será el día de la revolución. Semejantes maquinaciones siempre han sido juzgadas en la única forma en que pueden juzgarse: usando del sentido común en lo que toca a la existencia de un propósito y la existencia aparente de un plan. Pero no tendremos verdadero sentido cívico hasta que volvamos a darnos cuenta de que la conspiración de tres ciudadanos contra un ciudadano es un crimen, tanto como la conspiración de un ciudadano contra otros tres. Con otras palabras, la propiedad privada debería estar protegida contra el crimen público, así como el orden público está protegido contra el juicio privado. Pero la propiedad privada debería estar protegida contra cosas mucho mayores que ladrones y carteristas. Necesita protección contra las

conspiraciones de toda una plutocracia. Necesita defensa contra los ricos, que ahora son los gobernantes que deberían defenderla. Quizás no resulte difícil explicar por qué no la defienden. De cualquier modo, en todos estos casos la dificultad está en imaginar que la gente quiera hacerlo; no en imaginar que la gente lo haga. Que por todos los medios diga la gente que no cree que el ideal del Estado distributivo valga el riesgo o la molestia. Pero que no digan que ningún ser humano del pasado ha arriesgado nunca nada, o que ningún hijo de Adán es capaz de tomarse molestia alguna. Si para lograr justicia quisieran arriesgar la mitad de lo que ya han arriesgado para alcanzar la corrupción, si para hacer algo bello se afanaran la mitad de lo que se han afanado para que todo sea feo, si hubieran servido a su Dios como han servido a su rey cerdo y su rey petróleo, el triunfo de toda nuestra democracia distributiva miraría al mundo como uno de sus llamativos anuncios y rascaría el cielo como una de sus extravagantes torres.

III

ALGUNOS ASPECTOS DE LA TIERRA

1. La simple verdad

Todos nosotros, o al menos todos los de mi generación, hemos oído en nuestra juventud una anécdota de George Stephenson, inventor de la locomotora. Se decía que un pobre campesino había presentado la objeción de que sería muy molesto que una vaca se perdiera en las vías del ferrocarril, a lo cual respondió el inventor: «Sería muy molesto para la vaca». Es muy característico de su época y escuela eso de que nunca se le ocurriera a nadie que sería más bien molesto para el campesino dueño de la vaca.

Mucho antes de haber conocido esa anécdota, con todo, es probable que hubiéramos oído otra más emocionante llamada Jack and the Beanstalk. Esa historia comienza con estas palabras extrañas: «Había una vez una pobre mujer que tenía una vaca». En la Inglaterra moderna sería extravagante paradoja imaginar que una pobre mujer pudiera tener una vaca; pero en épocas más incultas y supersticiosas las cosas parecen haber sido diferentes. De cualquier modo, es evidente que no habría tenido la vaca por mucho tiempo en el ambiente simpático de Stephenson y su locomotora. El tren siguió adelante, la vaca fue muerta a su debido tiempo,

y el estado de ánimo de la vieja se llamó depresión de la agricultura. Pero todos estaban tan felices viajando en los trenes y molestando a las vacas que nadie notó que persistían otras dificultades. Cuando las guerras o las revoluciones nos apartaron de las vacas, los industriales descubrieron que la leche no procede originariamente de los cántaros. Sobre este hecho fundamos algunos de nosotros la idea de que la vaca (y hasta el pobre campesino) tienen utilidad para la sociedad, y nos hemos mostrado dispuestos a concederles tanto como tres acres. Pero vendría bien repetir en este momento que no nos proponemos cubrir de vacas todos los acres, y que no nos proponemos eliminar a las gentes de las ciudades como ellos eliminarían a los campesinos. En muchos puntos secundarios quizás tengamos que transigir con ciertas condiciones, especialmente al principio. Pero hasta mi ideal, si por fin lo establezco alguna vez, será lo que algunos llaman una avenencia. Sólo que considero más exacto decir que es un equilibrio. Porque no creo que el sol transija con la lluvia cuando juntos hacen un jardín; ni que esa rosa que crece allá sea resultado de una avenencia entre el verde y el rojo. Quiero decir que mi utopía aún daría cabida a cosas diferentes de diferentes tipos contenidas en posesiones diferentes; que así como en el Estado medieval había algunos labradores, algunos monasterios, alguna tierra privada, algunos gremios de villas y así sucesivamente, en mi Estado moderno habría algunas cosas nacionalizadas, algunas máquinas pertenecientes a corporaciones, algunos gremios que participarían en beneficios comunes, etcétera, así como también muchos propietarios individuales absolutos, allí donde tales propietarios individuales son más posibles. Pero está bien empezar con estos últimos, porque se considera que son quienes dan, y ciertamente los dan casi siempre, la norma y el tono de la sociedad.

Entre las cosas que hemos oído mil veces está la afirmación de que los ingleses son un pueblo calmo, un pueblo prudente, un pueblo conservador, y así sucesivamente.

Cuando hemos oído una cosa tantas veces la aceptamos en general como perogrullada, o vemos de pronto que es del todo falsa. La verdadera peculiaridad de Inglaterra es que es el único país de la tierra que no tiene una clase conservadora. Hay gran número, probablemente una mayoría de gente que se llama a sí misma conservadora. La clase comerciante, que en un sentido especial es capitalista, es también por naturaleza lo más opuesto a la clase conservadora. Según ella misma proclama, usa continuamente métodos nuevos y busca nuevos mercados. A algunos de nosotros nos parece que hay algo sumamente anticuado en toda esa innovación. Pero eso es por causa del tipo de mente que está inventando, no porque no pretenda inventar. Desde el financiero más grande que forma una compañía hasta el ínfimo comerciante que vende una máquina de coser, prevalece el mismo ideal. Siempre debe ser una nueva compañía, especialmente después de lo que generalmente le ha pasado a la antigua compañía. Y la máquina de coser siempre debe ser una nueva clase de máquina de coser, aunque sea de la clase de las que no cosen. Pero, mientras que esto es evidente en lo que se refiere al mero capitalista, es igualmente cierto con referencia al puro oligarca. Sea una aristocracia lo que fuere, nunca es conservadora. Por propia naturaleza se rige más por moda que por tradición. Los hombres que llevan una vida de ocio y de lujo siempre tienen ansia de cosas nuevas; podríamos decir con justicia que serían tontos si no la tuvieran. Y los aristócratas ingleses no son en modo alguno tontos. Pueden sostener orgullosamente que han desempeñado una parte importante en todas las etapas del progreso intelectual que nos ha llevado a nuestra ruina actual.

Al establecerse una clase de labradores ingleses, la primera realidad sería que se establecería, por primera vez en muchos siglos, una clase tradicional. Se hallará que la ausencia de tal clase es un hecho terrible, si en realidad la lucha llega a ser lucha entre el bolchevismo y el ideal histórico de propiedad. Pero lo inverso es igualmente

verdadero y mucho más consolador. Esta diferencia de cualidad significa que el cambio empezará a ser efectivo mucho antes de que sea efectivo simplemente por la cantidad. Quiero decir que no nos ha preocupado tanto la fuerza o la debilidad de los campesinos como la ausencia de una clase de labradores. Así como la sociedad ha sufrido por su mera ausencia, también la sociedad empezará a cambiar por su mera presencia. Será una Inglaterra un tanto diferente, en la cual tendrá que considerarse al labrador de alguna manera. Empezará a alterarse el aspecto de las cosas, aun cuando los políticos piensen en los campesinos con la misma frecuencia con que piensan en los médicos. Se sabe que hasta han pensado en los soldados.

La situación primitiva para el campesino sería de una simplicidad severa y casi salvaje. En Inglaterra un hombre podría vivir de la tierra si no tuviera que pagar arrendamiento al propietario y jornal al peón. Por lo tanto, estaría en mejor posición, incluso en pequeña escala, si fuera su propio terrateniente y su propio peón. Pero es evidente que hay algunas otras consideraciones y, para mí, ciertos conceptos corrientes erróneos a los cuales se refieren las notas que siguen. En primer lugar, claro está, una cosa es decir que esto es lo deseable y otra cosa es decir que se desea. Y en primer lugar, como se verá, no niego que, si se ha de desear, difícilmente puede desearse como se desea un favor; sin duda se requerirá cierto espíritu tenaz y de sacrificio por una necesidad nacional aguda, si hemos de pedir a un propietario que se conforme sin arrendamiento o a un agricultor que se arregle sin ayuda. Pero al menos hay realmente una crisis y una necesidad; a tal punto que el hacendado a menudo sólo estaría perdonando una deuda que ya se ha descontado como una mala deuda, y el empleador sólo estaría sacrificando el servicio de hombres que ya están en huelga. Con todo, necesitaremos de las virtudes propias de una crisis, y estará bien aclarar el hecho. Luego, si bien hay una absoluta diferencia entre lo deseable y lo deseado, señalaría que esta vida normal aún se

desea más de lo que muchos suponen. Tal vez se desee subconscientemente, pero creo que vale la pena hacer algunas sugerencias que puedan llevar el deseo a la superficie. Por último, existe un error de concepto en cuanto a lo que significa «vivir de la tierra», y he agregado algunas sugerencias acerca de lo deseable que es. Mucho más de lo que se supone.

Consideraré estos distintos aspectos del distributismo agrícola más o menos en el orden en que acabo de señalarlos; pero aquí, en la nota preliminar, me interesa sólo el hecho primordial. Si pudiéramos crear una clase de labriegos podríamos crear un pueblo conservador, y sería hombre osado quien intentara decirnos cómo el actual desarreglo industrial de las grandes ciudades ha de producir un pueblo conservador. Tengo plena conciencia de que muchos darían al conservadurismo nombres más groseros, y dirían que los campesinos son estúpidos y lerdos y están atados a una existencia pesada y monótona. Sé que se dice que un hombre ha de hallar monótono hacer las veinte cosas que se hacen en una granja, en tanto que, claro está, siempre halla bulliciosamente alegre y divertido hacer una misma cosa hora tras hora y día tras día en una fábrica. Sé que esa misma gente hace también el comentario exactamente opuesto y que dicen que es egoísmo y avaricia que el campesino se interese vivamente en su propia granja en lugar de poner de manifiesto, como los proletarios del industrialismo moderno, una lealtad desinteresada y romántica para la fábrica de otro y una abnegación de asceta para obtener ganancias para otro. Aunque demos su debida importancia a cada una de estas pretensiones del capitalismo moderno, todavía es permitido decir que, en la medida en que el propietario campesino esté ciertamente apegado a la propiedad campesina, encuentre interés o se conforme con la monotonía, según el caso, en realidad constituye un bloque sólido de propiedad privada con el cual se puede contar para resistir al comunismo; lo cual no sólo es más de lo que puede

decirse del proletariado, sino que es mucho más de lo que cualquiera de los capitalistas dice de ellos. Yo no creo que el proletariado esté contaminado de bolchevismo (si la metáfora es adecuada a la doctrina), pero sí hay algo de verdad en los temores de los diarios en cuanto a ese asunto. En verdad parece que las propiedades extensas no pueden impedir que suceda la cosa, en tanto que las pequeñas sí pueden. Pero en realidad la experiencia contradice la afirmación de que los campesinos son salvajes tristes y envilecidos que caminan a cuatro patas y comen pasto como las bestias de los campos. Así, por ejemplo, en todo el mundo hay danzas campesinas, y las danzas de los campesinos son como las danzas de reyes y reinas. La danza popular es mucho más majestuosa, ceremoniosa y llena de dignidad humana que el baile aristocrático. En muchos lugares todavía pueden hallarse aldeanos que en las fiestas principales usan gorros parecidos a coronas y gestos parecidos a rituales, mientras que los castillos de señoras y señores ya están llenos de gentes que brincan como monos al compás de ruidos hechos por negros. En toda Europa los campesinos han producido los bordados y artesanías descubiertos con deleite por los artistas cuando hacía tiempo que habían sido desdeñados por los aristócratas. Estas gentes no son conservadoras en un sentido meramente negativo, aunque lo negativo tiene gran valor cuando también es defensivo. También son conservadores en un sentido positivo; conservan costumbres que no desaparecen como las modas, y oficios menos efímeros que esos movimientos artísticos que tan presto dejan de producir efecto. Creo que los bolcheviques han inventado algo que llaman arte proletario, no puedo imaginar sobre qué principio, salvo el de que parecen sentir un misterioso orgullo en llamarse proletariado cuando pretenden no ser ya proletarios. Más bien creo que se trata simplemente de la repugnancia que siente la gente educada a medias ante la idea del uso de una palabra difícil. De cualquier modo, nunca ha habido en este mundo nada semejante al arte proletario. Pero ha habido muy

categoricamente algo así como arte campesino.

Supongo que lo que quieren decir realmente es arte comunista, y esa sola frase revela mucho. Me imagino que un arte verdaderamente comunista consistiría en cien hombres que se colgaran de un gran pincel como un ariete y lo guiaran por encima de una enorme tela con las curvas y vaivenes y vacilaciones majestuosas que expresarían, en formas oscuramente perfiladas, el espíritu compuesto de la comunidad. Los campesinos han producido arte porque eran comunales, pero no comunistas. La costumbre y una tradición colectiva prestaban unidad a su arte; pero cada hombre era un artista separado. Esa satisfacción del instinto creador del individuo es lo que contenta a la comunidad en conjunto y por lo tanto lo que la hace conservadora. Una multitud de hombres se afirma sobre sus propios pies porque se afirma sobre su propia tierra. Pero en nuestro país, ¡ay!, los terratenientes no se han afirmado en nada, excepto en lo que han pisoteado.

2. Votos y voluntarios

A veces nos han preguntado por qué no admiramos a los que hacen propaganda tanto como se admiran ellos mismos. Una respuesta es que está en su naturaleza admirarse a sí mismos. Y en la índole misma de nuestra tarea está el enseñar a la gente a criticarse o, más bien (y es preferible) a darse de puntapiés. Hablan acerca de la verdad en los anuncios, pero no puede haber nada semejante en el sentido profundo en el que necesitamos la verdad en la política. Es imposible decir en los términos alegres de la publicidad la verdad sobre lo mal que están las cosas o la verdad acerca de lo difícil que va a resultar mejorarlas. Nadie que ponga anuncios va a ser tan sincero como para decir:

«Haga lo que pueda con nuestra vieja y pésima máquina de escribir, en este momento no podemos conseguir nada mejor». Pero en realidad tenemos que decir que nuestros amigos «pasarán un mal rato si empiezan a trabajar nuevos campos por su propia cuenta; pero es lo que hay que hacer». No podemos hacer creer que estamos ofreciendo solamente satisfacciones y comodidades. Cualquiera que sea nuestra opinión definitiva sobre la maquinaria que ahorra trabajo, no podemos ofrecer nuestro ideal como una máquina que ahorra trabajo. En nuestro ideal no hay más propuesta de incomodidad de la que hay para un hombre en

un incendio, una batalla o un naufragio. No hay más camino que el camino del peligro para salir del peligro. La forma de llamamiento que debe hacerse a los ingleses es la forma de llamamiento que se hace ante una gran guerra o una revolución. Aunque la trompeta emitiera un sonido incierto... pero debe ser el sonido inconfundible de una trompeta. El megáfono de la propia satisfacción mercantil es fuerte, pero no claro. Por su naturaleza, sólo puede decir cosas suaves, aunque las diga estruendosamente; es como alguien que susurra dulces naderías, aun cuando su susurro fuera un grito horrible. ¿Cómo puede pedir la publicidad que los hombres se preparen para la batalla? ¿Cómo puede la publicidad hablar el lenguaje del patriotismo? No puede decir: «Compre tierra en Blinkington-on-Sea y prepárese para la lucha contra piedras y abrojos». No puede emitir un sonido seguro, como el antiguo somatén que tocaba a sangre y fuego, y decir a las gentes de Puddleton que corren peligro de hambre. Para hacer justicia a los hombres, nunca nadie anunció las necesidades del ejército de cocineros afirmando que era conveniente para el fogón. No dijimos a los soldados: «Prueben nuestras trincheras; son un deleite». Hicimos una especie de tentativa de llamamiento a cosas mejores, y tenemos que volver a hacerlo frente a cosas peores. El tono de los anuncios es lo que hace tan difícil esto. Porque lo que tenemos que considerar a continuación es la necesidad de acción individual independiente en gran escala. Queremos que se conozca la necesidad, como se hizo saber que había necesidad de soldados. La educación ha sido demasiado comercial en su origen y ha dejado que la hunda la publicidad comercial. Venía demasiado de la ciudad, y ahora casi la han arrojado de la ciudad. Educación quería decir en realidad enseñanza de cosas de la ciudad a gente del campo que no quería aprenderlas. Admito más bien que sería mucho mejor empezar al menos con aquellos que realmente la necesitan. Pero también sostengo que hay realmente gran cantidad de gente en la ciudad y en el campo que verdaderamente la

necesitan.

Pensemos o no en una futura ley agraria, sea o no sea nuestro concepto del distributismo rígido o tosco, pero eficaz, creamos o no en la compensación o la confiscación, busquemos esta o aquella ley, no debemos sentarnos y esperar ley alguna. Mientras crece el pasto el caballo tiene que mostrar que quiere pasto: tiene que explicar que es realmente un cuadrúpedo herbívoro. El cumplimiento de las promesas parlamentarias es más lento que el crecimiento de la hierba, y si no se hace nada antes de que se complete lo que se llama un proceso constitucional, estaremos casi tan cerca del distributismo como lo está del socialismo un político laborista. Me parece necesario revivir en primer lugar el método medieval o recto, y pedir voluntarios.

Los ingleses podrían hacer lo que hicieron los irlandeses. Podrían hacer las leyes obedeciéndolas. Si como los primitivos patriotas del Sinn Fein hemos de adelantarnos al cambio legal mediante un acuerdo social, necesitamos dos clases de voluntarios para llevar a cabo la experiencia inmediata. Es necesario que averigüemos cuantos labriegos hay, real o potencialmente, que podrían cargar con la responsabilidad de pequeñas granjas por el bien de la verdadera propiedad, a fin de bastarse a sí mismos y de salvar a Inglaterra en un momento desesperado. Queremos saber cuántos terratenientes hay que cederían o venderían a bajo precio su tierra para dividirla en granjas de ese tipo. Sinceramente, creo que el hacendado llevaría la mejor parte. O, más bien, creo que al labriego le tocaría la parte más difícil y heroica. A veces hasta le convendría al propietario ceder del todo la tierra, puesto que está pagando por lo que no le produce nada a cambio. Pero de cualquier modo, todos deben darse cuenta de que la situación, sin usar frases abusivas, exige remedios heroicos. Es imposible disimular que el hombre que reciba la tierra, más aún que el que la entregue, tendrá que tener algo de héroe. Nos dirán que los héroes no brotan en todos los setos, y que no encontraremos bastantes para defender todos

nuestros cercos. Hace apenas unos años reunimos tres millones de héroes con un toque de clarín, y la trompeta que hoy oímos es, en un sentido más terrible, la trompeta del juicio.

Necesitamos una llamada popular de voluntarios que salven la tierra, exactamente como en 1914 se necesitaron voluntarios para salvar el país. Pero no queremos que se debilite el llamamiento con ese rasgo pusilánime, cansado, funesto y deplorable que los periódicos llaman optimismo. No estamos pidiendo a unos niños que pongan buena cara mientras les toman sus fotografías: estamos pidiendo a hombres grandes que hagan frente a una crisis tan grave como una gran guerra. No estamos pidiendo a la gente que recorte un cupón de un diario, sino que trace surcos de labrantío en un desierto sin huellas; y si han de triunfar, deberá hacerse frente a la labor con algo del espíritu inquebrantable del antiguo cumplimiento de un voto. San Francisco mostró a quienes lo siguieron el camino de una felicidad mayor, pero no les dijo que una vida errante y sin hogar sería un dechado de felicidad; ni lo anunció en tableros como un camino de rosas. Pero vivimos una época en que es más difícil para un hombre libre hacerse un hogar de lo que era para el asceta medieval pasarse sin él. La disputa sobre los arrabales de Limehouse era el modelo de guía del problema... si podemos llamar modelo de guía a algo que no guía y sobre lo cual sólo un loco modelaría algo. Los habitantes de los barrios bajos dicen verdadera y decididamente que prefieren sus casuchas a los bloques de apartamentos que se les proporcionan como alternativa de las casuchas. Y las prefieren, se afirma, porque las casas viejas tenían al fondo corrales donde podían dedicarse «a sus hobbies de pájaros y a la cría de gallinas». Cuando se les ofrecieron otras oportunidades, sobre un plan de reparto, tuvieron la espantosa depravación de decir que les gustaba tener cercas alrededor de sus corrales privados. Tan terrible y abrumador es el torrente rojo del comunismo cuando entra en ebullición en los cerebros de las clases trabajadoras.

Desde luego, es concebible que sea necesario, durante alguna convulsión violenta, que las casas de la gente se apilen una sobre otra en forma de torres de apartamentos. Y así también podría ser necesario que los hombres trepan sobre los hombros de otros hombres durante un diluvio o para salir de una grieta abierta por un terremoto. Y lógicamente es concebible, y hasta matemáticamente exacto, que disminuiríamos las muchedumbres de las calles de Londres si pudiéramos acomodar a los hombres verticalmente, en vez de horizontalmente. Si solamente hubiera algún medio por el cual un hombre pudiera caminar con otro hombre de pie encima de él, y otro sobre éste y así sucesivamente, se ahorrarían muchos empujones. Los hombres se colocan de este modo en las pruebas de acrobacia, y es claro que tales acrobacias podrían hacerse obligatorias en todas las escuelas. Es un cuadro que me agrada mucho, como cuadro. Espero ver (en mi afición al arte por el arte) semejante torre viviente moviéndose majestuosamente a lo largo de la avenida Strand. Me agrada pensar en un tiempo de verdadera organización social, cuando todos los empleados de los señores Boodle & Bunkham ya no aparezcan en la forma desordenada y dispersa en que lo hacen actualmente, cada uno desde su pequeña villa suburbana. Ni siquiera marcharían, como en la etapa inmediata e intermedia del Estado Servil, en una columna de filas bien formadas, desde el dormitorio de una parte de Londres hasta el emporio de la otra. No. Ante mí surge una visión más noble que llega hasta las alturas del mismo cielo. Una pagoda tambaleante de empleados, cada uno en equilibrio sobre otro, se mueve a lo largo de la calle, haciendo tal vez demostraciones acrobáticas en el aire a medida que avanza, para mostrar la perfecta disciplina de su maquinaria social. Todo eso sería muy impresionante; y, entre otras cosas, realmente economizaría espacio. Pero si uno de los hombres cercanos a la punta de esa torre movediza dijera que esperaba poder volver a visitar la tierra algún día, simpatizaría con su sentido del destierro. Si

dijera que para el hombre lo natural es caminar sobre la tierra, yo estaría de acuerdo con su escuela filosófica. Si dijera que es muy difícil cuidar pollos en esa postura acrobática y a esa altura, yo pensaría que su dificultad es una dificultad verdadera. En principio podría responderse que el amor a los pájaros sería más adecuado a la percha tan etérea, pero en la práctica esos pájaros serían pájaros muy caprichosos. Por último, si dijera el hombre que cuidar gallinas ponedoras es tarea social digna y estimable, más estimable y digna que servir a los señores Boodle & Bunkham con la más perfecta disciplina y organización, estaría de acuerdo con ese sentimiento por encima de todo lo demás.

Ahora bien, todo nuestro problema social es muy difícil, y aunque en cierto modo su parte agrícola sea la más simple, en otro sentido no es en modo alguno la menos difícil. Pero este asunto de Limehouse es un ejemplo vívido de cómo hacemos más difícil la dificultad. Se nos dice una y otra vez que los habitantes de los barrios bajos de las grandes ciudades no pueden ser simplemente librados a la tierra, que no quieren ir al campo, que no tienen inclinaciones ni ideas que de algún modo puedan convertirlos en gente interesada por la tierra, que no puede concebirse que tengan algún placer, salvo los placeres de la ciudad, ni aun disconformidad alguna, salvo el bolchevismo de las ciudades. Y luego, cuando toda una muchedumbre de ellos quiere criar gallinas, los obligamos a vivir en apartamentos. Cuando multitud de ellos quiere tener cercas, nos reímos y los mandamos a barracas públicas. Cuando toda una población desea insistir en empalizadas y cercados y en las tradiciones de la propiedad privada, las autoridades obran como si estuvieran sofocando un motín rojo. Cuando estos mismos habitantes desesperanzados de los arrabales ponen realmente todas sus esperanzas en una ocupación rural, que todavía pueden practicar en las casuchas, los apartamos de esa ocupación diciendo que mejoramos su condición. Se toma a un hombre que tiene la

cabeza puesta en un gallinero, se lo instala a la fuerza sobre zancos gigantes de cien pies de altura, donde no puede alcanzar el suelo, y luego se dice que se lo ha salvado de la miseria. Y después se agrega que un hombre así sólo puede vivir sobre zancos y que nunca podría interesarse por las gallinas.

Ahora bien, la pregunta primerísima que se hace siempre a aquellos que defienden nuestra forma de reconstrucción agrícola es fundamental, porque es psicológica. Podemos o no necesitar cualquier otra cosa para una comunidad labriega, pero sin duda necesitamos labriegos. En la actual mezcla y confusión de civilización más o menos urbanizada, ¿tenemos siquiera los elementos primeros o las primeras posibilidades? ¿Tenemos labriegos o al menos labriegos en potencia? Como a todas las preguntas de ese tipo, no puede contestarse con estadísticas. Las estadísticas son artificiales aun cuando no sean ficticias, porque siempre dan por sentado el hecho mismo que un cálculo recto siempre tiene que negar: suponen que cada hombre es un solo hombre. Se basan en una especie de teoría atómica de que el individuo es realmente individual, en el sentido de indivisible. Pero cuando abiertamente tratamos con la proporción de diferentes amores u odios o esperanzas o apetitos, lejos de ser esto un hecho que pueda darse por sentado, es el primerísimo que debe ser negado. Lo niega toda esa consideración más profunda que los hombres acostumbraban a llamar espiritual, hasta que se arriesgaron a decirlo en griego y llamarla psíquica o psicológica. En un sentido, la espiritualidad más alta insiste, desde luego, en que un hombre es uno solo. Pero en el sentido aquí implícito, la opinión espiritual siempre ha sido la de que un hombre es por lo menos dos, y la opinión de los psicólogos ha demostrado cierta inclinación a convertirlo en media docena. Por lo tanto, de nada vale discutir el número de labriegos que son nada más que labriegos. Es muy probable que no haya ninguno. No vale preguntar cuántos labradores o

campesinos completos y acabados, con sus blusas, pala y horquilla en mano esperan en las cercanías de Brompton o Brixton que les demos la señal para volver precipitadamente a la tierra. Alguien tan tonto como para esperar semejante cosa no se ha de hallar en nuestro pequeño partido político. Cuando tratamos este género de asunto tratamos con elementos diferentes dentro de la misma clase, y aun del mismo hombre. Tratamos con elementos que deberían ser estimulados o educados o (si tenemos que usar la palabra en algún momento) desarrollados. Tenemos que considerar si hay materiales de los cuales pueden sacarse labradores que constituyan una comunidad labriega, si realmente queremos intentarla. En ninguna de estas notas he sugerido que exista la más mínima posibilidad de que se haga si no queremos intentarlo.

Ahora bien, usando las palabras en este sentido razonable, sostengo que existe todavía en Inglaterra mucho elemento humano al que le agradaría volver a esta suerte de Inglaterra más sencilla. Algunos de ellos lo comprenden mejor que otros, algunos se comprenden a sí mismos mejor que otros; algunos estarían dispuestos a que fuera una revolución; otros se aferran a esto muy ciegamente, como a una tradición; algunos han pensado en esto sólo como en un hobby; otros no han oído hablar nunca de eso y lo sienten sólo como una carencia. Pero creo que el número de personas a quienes les agradaría escapar del enredo de las meras ramificaciones y comunicaciones de la ciudad y volver a acercarse a las raíces de las cosas, a donde las cosas proceden directamente de la naturaleza, es muy crecido. Probablemente no sea una mayoría, pero sospecho que aún ahora es una minoría numerosa. Un hombre no desea necesariamente esto más que cualquier otra cosa en cada momento de su vida. Ninguna persona cuerda espera que un movimiento conste enteramente de monomaniacos. Pero gran cantidad de gente lo desea mucho. Es la impresión que me ha dejado la experiencia, que es, entre todas las cosas, lo más difícil de reproducir en una polémica. Lo advierto por

el modo con que innumerables habitantes de los suburbios hablan de sus jardines. Lo adivino por la clase de cosas que realmente envidian al rico. Una de las más notables es simplemente el espacio vacío. Lo compruebo en todos los hombres que desean el campo aun cuando lo denigran. Lo noto en el profundo interés popular que existe en todas partes, especialmente en Inglaterra, por lo que se refiere a cría y cuidado de cualquier clase de animal. Y si buscara un ejemplo supremo, simbólico y triunfante de todo lo que quiero decir, podría encontrarlo en el caso que he citado de estos hombres que viven en los barrios más miserables de Limehouse y no sienten deseos de abandonarlos, porque significaría dejar atrás un conejo de una conejera o un pollo de un gallinero.

Pues bien, si en realidad hiciéramos lo que sugiero, o si en realidad supiéramos lo que estamos haciendo, aprovecharíamos a estos habitantes de los arrabales como si fueran niños prodigio o (lo que es aún más lucrativo) fenómenos que pueden ser exhibidos en una feria. Veríamos que esta gente tiene un genio innato para esas cosas. Los alentariamos en tales cosas, los educariamos en tales cosas. Veríamos en ellos la semilla y el principio viviente de un verdadero resurgimiento espontáneo del campo. Repito que sería una cuestión de proporción, y por ende de tacto. Pero nos pondríamos de su lado, confiados en que ellos estarían del nuestro y del lado del campo. Reconstruiríamos nuestra educación popular de modo que fomentara esos pasatiempos. Pensariamos que vale la pena enseñar a la gente las cosas que tiene tanto anhelo de enseñarse a sí misma. Les enseñariamos. A veces, en un arranque de humildad cristiana, hasta podríamos permitirles que ellos nos enseñaran a nosotros. Y lo que hacemos es echarlos en masa fuera de sus casas, donde hacen estas cosas con dificultad, y arrastrarlos chillando a lugares nuevos, donde no pueden hacerlas en absoluto. Este solo ejemplo mostraría cuánto estamos haciendo en realidad por la reconstrucción rural de Inglaterra.

Aunque mucho podría hacerse mediante voluntarios y mediante un convenio voluntario entre el hombre que realmente pudiera hacer el trabajo y el hombre que con frecuencia no puede percibir la renta, nada hay en nuestra filosofía social que prohíba el uso del poder del Estado donde puede usarse. Y ya fuera por un subsidio del Estado o mediante un gran fondo voluntario, me parece que todavía sería posible dar al menos al otro hombre algo equivalente a la renta que no percibe. Dicho con otras palabras, mucho antes de que nuestros comunistas lleguen al procedimiento contencioso de la confiscación, me parece uno de los recursos de la civilización permitir que Brown compre a Smith lo que para Smith ya tiene poco valor, pero que podría ser de gran valor para Brown. Conozco la oposición corriente al subsidio, y el argumento general que se aplica igualmente a la suscripción; pero creo que una subvención para restaurar la agricultura se vería mejor pagada en el futuro que una subvención para sostener la posición de la hulla; exactamente como la creo a su vez más defendible que medio centenar de salarios que pagamos a multitud de personas despreciables por importunar a los pobres con fingida ciencia y tiranía mezquina. Pero, como ya he indicado, hay otras formas en las que podría ayudar el Estado. Puesto que tenemos educación por el Estado, parece una lástima que nunca pueda ser determinada en cualquier momento por las necesidades del Estado. Si la necesidad inmediata del Estado es la de prestar cierta atención a la existencia de la tierra, parece que en realidad no hay razón para que los ojos de maestros y alumnos, que contemplan las estrellas, no se vuelvan en dirección a este planeta. Actualmente, nuestra educación no es ciertamente para ángeles, sino más bien para aviadores. Ni siquiera comprende el deseo de un hombre de permanecer atado a la tierra. En su ideal hay una locura que con justicia puede llamarse extraterrena.

Ahora bien, sugiero que sería conveniente un grupo de labriegos voluntarios, primero como núcleo, pero creo que sería un foco de atracción. Creo que se alzaría no sólo

como una roca, sino también como un imán. Con otras palabras, tan pronto como se admita que puede hacerse, se volverá importante cuando cierto número de otras cosas no pueda ya hacerse. Donde la industria está cada vez peor, esto sería considerado lo mejor incluso por los que lo consideran sólo aceptable en segundo término. Cuando hablamos de la gente que abandona el campo y se congrega en las ciudades, no juzgamos el caso con justicia. Algo puede dejarse para un tipo social que preferirá siempre los cinematógrafos y las tarjetas postales a la propiedad y la libertad. Pero no hay nada concluyente en el hecho de que la gente prefiera vivir sin propiedad y sin libertad con un cine, a vivir sin propiedad y sin libertad sin un cine. A algunas personas puede gustarles la ciudad tanto como para que prefieran vivir asfixiadas en ella a vivir libres en el campo. Por lo tanto, creo que si creáramos un grupo considerable de labriegos, el grupo crecería. La gente se replegaría hacia él a medida que se retirara de las industrias decadentes. En la actualidad el grupo no crece porque no existe el grupo que pueda crecer; la gente ni siquiera cree en su existencia, y menos puede creer en su extensión.

Hasta aquí, me propongo simplemente sugerir que muchos campesinos estarían ahora dispuestos a trabajar solos en la tierra, aunque fuera un sacrificio; que muchos hacendados estarían dispuestos a cedérsela, aunque fuera un sacrificio; que el Estado (y para eso cualquier otra corporación patriótica) podría tener obligación de ayudar a uno o a ambos de estos gastos, que no sería un sacrificio intolerable ni imposible. En todo esto recordaría al lector que sólo estoy tratando de la actividad inmediatamente practicable, y no de una condición última y completa; pero me parece que podría emprenderse casi enseguida algo de esta clase. A continuación procederé a considerar un malentendido acerca de cómo un grupo de labriegos podría vivir del producto de la tierra.

3. El verdadero vivir de la tierra

Ofrecemos una de las muchas propuestas para reparar el mal del capitalismo, convencidos de que la nuestra es realmente la única propuesta que puede repararlo. Las demás son todas propuestas para empeorarlo. Lo normal, para arreglar un funcionamiento equivocado, es invertirlo. El proceso natural, cuando la propiedad ha caído en manos de los menos, es restituirla a las manos más numerosas. Si hay veinte hombres pescando en un río, apiñados de tal forma que sus sedales se enredan en uno solo, la operación lógica es desenredarlos y separarlos de modo que cada pescador tenga su sedal. No hay duda de que un filósofo colectivista parado en la orilla podría señalar que los sedales entrelazados ya son prácticamente una red y que podría ser remolcada mediante un esfuerzo común, de manera que rastreara el lecho del río. Pero, aparte de que su proyecto resultaría dudoso en la práctica, sería un insulto a los más elementales principios intelectuales. Sacar una ventaja dudosa de las cosas que están mal no es ponerlas bien. De igual modo, exagerar un percance ni siquiera suena a proyecto sano. El socialismo no es más que la consumación de la concentración capitalista; pero esa concentración fue

llevada a cabo ciegamente, como un desatino. Ahora bien, la sencillez que encierra la idea de reparar lo que está mal hecho atraería, creo, a mucha gente sencilla que sienten que los sistemas sociológicos complicados son del todo antinaturales. Por esa razón sugiero en este punto que muchos hombres corrientes, propietarios y peones, tories y radicales, probablemente nos ayudarían en esta tarea si se la separara de los partidos políticos y del orgullo y pedantería de los intelectuales.

Pero hay otro aspecto de la tarea que es a la vez más fácil y más difícil. Es más fácil porque no hay que abrumar a la gente con las complejidades de la industria cosmopolita. Es más difícil porque es duro vivir separado de esas complejidades. Un distributista por cuyo trabajo (en un pequeño diario, ¡ay!, afeado con mis propias iniciales) siento viva gratitud, advirtió una vez una verdad a menudo descuidada. Dijo que vivir de la tierra era cosa totalmente diferente que vivir sacando cosas de ella. Probó, mucho más brillantemente de lo que yo podría hacerlo, cuán práctica es la diferencia en economía política. Pero me gustará agregar aquí una palabra sobre una distinción equivalente en la ética. Para la economía política, es obvio que la mayoría de los argumentos sobre el fracaso inevitable de un hombre que cultive nabos en Sussex son argumentos sobre su fracaso en la venta de éstos, no sobre su imposibilidad de comérselos. Ahora bien, como ya he explicado, no me propongo reducir a un solo tipo a todos los ciudadanos, y mucho menos reducirlos a comedores de nabos. En mayor o menor grado, según lo impusieran las circunstancias, indudablemente habría gente que vendería nabos a otra gente; quizá hasta el más ferviente devorador de nabos vendería probablemente algunos a otras personas. Pero mi intención no se verá con claridad si se supone que no se necesita más simplificación social que la que implica vender los nabos de un campo en vez de vender sombreros de copa en una tienda. Me parece que muchísima gente estará contentísima de vivir de la tierra cuando

encuentre que la única alternativa es morir de hambre en la calle. Y es seguro que se modificaría la atrocidad moderna del desempleo si un número crecido de personas viviera realmente en la tierra, no sólo en el sentido de dormir sobre la tierra, sino de alimentarse de ella. Habrá muchos que sostengan que esto significaría una vida muy opaca, comparada con las emociones que proporciona morir en un hospicio de Liverpool; exactamente como hay muchos que insisten en que la mujer media está hecha para afanarse en el hogar, sin preguntarse si el varón medio se alegra de tener que trabajar en la oficina. Pero, pasando por alto el hecho de que tal vez pronto tengamos que hacer frente a un problema al menos tan prosaico como el del hambre, no admito que semejante vida sea necesaria o enteramente prosaica. Las poblaciones rurales, que se mantienen muy bien a sí mismas, parecen haberse entretenido con muchas mitologías y danzas y artes decorativas; y no estoy convencido de que todo comedor de nabos tenga cerebro de nabo ni de que el sombrero de copa cubra siempre la cabeza de un filósofo. Pero si contemplamos el problema desde el punto de vista de la comunidad como totalidad, notaremos otras cosas también interesantes. Un sistema enteramente basado en la división del trabajo es en cierto sentido literalmente imbécil. Esto es, cada ejecutante de media operación usa en realidad la mitad de su ingenio. No es un problema estrictamente intelectual. Pero sí es una cuestión de integridad, en el sentido estricto de la palabra. El campesino no vive solamente una vida sencilla, sino una vida completa. Puede ser muy simple en su entereza; pero la comunidad no está completa sin esa entereza. La comunidad es actualmente muy defectuosa, porque no hay en su centro nada de ese conocimiento simple: ningún hombre que represente las dos partes de un contrato. No existe en ninguna parte un conocimiento completo de estos términos: propia manutención, dominio de sí mismo, autonomía. Y ese conocimiento propicia la única multitud unánime y el único hombre universal. Donde se da, existe la única mitad del

mundo que sabe cómo vive la otra mitad.

Muchos deben de haber citado el sublime verso de Virgilio «feliz aquel que conoce las causas» sin recordar el contexto donde aparece. Es probable que muchos lo hayan citado porque lo habían citado otros. Muchos, si se les pidiera que adivinaran de dónde procede, probablemente se equivocarían al hacerlo. Todo el mundo sabe que Virgilio, como Homero, se arriesgó a referir bastante osadamente los concilios más secretos de los dioses. Todos saben que Virgilio, como Dante, condujo a su héroe al Tártaro, al infierno, y a las profundidades últimas y más bajas del universo. Todos saben que trató de la caída de Troya y el nacimiento de Roma, de las leyes de un imperio dispuesto a gobernar a todos los hijos de los hombres, de los ideales que deberían estar presentes como estrellas ante los encargados de esa terrible misión. Sin embargo, no es con relación a ninguna de estas cosas, en ninguno de estos pasajes, donde hace esa observación curiosa sobre la felicidad humana consistente en un conocimiento de las causas. Lo dice, creo, en un poema agradablemente didáctico acerca de las normas para la cría de abejas. De cualquier modo, es parte de una serie de elegantes ensayos sobre actividades campestres, que en cierto sentido, es verdad, son triviales, pero en otro sentido son casi técnicos. En medio de estas cosas tranquilas y sin embargo activas es donde el gran poeta sale de pronto con el gran pasaje sobre el hombre feliz a quien ni reyes ni muchedumbres pueden intimidar; el hombre que, habiendo contemplado la raíz y razón de todas las cosas, podrá oír siempre bajo sus pies, sin temblar, el rugido del río del infierno.

Y al decir esto, el poeta prueba ciertamente, una vez más, dos grandes verdades: que el poeta es profeta, y que el profeta es un hombre práctico. Así como su anhelo de un salvador de los pueblos era profecía inconsciente de Cristo, así también su crítica de la ciudad y el campo es una profecía inconsciente de la decadencia que ha sobrevenido al mundo por apostatar del cristianismo. Mucho puede

decirse sobre la monstruosidad de las ciudades modernas; es fácil de ver y quizás demasiado fácil de decir. Simpatizo enteramente con cualquier profeta de cabellera desordenada que levante la voz por las calles para pregonar la ruina de Brompton, a la manera de la ruina de Babilonia. Ampararé (hasta la suma de seis peniques, como decía Carlyle) a cualquier viejo barbudo que agite los brazos y haga bajar fuego del cielo sobre Bayswater. Estoy del todo de acuerdo en que los leones rugirán en las alturas de Paddington, y estoy completamente a favor del advenimiento de chacales y buitres que críen a sus hijos en las ruinas del Albert Hall. Pero quizás en estos casos el profeta es menos explícito que el poeta. No nos dice exactamente qué tiene de malo la ciudad, sino que deja a nuestra propia y fina intuición la tarea de inferir, por la aparición repentina de salvajes unicornios que pisotean nuestros jardines, o por una lluvia de serpientes llameantes que vuelan como flechas sobre nuestras cabezas a través del cielo, o algún otro detalle significativo, que probablemente algo anda mal. Pero si deseamos saber intelectualmente, por otro camino, qué es lo que tiene de malo la ciudad, y por qué parece estar encaminándose a destinos tan poco naturales y mucho más horribles, habremos de buscar en esa impertinencia profunday aguda del verso latino.

Lo que le sucede al hombre de la ciudad moderna es que no sabe las causas de las cosas: y por eso, como dice el poeta, puede dejarse dominar demasiado por déspotas y demagogos. No sabe de dónde provienen las cosas; es el tipo de cockney culto que decía que le gustaba la leche sacada de una lechería limpia y no de una vaca sucia. Cuanto más compleja es la organización ciudadana y más compleja es la educación ciudadana, el hombre es menos aquel individuo feliz de Virgilio que sabe las causas de las cosas. La civilización ciudadana significa simplemente que existe un número alto de intermediarios por los cuales pasa la leche para llegar desde la vaca hasta el hombre; dicho con otras palabras, significa un elevado número de posibilidades de

desperdiciar la leche, de aguarla, de envenenarla y de estafar al hombre. Si éste alguna vez protesta porque le envenenan o le estafan, seguramente se le dirá que de nada vale llorar por la leche derramada; o, con otras palabras, que intentar deshacer lo que está hecho o restaurar lo ya destruido es sentimentalismo reaccionario. Pero el hombre no protesta mucho, porque no puede; y no puede porque no sabe lo suficiente acerca de las causas de las cosas, sobre las formas primeras de la propiedad y la producción, o los puntos donde el hombre se halla más cerca de sus orígenes verdaderos.

Hasta aquí el hecho fundamental está bastante claro, y esta cara de la verdad incluso es bastante conocida. Pocas personas son todavía lo suficientemente ignorantes como para hablar del campesino ignorante. Porque es evidente que, en el sentido vital, sería mucho más verdadero hablar del ignorante hombre de la ciudad. Aun donde el hombre de la ciudad está bien empleado, no está en este sentido igualmente bien informado. En verdad, veríamos este hecho simple con claridad suficiente si afectara a cualquier cosa excepto a lo esencial de nuestra vida. Si un geólogo golpeará con su martillo sobre los ladrillos de una casa a medio construir y les dijera a los albañiles qué es el barro y de dónde procede, podríamos pensar que es un estorbo, pero probablemente pensaríamos que es un estorbo instruido. Podríamos preferir el martillo del obrero al del geólogo; pero tendríamos que admitir que hay cosas en la cabeza del geólogo que no se encuentran en la cabeza del obrero. Sin embargo, el campesino, o simplemente cualquier muchacho de campo, puede saber algo sobre el origen de nuestros desayunos, como sabe el profesor sobre el origen de nuestros ladrillos. Si vemos un grotesco monstruo medieval llamado cerdo colgado patas arriba del gancho de un carnicero, como un inmenso murciélago colgado de una rama, será el muchacho del campo quien nos tranquilice y calme nuestros chillidos mediante alguna explicación sobre las costumbres inofensivas de este animal fabuloso, e indicando la

relación extraña y secreta entre él y el tocino de la mesa del desayuno. Si frente a nosotros, en la calle, cayera un meteorito, quizás simpatizáramos más con el policía que quisiera quitarlo de la vía pública que con el profesor que deseara pararse en la calle y dictar una clase sobre los elementos constitutivos del cometa o la nebulosa de los que se ha separado el fragmento. Pero, aunque uno encontrara justificado que el policía exclamara (en griego antiguo): «¿A mí qué me importan las Pléyades?», aún admitiría que de un profesor se puede obtener más información que de un policía acerca del suelo y los estratos de las Pléyades. Asimismo, si algún monstruo raro y crecido llamado calabaza nos sorprende como un rayo, no nos imaginemos que resulta tan raro como para nosotros para el hombre que cultiva calabazas, simplemente porque su campo y su trabajo parecen estar tan lejos como las Pléyades. Reconozcamos que es, después de todo, un especialista en estas calabazas misteriosas y cerdos prehistóricos, y tratémoslo como a un erudito procedente de una universidad extranjera. Inglaterra está ahora tan lejos de Londres que sus emisarios podrían al menos ser recibidos con el respeto que se debe a los visitantes distinguidos que llegan de la China o de las Antillas. Sea como fuere, no hay que seguir hablando de ellos como de simples ignorantes al hablar de lo que nosotros ignoramos. Un hombre puede considerar inaplicable el conocimiento del campesino, como otro puede considerar fuera de lugar el del profesor; pero en ambos casos es un conocimiento, porque es conocimiento de las causas de las cosas.

La mayoría de nosotros se da cuenta, en cierto sentido, de que esto es verdad; pero muchos todavía no se han dado cuenta de que lo inverso también es verdad. Y esa otra verdad, una vez comprendida, es la que nos lleva al necesario siguiente punto sobre la posición del campesino: el campesino también tendrá sólo una experiencia parcial si cultiva cosas en el campo con el único fin de venderlas en la ciudad. Es claro que la representación de

la ignorancia de la ciudad o la del campo en la forma grotesca que he empleado es sólo una broma. Lo he sugerido a modo de ejemplo. El hombre de la ciudad no cree realmente que la leche llueva de las nubes o que el tocino crezca en árboles, aunque tenga una idea bastante vaga sobre las calabazas. Sabe algo de eso, pero no lo suficiente para que su conocimiento sea de gran valor. El rústico no cree en realidad que la leche se use para enjalar o las calabazas como almohadones, aunque en realidad nunca vea para qué se usan. Pero si es mero productor de ellas, y no consumidor, su posición se hace tan parcial como la de cualquier empleado cockney, casi tan estrecha y aún más servil. Dado lo maravilloso del cuento de la calabaza, es malo que el campesino sólo conozca su principio, y también es malo que el empleado sólo conozca el final.

Intercalo aquí esta sugerencia de carácter general por una razón particular. Antes de que lleguemos a la conveniencia práctica del campesino que consume lo que produce (y a la razón para considerarlo, como ha solicitado el señor Heseltine, mucho más practicable que el método por el cual sólo vende lo que produce), creo que vendría bien señalar que este procedimiento, aunque más conveniente, no es una simple concesión a la conveniencia. A mí me parece cosa excelente, en la teoría tanto como en la práctica, que exista un cuerpo de ciudadanos primeramente ocupado en producir y consumir, y no en comerciar. Me parece parte de nuestro ideal, y no meramente parte de nuestra obligación, que haya en la comunidad un núcleo de vida sencilla y a la vez completa. Se puede reservar un lugar moderado al comercio y a la variedad, como se le dio en el viejo mundo de ferias y mercados. Pero en alguna parte, en el centro de la civilización, debería haber un tipo que sería verdaderamente independiente, en el sentido de que produciría y consumiría dentro de su propia esfera social. No digo que semejante vida humana completa sea favorable para la humanidad toda. No digo que el Estado

necesite solamente al hombre que no necesita el Estado. Pero sí digo que es muy necesario el hombre que satisface sus propias necesidades. Lo digo especialmente porque, a causa de su ausencia en la civilización moderna, esta civilización ha perdido unidad. No es tarea de nadie registrar la totalidad de un proceso, ver de dónde vienen las cosas y a dónde van. Nadie sigue el curso completo y tortuoso del río de la leche en su fluir de la vaca al niño. Ninguno de los que presencian la muerte de un cerdo tiene la obligación de darse cuenta de que el sacrificio del cerdo tiene por fin que se lo coman. Los hombres arrojan calabazas a otros hombres como balas de cañón, pero no las recuperan como boomerangs. Necesitamos un círculo social en el cual las cosas vuelvan constantemente a quienes las arrojan, y hombres que sepan el final y el comienzo, y la vuelta completa, de nuestra pequeña vida.

IV

ALGUNOS ASPECTOS DE LA MAQUINA

1. La rueda del destino

El mal que nos esforzamos en destruir se esconde por los rincones, especialmente en forma de frases equívocas en cuyo engaño pueden caer fácilmente hasta las personas inteligentes. Una frase que podemos oír a cualquiera en cualquier momento es aquella de que tal institución moderna «ha llegado a quedar». Estas metáforas a medias son las que llevan a convertirnos a todos en imbéciles. ¿Cuál es el significado preciso de la afirmación de que la máquina de vapor o el aparato de radiocomunicación han llegado a quedar? ¿Qué se quiere decir cuando se afirma que la torre Eiffel ha llegado a quedar? Para empezar, es evidente que no queremos decir lo que decimos cuando usamos las palabras con naturalidad, como en la expresión «el tío Humphrey ha llegado para quedarse». Esa última oración puede pronunciarse en tono alegre, o de resignación, o hasta de desesperación, pero no de desesperación en el sentido de que el tío Humphrey sea en realidad un monumento que nunca podrá ser movido de su sitio. El tío Humphrey llegó, y es probable que se vaya dentro de un tiempo; incluso es posible (por doloroso que pueda ser

imaginar tales relaciones domésticas) que el último recurso sea hacer que se vaya. El hecho de que la metáfora se quiebre, aparte de la realidad que se supone que representa, muestra con cuánta vaguedad se usan estas palabras engañosas. Pero cuando decimos: «La torre Eiffel ha llegado a quedar» somos todavía más inexactos. Porque, para empezar, la torre Eiffel no ha llegado en absoluto. En ningún momento se vio a la torre Eiffel caminando a grandes zancadas, con sus largas patas de hierro, en dirección a París a través de las llanuras de Francia, como aquel gigante de la célebre pesadilla de Rabelais que cayó sobre París para llevarse las campanas de Notre Dame. La silueta del tío Humphrey que se ve venir por el camino posiblemente produzca tanto terror como cualquier torre andante o cualquier descomunal gigante, y probablemente la pregunta que asaltará a todos será si vendrá a quedarse. Pero haya llegado o no para quedarse, lo cierto es que ha llegado. Ha hecho un acto de voluntad, ha empujado o precipitado su cuerpo en determinada dirección, ha agitado sus propias piernas y hasta es posible (porque todos conocemos al tío Humphrey) que haya insistido en llevar él mismo su maleta, para demostrar a esos perros jóvenes y haraganes que todavía puede hacerlo a los setenta y tres años.

Supongamos que lo que realmente hubiera sucedido fuera algo así: algo como un cuento terrorífico de Hawthorne o Poe. Supongamos que nosotros mismos hubiéramos fabricado al tío Humphrey; que lo hubiéramos construido, pedazo a pedazo, como un muñeco mecánico. Supongamos que en determinado momento hubiéramos sentido tan ardiente necesidad de un tío en nuestra vida hogareña que lo hubiésemos fabricado con materiales domésticos. Tomando, por ejemplo, un nabo de la huerta para representar su cabeza calva y venerable, haciendo que un tonel sugiriese las líneas de su cuerpo; rellenando unos pantalones y atándole un par de zapatos, hubiéramos creado un tío completo y convincente, del que podría enorgullecerse cualquier familia. En tales condiciones sería

bastante gracioso decir, en el mero sentido social y como una especie de fino embuste: «El tío Humphrey ha llegado para quedarse». Pero si luego halláramos que el pariente simulado se convertía en una molestia, o que sus materiales se necesitaban para otros fines, seguramente sería muy extraordinario, sí, que se nos prohibiera volver a hacerlo pedazos, y que todo esfuerzo dirigido a tal cosa chocara con una respuesta firme: «No, no; el tío Humphrey ha llegado para quedarse». Seguramente nos sentiríamos tentados de responder que el tío Humphrey jamás había venido. Supongamos que se necesitaran todos los nabos para el sostenimiento del hogar campesino. Supongamos que se necesitaran los toneles, esperemos que para llenarlos de cerveza. Supongamos que los varones de la familia se negaran a seguir prestando los pantalones a un pariente completamente imaginario. Es seguro que entonces veríamos el juego del fino embuste que nos llevó a hablar como si el tío Humphrey hubiera «llegado», es decir hubiera llegado con alguna intención, hubiera permanecido con algún propósito y todo lo demás. Esa cosa que hicimos no llegó, y desde luego que no llegó para algo: ni para quedarse ni pararse.-

No hay duda de que ahora la mayoría de la gente, incluso en la lógica ciudad de París, diría que la torre Eiffel ha llegado a quedar. Y sin duda la mayoría de la gente de esa misma ciudad hace algo más de cien años hubiera dicho que la Bastilla había llegado a quedar. Pero no quedó; abandonó las inmediaciones de forma totalmente repentina. Dicho llanamente, la Bastilla era cosa hecha por el hombre y por lo tanto el hombre podía deshacerla. La torre Eiffel es algo que ha hecho el hombre y que el hombre puede deshacer; aunque quizá podamos considerar probable que transcurra cierto tiempo antes de que el hombre tenga el buen gusto o la cordura de deshacerla. Pero esta sola frasecita sobre la cosa que «llega» es de suyo suficiente para mostrar algo profundamente erróneo en el funcionamiento de las inteligencias humanas con respecto a este asunto. Es

evidente que el hombre debería estar diciendo: «He hecho una pila eléctrica. ¿La despedazaré o haré otra?». En vez de eso, parece estar hechizado por una suerte de magia y se queda contemplando la cosa como si fuera un dragón de siete cabezas; y sólo puede decir: «La pila ha llegado. ¿Vendrá a quedarse?».

Antes de iniciar un discurso sobre el problema práctico de la maquinaria es menester dejar de pensar como máquinas. Es necesario empezar por el principio y considerar el final. Ahora bien, no queremos destruir necesariamente toda especie de maquinaria, pero sí queremos destruir determinada especie de mentalidad. Y es precisamente esa especie de mentalidad que empieza por decirnos que nadie puede destruir la máquina. Aquellos que empiezan diciendo que no podemos abolir la máquina, que debemos usarla, rehúsan usar la inteligencia.

La meta de la política humana es la felicidad humana. Para los que tienen ciertas creencias, está condicionada por la esperanza de una felicidad mayor, que aquélla no debe poner en peligro. Pero la felicidad, la alegría del corazón del hombre, es la prueba secular y la prueba real. Esta prueba, por el talismán del corazón, lejos de ser meramente sentimental, es la única prueba algo práctica. No hay ley lógica ni natural ni ninguna otra que nos obligue a preferir otra cosa. No tenemos obligación de ser más ricos, ni de trabajar más, ni de ser más eficientes, o más productivos, o más progresistas, ni en modo alguno más pegados a las cosas del mundo o más poderosos, si ello no nos hace más felices. La humanidad tiene derecho a renegar de la máquina y vivir de la tierra si en realidad le agrada más, como en realidad cualquiera tiene derecho a vender su bicicleta vieja y marchar a pie si le agrada más. Es evidente que la marcha será más lenta, pero no es su deber ser más rápido. Y si pudiera demostrarse que la máquina ha entrado al mundo como una maldición, no hay ninguna razón para que la respetemos porque sea una maldición maravillosa, práctica y productiva. Si realmente hemos llegado a la conclusión de

que sus fuerzas nos hacen daño, no hay razón alguna para que no podamos neutralizar todas sus fuerzas. La simple circunstancia de que echaríamos de menos cierto número de cosas interesantes podría aplicarse igualmente a un sinnúmero de cosas imposibles. La máquina puede ser un espectáculo magnífico, pero no tan magnífico como el gran incendio de Londres; sin embargo, rechazamos ese espectáculo y apartamos los ojos de todo ese esplendor en potencia. La máquina quizás no haya llegado todavía al máximo que puede dar, y tal vez los leones y tigres nunca llegarán a hacer todo lo que podrían hacer, nunca darán sus saltos más gráciles ni mostrarán toda su natural esplendidez, hasta que construyamos un anfiteatro y les demos de comer unos cuantos hombres vivos. Sin embargo, también es un espectáculo del cual nos privamos, en nuestra austera abnegación. Nos privamos de muchas posibilidades gloriosas al preferir severa, tenaz y sacrificadamente una vida tolerable. La felicidad, en cierto sentido, es un maestro duro. Nos dice que no nos compliquemos con demasiadas cosas, a veces mucho más atractivas que la máquina. De cualquier modo, es menester aclarar nuestras ideas al comienzo de cualquier reflexión del tipo de que debemos tomar el tren más rápido o de que no podemos evitar el uso del instrumento más productivo. Aceptada la tesis del señor Penty de que la máquina es algo así como la magia negra, no hay nada de poco práctico en la propuesta del propio señor Penty de que simplemente debería cesar su producción. Cesaría un proceso de invención que podría haber llegado más lejos. Pero la relativa imperfección en que quedarían las máquinas ya inventadas no sería nada comparada con el estado rudimentario en que hemos dejado instrumentos científicos tales como el potro de tormento o la empulgua. Estos instrumentos de tortura son toscos comparados con los acabados productos que el cono cimienta humano moderno de la fisiología y la mecánica podría haber dado. Muchos torturadores de talento permanecen en la oscuridad a causa de los prejuicios morales de la sociedad

moderna. Más aún, se marchitan las promesas que en ellos asoman ya en la niñez cuando intentan desarrollar su genio con las moscas o la cola del perro. Nuestra propia parcialidad con respecto a la tortura reprime su noble ira y hiela la corriente genial de su alma. Pero nos avenimos a esto, aunque signifique sin duda la pérdida de toda una ciencia por la cual muchas personas ingeniosas podrían haber llegado a muchas invenciones. Si realmente inferimos que la máquina es hostil a la felicidad, entonces no será más inevitable que todo se labre con maquinaria de lo que lo es que una tienda haga magnífico negocio en Ludgate Hill vendiendo instrumentos chinos de tortura.

Que se comprenda bien que señalo esto nada más que para aclarar el problema primordial; no estoy diciendo, ni quizás diga nunca, que la máquina ha demostrado ser venenosa hasta tal grado. Sólo formulo, respondiendo a cien suposiciones confusas, el fin único y la única prueba. Si podemos hacer más felices a los hombres, no importa que los empobrezcamos, no importa que los hagamos producir menos, no importa que los convirtamos en seres menos progresistas, en el sentido de cambiarles simplemente la vida sin acrecentar su gusto por ella. Los que pertenecemos a esta escuela de pensamiento conseguiremos o no lo que queremos, pero es necesario al menos que sepamos qué intentamos conseguir. Y aquellos que se llaman hombres prácticos nunca saben qué intentan conseguir. Si la máquina impide la felicidad, es tan vano decirle a un hombre que trata de hacer felices a los hombres que está desdeñando el talento de Arkwright como decir a un hombre que está tratando de hacer humanos a los hombres que está desdeñando los gustos de Nerón.

Pues bien, precisamente aquellos que tienen clarividencia suficiente para imaginar la aniquilación perentoria de las máquinas son los que probablemente tienen demasiado sentido común como para destruirlas al instante. Volverse loco y aplastar la máquina es una enfermedad más o menos saludable y humana, como lo era entre los

luditas. En realidad, ese fenómeno fue el resultado de la ignorancia de los luditas, en un sentido muy diferente de aquel en que habla despectivamente la estupenda ignorancia de los economistas industriales. Era la rebeldía ciega, contra algún dragón antiguo y terrible, de hombres demasiado ignorantes para saber hasta qué punto era artificial y transitorio ese particular instrumento, o dónde estaba el asiento de los verdaderos tiranos que lo esgrimían. La verdadera respuesta al problema mecánico es hoy de diferente clase; y me referiré a ella una vez aclarados los únicos criterios con los que puede juzgarse. Y habiendo comenzado por el fin debido, que es la única norma espiritual por la cual debe valorarse un hombre o una máquina, empezaré ahora con el otro fin, podría decir que el fin equivocado, pero sería más respetuoso con nuestros amigos prácticos si lo llamáramos el fin comercial.

Si se me pregunta qué haría inmediatamente con una máquina, no me cabe duda acerca de la suerte de programa práctico que podría dar paso a una posible revolución espiritual de mayor alcance. En la medida en que la máquina no puede ser compartida, yo haría compartir su propiedad; esto es, haría compartir su dirección y sus beneficios. Y cuando digo «compartir», lo digo en el sentido comercial moderno de la palabra «acción». Esto es, quiero decir algo dividido y no que simplemente fusiona intereses. Nuestros amigos comerciantes no dejan de decirnos que esto es imposible, al parecer ignorando que la división ya existe. No se puede distribuir una locomotora en el sentido de dar una rueda a cada accionista para que se la lleve a su casa en brazos. Pero no solamente se pueden distribuir la propiedad y el beneficio de la locomotora, sino que ya se hace. Y se distribuye bajo la forma de propiedad privada, sólo que no se reparte lo suficiente, ni entre la gente debida, ni entre las personas que realmente lo requieren o podrían trabajar por ella. Hay muchos proyectos con ese carácter normal y general, y yo preferiría casi cualquiera de ellos a la concentración

introducida por el capitalismo o que promete el comunismo. Yo preferiría, en conjunto, que cualquier máquina necesaria fuese poseída por un pequeño gremio local, y sobre principios de participación en los beneficios, o más bien división de los beneficios: pero verdadera participación y verdadera división, que no deben confundirse con el patrocinio capitalista.

En lo referente al último punto, cabe decir que lo que digo sobre el problema de la participación en los beneficios es en ese sentido paralelo a lo que también digo sobre el problema de la emigración. La dificultad real para encaminarlo bien es que con frecuencia se ha encaminado mal, y especialmente con ánimo equivocado. Hay un cúmulo de prejuicios sobre la participación en los beneficios, así como hay un cúmulo de prejuicios sobre la emigración en la democracia industrial de hoy. En ambos casos se debe al tipo, y especialmente al tono de las propuestas. Simpatizo enteramente con el sindicalista a quien le disgusta cierta clase de concesiones capitalistas condescendientes y la tendencia a dar a cada hombre un lugar a la luz del sol que luego resulta ser un lugar en Puerto Sunlight. De modo similar, simpatice totalmente con el señor Kirkwood cuando se sintió agraviado porque sir Alfred Mond hizo una disertación sobre la emigración, al punto de decir: «Los escoceses abandonarán Escocia cuando los judíos alemanes abandonen Inglaterra». Pero creo que sería posible obtener una emigración más genuinamente uniforme mediante una política positiva de autonomía para el pobre, con la cual el señor Kirkwood sería benévolo; y creo que la participación en las ganancias que empezara en el pueblo, estableciendo primeramente la propiedad de un gremio y no el mero capricho de un empleador, no vulneraría ningún principio verdadero de los sindicatos obreros. Por el momento, no obstante, sólo afirmo que podría hacerse algo con lo que tenemos más cerca de nosotros; completamente aparte de nuestro ideal general sobre la situación de la maquinaria dentro de un Estado social ideal. Comprendo lo

que se quiere decir cuando se afirma que el ideal confía en ambos casos en ideales equivocados. Pero no comprendo lo que quieren decir nuestros críticos cuando afirman que es imposible dividir las acciones y beneficios de una máquina entre determinados individuos. Cualquier hombre sano de cualquier periodo histórico hubiera pensado que se trataba de un proyecto muchísimo más realizable que un trust lechero.

2. La fabula de la maquina

Repetidamente he pedido al lector que recordara que mi opinión general sobre nuestro posible futuro se divide en dos partes. Primera, la política de invertir o simplemente resistir la tendencia moderna al monopolio o a la concentración del capital. Obsérvese que es una política porque es una dirección, se siga hasta donde se siga. En cierto sentido, sin duda, aquel que no está con nosotros está contra nosotros, porque si no se le ofrece resistencia su tendencia prevalecerá. Pero en otro sentido, cualquiera que en cualquier forma se resista a ella está con nosotros, aunque no vaya tan lejos como debiera en la inversión. Al intentar invertir de alguna manera la tendencia a la concentración, nos está ayudando a hacer lo que todavía nadie ha hecho. Se estará colocando contra la corriente de su época, o al menos contra la corriente de los últimos años. Y un hombre puede trabajar en la dirección en que lo hacemos nosotros, en lugar de hacerlo en una dirección contraria existente, aun con la maquinaria existente y quizás contraria. Aunque sigamos siendo industriales, podemos bregar por una distribución industrial y contra el monopolio industrial. Aunque vivamos en casas urbanas, podemos ser

propietarios de casas urbanas. Aun cuando seamos una nación de tenderos, podemos tratar de ser dueños de nuestras tiendas. Aunque seamos el taller del mundo, podemos intentar ser dueños de nuestras herramientas. Si nuestra ciudad está cubierta de anuncios, puede cubrirse de anuncios diferentes. Si lo que distingue nuestra sociedad es una marca registrada, no hay necesidad de que sea la misma marca registrada. En resumen, hay una política perfectamente defendible y practicable para resistirse al monopolio mercantil hasta dentro de un Estado mercantil. Y afirmamos que muchísima gente debería apoyarnos en eso; gente que podría no estar de acuerdo con nuestro ideal último de un Estado no mercantil. No podemos exigir que Inglaterra sea una nación de campesinos, como lo son Francia o Serbia. Pero podemos exigir que Inglaterra, que ha sido una nación de tenderos, se resista a que la conviertan en una gran tienda yanqui.

Por eso, al iniciar aquí la discusión sobre la máquina señalé, primero, que en un sentido último tenemos libertad para destruir la maquinaria; y segundo, que en un sentido inmediato es posible dividir la propiedad de la maquinaria. Y yo diría que aun dentro de un Estado sano siempre habría una propiedad de la maquinaria para dividir. Pero cuando llegamos a la consideración de esa prueba mayor, tenemos que decir algo sobre la definición de maquinaria y hasta sobre el ideal de la maquinaria. Siento gran simpatía por lo que podría llamar el argumento sentimental en favor de la maquinaria.

De todos los críticos que nos han rechazado, el hombre que más me agrada es el ingeniero que dice: «Pero a mí me gusta la máquina exactamente como a usted le gusta la mitología. ¿Por qué me van a privar a mí de los juguetes y no a usted?». Y de las distintas posiciones con las cuales tendré que enfrentarme, empezaré con la suya. Pues bien, en una página anterior dije que concordaba con el señor Penty en que sería un derecho humano abandonar absolutamente la maquinaria. Añadiré ahora que no estoy de acuerdo con el

señor Penty en considerar la maquinaria como una magia, como un simple poder maligno u origen de males. Me parece tan materialista condenarse por una máquina como salvarse por una máquina. Se me ocurre que es tan de idólatra blasfemar de ella como adorarla. Pero aun cuando supongamos que alguien, sin adorarla, goza con ella imaginativamente y en cierto sentido místicamente, el caso que exponemos todavía sigue en pie.

Nadie más inadecuado a la época de la máquina que un hombre que realmente admira las máquinas. El sistema moderno requiere e implica la existencia de gente que se tome mecánicamente el maquinismo, no gente que se lo tome místicamente. Podría escribirse una historia divertida sobre un poeta que realmente apreciara los cuentos de hadas de la ciencia, y hallara que es mayor obstáculo dentro de la civilización científica que si la hubiera demorado contando los cuentos de hadas de la infancia. Supongamos que cada vez que fuera al teléfono (inclinándose tres veces a medida que se acercara al altar del oráculo sin cuerpo y murmurando algunas palabras apropiadas tales como vox et proeterea nihil) tuviera que hablar como si realmente apreciara la importancia del instrumento. Supongamos que cayera en trémulo éxtasis al oír desde una centralita distante la voz de una joven desconocida de algún pueblo remoto, que dilatase ese milagro real del encuentro momentáneo en medio del aire con un espíritu humano a quien nunca vería en la tierra, que meditara sobre su vida y personalidad, tan real y sin embargo tan apartada de la suya, que se detuviera a hacer unas cuantas preguntas personales sobre la joven, las suficientes para acentuar su extrañeza humana, que preguntara si también ella tenía sentido de este misterioso tete a tete psíquico, creado y disuelto en un instante, si también ella pensaba en esas incalculables leguas de valles y bosques que se extendían entre la boca que se movía y el oído que escuchaba... supongamos, en resumen, que dijera todo esto a la joven de la central telefónica que estaba a punto de comunicarle con 666 Upper Tooting. En realidad,

estaría expresando verdaderamente el sentimiento «¡qué maravilla, el teléfono!»; y a diferencia de los miles que lo dicen, realmente querría decir eso. Estaría real y verdaderamente justificando los grandes descubrimientos científicos y haciendo honor a los grandes inventores. Sería, en verdad, un hijo digno de una época científica. Y sin embargo, me temo que en una época científica posiblemente sería un incomprendido y que hasta padecería de falta de simpatía. En realidad, me temo que en la práctica sería un obstáculo para todo lo que desea apoyar. Sería peor enemigo de la máquina que cualquier ludita destructor de máquinas. Obstruiría las actividades de la centralita telefónica alabando las bellezas del teléfono más de lo que las hubiere obstruido sentándose, como cualquier poeta más tradicional y corriente, para hablar a esas bulliciosas gentes de negocios sobre las bellezas de una flor en el borde del camino.

Desde luego que sucedería lo mismo con cualquier aventura de admiración igualmente deformada. Si un filósofo, al salir por primera vez a dar una vuelta en coche, se entusiasmara de tal forma con esa maravilla que insistiera en comprender el mecanismo completo inmediatamente, es probable que llegara antes a su destino a pie. Si en su fervor insistiera en que se desarmara el aparato en el camino, para regocijarse con los más profundos secretos de su estructura, quizás hasta perdería la simpatía del conductor. Así, por ejemplo, todos hemos conocido chicos que de esta manera querían ver girar las ruedas. Pero aunque su actitud puede acercarlos al reino de los cielos, no los acerca necesariamente al final del viaje. Admiran los motores, pero no viajan en automóvil; esto es, no se mueven necesariamente. No sirven al fin para el cual se hicieron los motores. Ahora bien, en realidad esta contradicción ha desembocado en un callejón sin salida, y en una especie de estado estacionario del espíritu en el cual hay más bien menos apreciación de las maravillas creadas por la invención humana que si el poeta se hubiera limitado a fabricar un pito de un penique (para silbar en los bosques de la Arcadia) o

el niño se hubiera limitado a hacer un arco de juguete o una catapulta. El chico, en realidad, disfruta de una felicidad encantadora cada vez que dispara una flecha. No es en modo alguno seguro que el hombre de negocios disfrute de una felicidad encantadora cada vez que despacha un telegrama. El nombre mismo de telegrama es un poema todavía más lleno de magia que el de la flecha: porque quiere decir dardo, y dardo que escribe. Pensemos en lo que sentiría un niño si pudiera disparar una flecha-lápiz que trazara una figura en el otro extremo de un valle o una calle larga. Sin embargo el hombre de negocios pocas veces baila de alegría y bate palmas pensando en tal cosa cuando envía un telegrama.

Pues bien, esto tiene considerable relación con la verdadera crítica de la civilización mecánica moderna. Los que la defienden nos hablan siempre de sus maravillosas invenciones y nos prueban que son adelantos maravillosos. Pero es sumamente dudoso que en verdad los consideren adelantos. He oído decir cien veces que el vidrio es un excelente ejemplo de la forma en que una cosa llega a beneficiar a todos. «Miren los vidrios de las ventanas», dicen, «que han llegado a ser una necesidad, y sin embargo, en otros tiempos eran un lujo». Y siempre siento ganas de contestar: «Sí, y sería mejor para gentes como usted que todavía fuera un lujo, si eso lo indujera a mirar el vidrio en vez de conformarse con mirar a través de él. ¿Considera alguna vez qué cosa tan mágica es esa película invisible que se interpone entre usted y los pájaros y el viento? ¿Piensa alguna vez en él como si fuera agua que cuelga del aire o un diamante demasiado puro para que ni siquiera se le pueda dar su valor? ¿Siente alguna vez la ventana como una apertura súbita del muro? Si así no fuera, ¿de qué le sirve el vidrio?». Esto tal vez sea un poco exagerado y un poco el producto del acaloramiento del momento, pero es realmente cierto que en esas cosas el invento sobrepasa a la imaginación. La humanidad no ha sacado provecho de sus propios inventos; y a medida que inventa más y más cosas,

sólo consigue ir alejándose más y más de su posibilidad de felicidad.

Señalé en un pasaje anterior de esta meditación que la máquina no era necesariamente un mal, y que había algunos que la valoraban en su verdadero espíritu, pero que la mayoría de los que tenían algo que ver con ella no encontraban jamás oportunidad de valorarla en absoluto. Un poeta puede gozar con un reloj como un niño goza con una cajita de música. Pero el empleado real que mira el reloj real, para ver si tendrá tiempo de alcanzar el tren que ha de conducirlo a la ciudad, no goza más con la máquina de lo que está gozando con la cajita de música. Puede haber algo que decir a favor de los juguetes mecánicos, pero la sociedad moderna es un mecanismo, no un juguete. El niño es ciertamente una buena prueba en estos asuntos; y es ejemplo tanto del hecho de que existe un interés por la máquina como del hecho de que la máquina misma generalmente nos impide interesarnos. Casi es proverbial que todos los niños pequeños quieren ser maquinistas. Pero la maquinaria no ha multiplicado el número de maquinistas hasta el punto de permitir que todos los chicos conduzcan locomotoras. No ha entregado una locomotora verdadera a cada niño, como su familia puede haberle regalado una locomotora de juguete. Las consecuencias del ferrocarril sobre una población no pueden ser las de producir una población de maquinistas. Sólo puede producir una población de pasajeros, y de pasajeros un poco demasiado parecidos a bultos. Dicho con otras palabras, su único efecto sobre el maquinista visionario o en potencia es que lo mete dentro del tren, desde donde no puede divisar la máquina, en vez de ponerlo fuera del tren, desde donde sí podría verla. Y aunque crezca y llegue a los mayores y más gloriosos éxitos en vida, y estafe a la viuda y al huérfano hasta poder viajar en un coche de primera clase reservado para él, con un pase permanente para el Congreso Internacional de Paz Mundial Cosmopolita para Intrigantes Políticos, quizás nunca vuelva a gozar con un tren; tal vez nunca vuelva a ver un tren como lo vio cuando era un

pilluelo andrajoso y saludaba furiosamente desde una loma cubierta de césped el paso del expreso de Escocia.

Podemos trasladar la parábola de los maquinistas a los ingenieros. Puede suceder que el conductor del expreso de Escocia se lance adelante en un frenesí de velocidad, porque su corazón está en las Highlands, no aquí; que deje atrás con un gesto el campo local y salude alegremente los lejanos parajes montañosos que surgen ante él. Y, sea o no verdad que el corazón del maquinista está en las Highlands, a veces es verdad que el corazón del muchachito está en la locomotora. Pero no es verdad en modo alguno que la totalidad de los pasajeros que viajan detrás de todas las locomotoras gocen con la velocidad en un sentido positivo, aunque la aprueben en un sentido negativo. Quiero decir que desean viajar con rapidez, no porque un viaje rápido sea agradable, sino porque no es agradable. Quieren que acabe pronto, no porque sea arrebatador viajar tras la locomotora, sino porque resulta aburrido estar en el vagón de ferrocarril. De igual modo, si pensamos en el goce de los ingenieros debemos recordar que hay un solo ingeniero contento entre mil aburridas víctimas de la ingeniería. La discusión que surgió entre el señor Penty y los otros amenazó en un momento con acabar en una contienda entre ingenieros y arquitectos, pues cuando el ingeniero nos pide que olvidemos toda la monotonía y el materialismo de una época mecanizada, porque su ciencia tiene algo del soplo de un arte, el arquitecto bien puede tener preparada la respuesta. Porque esto es como decir que los arquitectos nunca se han ocupado de nada más que de construir prisiones y manicomios. Es como si nos contaran orgullosamente con qué entusiasmo poético y apasionado habían erigido ellos torres bastante altas para colgar a Amán o excavado calabozos bastante impenetrables para dejar que en ellos muriera de hambre Ugolino.

Ya he explicado que no me propongo nada en lo que algunos llaman el camino práctico, que debería más bien llamarse el camino inmediato, que vaya más allá de una

mejor distribución de la propiedad sobre las máquinas que resulten realmente necesarias. Pero cuando llegamos a la cuestión más amplia de la maquinaria dentro de un tipo de sociedad diferente en lo fundamental, regida por nuestra filosofía y nuestra religión, hay mucho más que decir. La forma mejor y más breve de decirlo es que en vez de ser la máquina un gigante frente al cual el hombre es un pigmeo, debemos al menos invertir las proporciones, de modo que el hombre sea el gigante y la máquina su juguete. Aceptada esta idea, no tenemos ninguna razón para negar que pueda ser un juguete legítimo y alentador. En ese sentido no importaría que cada niño fuera un maquinista o (todavía mejor) cada maquinista un niño. Pero aquellos que nos tildaban de poco prácticos admitirán al menos que esto tampoco es práctico.

De este modo he tratado de colocarme imparcialmente en la posición de los entusiastas, como deberíamos hacer siempre al juzgar los entusiasmos. Y creo que se aceptará que incluso después del experimento subsiste como hecho de sentido común una diferencia real entre el entusiasmo de los ingenieros y entusiasmos más antiguos. Aunque admitamos que el hombre que concibe una locomotora es tan original como el hombre que concibe una estatua, existe una diferencia inmediata e inmensa en los efectos de lo que conciben. La estatua original es una alegría para el escultor, pero también es en cierto grado (cuando no es demasiado original) una alegría para la gente que ve la estatua. O se supone que es una alegría que otra gente la vea, o no habría razón para exhibirla. Pero aunque la locomotora puede ser una gran alegría para el ingeniero y una cosa muy útil para los demás, no es en el mismo sentido (y no es su propósito serlo) una gran alegría para los demás. Y esto no ocurre por una deficiencia de educación, como algunos de los artistas podrían alegar en el caso del arte. Va implícito en la naturaleza misma de la maquinaria, la cual, una vez establecida, consiste en repeticiones y no en variantes y sorpresas. Un hombre puede ver en los miembros de una estatua algo que nunca había visto antes; pero no sólo se

asombraría, sino que se alarmaría si las ruedas de la locomotora empezaran a comportarse como nunca se habían comportado antes. Por lo tanto podemos tomar como característica esencial y no accidental de la maquinaria la de ser inspiración para el inventor, pero mera monotonía para el consumidor.

Siendo así, me parece que dentro de un Estado ideal la ingeniería sería la excepción, exactamente como deleitarse en las máquinas es lo excepcional. Tal y como están las cosas, la ingeniería y las máquinas son la regla. La falta de vida que la máquina impone a las masas es una realidad infinitamente mayor y más evidente que el interés individual del hombre que fabrica máquinas. Llegados a este punto del argumento, bien podemos compararlo con lo que se puede llamar el aspecto práctico del problema de la maquinaria. Ahora bien, me parece obvio que la maquinaria, tal como existe hoy, se ha apartado casi tanto de su esfera práctica como de su esfera imaginaria. Toda la sociedad industrial se basa en la idea de que lo más rápido y lo más barato es llevar carbón a Newcastle, aunque sea con el único objeto de transportarlo luego desde Newcastle. Se basa en la idea de que el tránsito y transporte rápido y regular, el constante intercambio de mercancías y la comunicación incesante entre lugares remotos es, entre todas las cosas, la más económica y directa. Pero no es verdad que lo más rápido y barato para un hombre que acaba de arrancar una manzana de un manzano sea enviarla con una partida de manzanas en un tren que corre como un rayo hasta un mercado del otro extremo de Inglaterra. Lo más rápido y barato para el hombre que acaba de arrancar un fruto de un árbol es metérselo en la boca. El economista supremo es aquel que no gasta dinero en viajes por ferrocarril. El tipo acabado del hombre eficiente es aquel demasiado eficiente para buscar la organización. Y aunque es, desde luego, un caso extremo e ideal de simplificación, la causa a favor de la simplificación sigue siendo tan firme como un manzano. En la medida en que los hombres pueden producir sus propias

mercancías inmediatamente, ahorran a la comunidad un gran desembolso que a menudo no está en proporción con la ganancia. En la medida en que podamos establecer una proporción considerable de gente simple que cubra sus propias necesidades, aliviaremos la presión de lo que a menudo es un proceso tan antieconómico como fatigoso. Y si se toma esto como esquema general de la reforma, ciertamente parece verdad que una vida más simple en grandes sectores de la comunidad reduciría la maquinaria a una cosa más o menos excepcional, y estaría bien para el hombre excepcional que realmente pone en ella su alma.

Este intento tiene sus dificultades; pero por el momento puedo tomar como ejemplo el paralelo de la clase especial de ingeniería moderna que tanto les agrada censurar a los modernos. A menudo olvidan que la mayor parte de sus alabanzas de los instrumentos científicos se aplican muy vivamente también a armas científicas. Si hemos de sentir tanta piedad por el desdichado genio que acaba de inventar un nuevo galvanómetro, ¿qué hay del desgraciado que acaba de inventar una nueva arma de fuego? Si hay verdadera inspiración imaginativa en la creación de una locomotora, ¿no hay interés imaginativo en la fabricación de un submarino? No obstante, muchos modernos admiradores de la ciencia ansiarían la total abolición de estas máquinas aun en el acto mismo de decirnos que no podemos abolirlas en absoluto. Como yo creo en el derecho a la defensa nacional, no las aboliría por completo. Pero pienso que pueden darnos idea de cómo las cosas excepcionales pueden ser tratadas excepcionalmente. Por el momento dejaré que los progresistas se rían de mi absurdo concepto sobre la limitación de las máquinas, y me iré a una reunión para exigir la limitación de los armamentos.

3. El día de fiesta del esclavo

Algunas veces he sugerido que el industrialismo de tipo americano, con su maquinaria y atropello mecánico, se conservará algún día en forma de modelo realmente americano; quiero decir, a la manera del territorio reservado para los pieles rojas, la reserva. Así como se deja un pedazo de bosque para que los salvajes cacen y pesquen dentro de él, así una civilización mejor podría dejar un sector de fábricas para aquellos que estuvieran todavía en una etapa intelectual tan infantil como para querer ver girar las ruedas. Y así como los pieles rojas podrían todavía, supongo yo, contar sus arcaicas leyendas referentes al dios rojo que fumaba en pipa o al héroe que robó el sol y la luna, así el pueblo sencillo del recinto fabril podría seguir hablando de su propia reseña de la historia y discutiendo la evolución de la ética, mientras a su alrededor una civilización más madura andaría ocupada en la verdadera historia y la filosofía seria. Vacilo en repetir aquí esta fantasía, porque, después de todo, el maquinismo es la religión de esas gentes, o al menos su superstición, y no les gusta que se las trate con ligereza. Pero yo creo que hay algo que decir en pro de la opinión de la cual esta fantasía podría ser una

especie de símbolo; en pro de la idea de que una sociedad más sabia trataría finalmente las máquinas como trata las armas, como algo especial y peligroso, y quizás más directamente bajo una fiscalización central. Pero sea esto como fuere, creo que la fantasía más descabellada de un fabricante mantenido a raya como un bárbaro pintado encierra mayor cordura que una alternativa científica seria, como la que ahora se nos presenta con frecuencia. Me refiero a lo que sus amigos llaman el Estado de Comodidad, en el cual todo se hará mediante máquinas. Es justo decir algo, aunque sea sólo una palabra, sobre esta propuesta comparándola con la nuestra.

Ya sabemos lo que en la práctica significa un día feriado en un mundo de maquinaria y producción en serie. Significa que un hombre, cuando ha terminado de dar vueltas a una manivela, puede elegir entre los placeres que se le ofrecen. Si quiere, puede leer un periódico y descubrir, interesado, que el príncipe heredero de Fontarabia desembarcó de su magnífico yate Atlantis en medio de una jubilosa multitud; que ciertos millonarios americanos están formando grandes consorcios financieros; que la joven moderna es una criatura deliciosa a pesar de (o debido a) que usa el pelo corto o las faldas cortas; que la verdadera religión, que todos buscamos en las iglesias, consiste en la simpatía y en el progreso social, en casarse, divorciarse y enterrar a todo el mundo sin aludir al significado preciso de la ceremonia. Por otra parte, si el hombre prefiere otra diversión, puede ir al cine, donde verá una escena viva y animada de multitudes que aclaman al príncipe heredero de Fontarabia tras la llegada del yate Atlantis; donde verá una película americana que pinta los rasgos de los millonarios americanos con todas las denodadas contorsiones de rostro que los acompañan cuando forman grandes consorcios financieros; donde no dejarán de ver una heroína encantadora y vivaz, reconocible como la joven moderna por su pelo y falda cortos; y posiblemente un sacerdote manso y bueno (si lo hay) que explica, en una escena muda, con ayuda

de algunas frases impresas, que la verdadera religión es la simpatía social y el progreso, y casarse y entregar a la gente a la ventura. Pero si suponemos que los gustos del hombre se apartan del drama y las artes con él emparentadas, tal vez prefiera leer novelas; y no le será difícil encontrar una muy leída que trate de las dudas y tropiezos de un sacerdote manso y bueno que poco a poco descubre que la verdadera religión consiste en el progreso y la simpatía social, con la ayuda de una joven moderna cuyo pelo y falda cortos proclaman su indiferencia ante toda distinción sutil acerca de quién debe ser enterrado y quién debe divorciarse; y probablemente no falte en la novela un millonario americano que forma vastos consorcios, ni, ciertamente, un yate, y hasta es posible que un príncipe heredero. Pero en las actuales condiciones de la publicidad y la búsqueda de diversiones se toman en cuenta también otros gustos. Hay una gran institución de radiocomunicación y difusión; el hombre que tiene un día de descanso, dejando de lado la novela, el periodismo y el drama cinematográfico, puede preferir «escuchar» un programa que contendrá las últimas novedades sobre grandes consorcios formados por millonarios americanos; que probablemente contendrá breves disertaciones sobre cómo puede la joven moderna cortar su pelo o reducir sus faldas; en el cual podrá escuchar la voz de algún gran predicador conocido que proclama ante el mundo esa revelación de que la verdadera religión consiste en la simpatía y el progreso social más que en el dogma y el credo; y en el cual seguramente escuchará el trueno de los vítores que dan la bienvenida a Su Alteza Real el Príncipe Heredero de Fontarabia al desembarcar éste de su magnífico yate Atlantis. De este modo, tiene el hombre ante sí una selección muy esmerada y ordenada en cuestión de diversiones.

Pero a algunos les parece que la rica variedad de método y de medios de acceso que se despliega ante nosotros en esta alternativa todavía oculta cierto secreto y sutil elemento de monotonía. Quien busca divertirse quizás tenga

aún la misteriosa sensación de haber conocido eso mismo antes. Parece haber algo que se repite en el tipo de tópicos; lo cual deja entrever algo de rigidez en el tipo mental. Yo creo muy dudoso que sea en realidad una mente superior. Si el hombre que busca placeres fuera capaz de proporcionarse a sí mismo un placer, si se lo obligara a que se divirtiera él mismo en lugar de que lo divirtieran; si, en resumen, se lo obligara a sentarse en una vieja taberna y conversar, realmente dudo de que limitara su conversación enteramente al príncipe heredero de Fontarabia, al corte de pelo, a la grandeza de ciertos yanquis ricos y así sucesivamente, para luego empezar a dar vueltas a los mismos temas desde el principio. Sus intereses podrían ser más locales, pero serían más vivos; su experiencia de los hombres sería más personal, pero más variada; sus gustos y aversiones más caprichosos, pero no tan fácilmente satisfechos. Para poner un ejemplo diremos que a los niños modernos se les obliga a practicar juegos didácticos, y sin duda pronto se les hará escuchar las alabanzas de los millonarios que se transmiten por radio o aparecen en los periódicos. Pero los niños librados a sí mismos casi invariablemente inventan sus propios juegos, sus propios dramas, con frecuencia hasta inventan todo un reino o una república imaginarios. Dicho con otras palabras, crean; hasta que la oposición del monopolio mata su creación. El chico que juega a policías y ladrones no se libera, sino que se atrofia en su desarrollo cuando aprende cosas acerca de los ladrones americanos, todos cortados por un mismo molde, menos pintoresco que el del niño. Es socavado psicológicamente, es apartado, excluido, hundido, ahogado, arruinado; en ningún caso liberado.

Los inventos han matado la invención. Las grandes máquinas modernas son como grandes cañones que dominan y aterrorizan toda una extensión de tierra y dentro de cuyo alcance nadie puede levantar la cabeza. Hay mucha más inventiva en una yarda cuadrada de humanidad de la que jamás podrá surgir bajo ese terror monopolista. Los espíritus

de los hombres no son tan parecidos entre sí como los automóviles de los hombres o los abrigos y sombreros mecánicamente confeccionados de los hombres. Dicho de otro modo, no hacemos que los hombres rindan el máximo. En verdad, no aprovechamos sus cualidades más individuales y más interesantes. Y es dudoso que lo hagamos alguna vez, hasta que acallemos ese estrépito ensordecedor de altavoces que ahoga sus voces, ese brillo mortal de la luz de los reflectores que les come el color de la tez, ese grito atronador de trivialidades que aturde y paraliza sus inteligencias. Todo esto mata los pensamientos al nacer, como un gran rayo blanco de muerte mataría las plantas al brotar. Por lo tanto, cuando la gente me dice que convertir una gran parte de Inglaterra en país rústico y hacer que viva de lo que produce significaría transformarla en un país inculto y absurdo, no estoy de acuerdo con ellos; y no creo que comprendan la alternativa ni el problema. Nadie quiere que todos los hombres sean rústicos ni aun en tiempos normales; es muy defendible que algunos de los más inteligentes se vuelvan a las ciudades incluso en tiempos de normalidad. Pero sostengo que en estos tiempos las ciudades mismas son las enemigas de la inteligencia, digo que los campesinos mismos tendrían más variedad y vivacidad de la que se fomenta en estas ciudades. Digo que sólo impidiendo la entrada de este ruido y esta luz antinaturales puede el espíritu del hombre empezar a moverse nuevamente y a crecer. Así como esparcimos adoquines sobre suelos diferentes sin tener en cuenta las diferentes cosechas que ese suelo podría producir, así desparramamos programas de plutocracia insípida sobre las almas que Dios creó diferentes, y que sociedades más simples han hecho libres. Si por maquinaria que ahorra trabajo y por lo tanto produce ociosidad se entendiera la maquinaria que ahora logra lo que se llama producción en serie, no veo valor vital alguno en el ocio; porque no hay en ese ocio nada de libertad. Puede que el hombre trabaje sólo una hora con sus herramientas hechas a máquina, pero sólo puede escapar y

jugar veintitrés horas con juguetes hechos a máquina. Todo lo que toca ha de provenir de una máquina enorme que no puede manejar. Todo ha de provenir de algo a lo cual, con frase capitalista, él sólo puede «echar una mano». Ahora bien, como esto se aplicaría tanto a los juguetes intelectuales y artísticos como a los meramente materiales, a mí me parece que la máquina dominaría al hombre durante más tiempo del que le llevó a su mano dar vuelta a la manivela. Es cosa prácticamente admitida que se necesitan muchos menos hombres para hacer funcionar la máquina. La respuesta de los partidarios del colectivismo mecánico es que, aunque la máquina puede proporcionar trabajo a una minoría, podría dar de comer a la mayoría. Pero sólo podría alimentar a la mayoría mediante un funcionamiento que tendría que ser dirigido por la minoría. O aun si suponemos que se diera a la mayoría algún trabajo, subdividido en pequeñas secciones, ese sistema de rotación tendría que ser dirigido por unos pocos responsables; y sería menester una autoridad establecida para distribuir el trabajo, tanto como para distribuir el alimento. Dicho con otras palabras, los oficiales serían necesariamente oficiales permanentes. En cierto sentido, el resto de nosotros podríamos ser oficiales a intervalos ocasionales. Pero subsistiría el carácter general del sistema, y, parezca lo que parezca, nada puede hacerlo parecerse al de una población que vaga en sus propios campos o levanta pequeñas industrias creadoras en los pequeños talleres propios. El hombre que ha participado en la producción de un artículo hecho a máquina puede, claro está, abandonar el trabajo, en el sentido de dejar de dar vueltas a una determinada rueda. Puede presentársele la oportunidad de hacer lo que le guste, en la medida en que le guste usar lo que al sistema le gusta producir. Tal vez tenga posibilidad de elección, en el sentido de poder elegir entre una cosa que produce y otra cosa que produce. Puede elegir entre pasar sus horas de ocio sentado en una silla hecha a máquina, acostado en una cama hecha a máquina, descansando en una hamaca hecha a máquina, o

balanceándose en un trapecio hecho a máquina. Pero no se hallará en la misma situación del hombre que talla su propio juguete con su propia madera o según su deseo. Porque esto introduce otro principio o propósito, que no es seguro que coexista con el principio o propósito de utilizar toda la madera con vistas a ahorrar trabajo, o simplificar todos los deseos de modo que resulte más cómodo. Si nuestro ideal es producir las cosas tan rápida y fácilmente como sea posible, debemos saber el número preciso de cosas que queremos producir. Si deseamos producirlas tan libre y diversamente como sea posible, no debemos intentar producirlas al mismo tiempo tan rápidamente como se pueda. Creo que, probablemente, el resultado de ahorrar trabajo mediante la máquina sería entonces el mismo de hoy, sólo que más acentuado: la limitación del tipo de cosa producida, la estandarización.

Puede ser que algunos de los defensores del Estado de Comodidad hayan pensado en algún sistema de distribución de la maquinaria que haga a cada hombre dueño de su máquina; y en tal caso estoy de acuerdo en que el problema varía y está en parte resuelto. Quedaría todavía en pie la cuestión de si el hombre de alma libre querría usar la máquina para las tres cuartas partes de las cosas para las cuales las usa ahora. En otras palabras, subsistiría todo el problema del artesano como creador. Supongo que convendrían en que si el hombre insignificante encontrara útil su pequeña instalación mecánica para la conservación de su pequeña propiedad, los derechos de ésta serían considerables. Aunque es necesario aclarar que si los entretenimientos que se ofrecen a los obreros les son proporcionados tan mecánicamente como en la actualidad, y con la alternativa meramente mecánica de la actualidad, yo creo que hasta la esclavitud de su trabajo sería llevadera comparada con la agobiante esclavitud de su ocio.

4. El hombre libre y el automóvil Ford

No soy un fanático, y además creo que las máquinas pueden ser de gran utilidad para destruir el maquinismo. Puedo concederles considerable valor en la tarea de exterminar todo lo que ellas representan. Pero expresar la verdad en esos términos es hablar de la conclusión remota de nuestra revolución lenta y razonable. En la situación presente, la misma verdad puede formularse de forma más moderada. Deberíamos mirar con racional benevolencia todas las cosas típicas de nuestro tiempo. La máquina no es mala, sólo es absurda. Quizás deberíamos decir que es sólo infantil, y hasta puede ser apreciada en su verdadero espíritu por un niño. Por lo tanto, si descubrimos que alguna máquina nos permite escapar de un infierno de maquinaria no estamos pecando, aunque tal vez estemos haciendo un papel tonto, como el de un soldado de caballería que fuera a unirse con su regimiento montado sobre una bicicleta vieja. Lo esencial es darse cuenta de que la situación actual tiene algo de ridículo, más disparatado que cualquier utopía. Así, por ejemplo, tendré ocasión de señalar aquí la propuesta de la electricidad central, y podríamos justificar su uso mientras estudiamos la broma

que representa. Pero, en realidad, ni siquiera vemos lo gracioso de las aguas corrientes ni de la compañía de aguas. Es casi demasiado toscamente cómico que cosa tan esencial para la vida como lo es el agua tenga que sernos traída desde un lugar desconocido por alguien a quien nadie conoce, a veces desde casi cien millas de distancia. Es tan gracioso como si nos enviaran aire desde millas de distancia y todos anduviéramos como buzos en el fondo del mar. La única persona razonable es el campesino que posee su propio pozo. Pero nosotros tenemos mucho camino que recorrer antes de empezar a pensar en ser razonables.

Actualmente hay algunos ejemplos de centralización cuyos efectos pueden preparar la descentralización. Un caso evidente es el que se discutió recientemente, relacionado con una planta eléctrica común. Considero totalmente cierto que si pudiera rebajarse el precio de la electricidad mejoraría mucho la suerte de gran número de pequeñas tiendas independientes, y especialmente la de los talleres. Al mismo tiempo, no hay duda alguna de que tal dependencia de una central eléctrica para obtener energía es una dependencia real, y por ende es un defecto dentro de cualquier plan completo de independencia. Me imagino que muchos distributistas diferirán considerablemente sobre este punto; pero, en lo que a mí se refiere, me inclino a seguir la política más moderada y provisional que he indicado aquí más de una vez. Creo que es necesario, en primer término, asegurarse de que las pequeñas propiedades tengan algún éxito en grado más o menos decisivo. Ante todo, creo que es de importancia vital crear la experiencia de la pequeña propiedad, la psicología de la pequeña propiedad, la clase de hombre que sea pequeño propietario. Una vez que exista esa clase de hombres, decidirán, de manera muy diferente que cualquier muchedumbre moderna, hasta dónde ha de dominar su propia casa la central eléctrica, o si ha de dominarla en alguna medida. Tal vez esos hombres descubran el modo de dividir e individualizar esa energía eléctrica. Sacrificarán, si es necesario el sacrificio, hasta la ayuda de la ciencia por el

hambre de posesión. De modo que, por el momento, estoy dispuesto a aceptar cualquier ayuda que la ciencia y la maquinaria puedan prestar para la pequeña propiedad, sin someterme a tales supersticiones en lo que tienen de puramente destructivas y sin dejar de tener presente el ideal del labriego como motivo y meta. Pero la mayoría de quienes nos ofrecen ayuda mecánica parecen ignorar completamente qué es lo que consideramos como una ayuda. Un nombre muy conocido ilustrará cómo se hace la cosa y la ignorancia del hombre que la hace.

El otro día me encontré en un automóvil Ford, igual a aquel en el cual recuerdo haber recorrido Palestina y a aquel en el cual (supongo) le gustaría al señor Ford pasar por encima de los hebreos. Sea como fuere, me recordó al señor Ford, y eso me hizo pensar en el señor Penty y en sus opiniones sobre la igualdad y la civilización mecánica. El coche Ford (si puedo probar suerte con una de esas ideas nuevas con que nos importunan los periódicos) es un producto típico de la época. Lo mejor que tiene es aquello por lo cual es despreciado: su pequeñez. Y lo peor que tiene es aquello por lo cual es alabado: es un producto en serie. Su pequeñez, claro está, es el tema de infinitos chistes americanos sobre el hombre que atrapa un Ford como una mosca o posiblemente como una pulga. Pero nadie parece notar que esa difusión de los viajes en automóvil (por equivocados que sean el motivo y el método) está en realidad en completa contradicción con esa charla fatalista sobre los monopolios y concentraciones inevitables. El ferrocarril está decayendo a ojos vista, los pájaros hacen sus nidos en las señales, y los lobos, por así decirlo, en las salas de espera. Y el ferrocarril era realmente un modo de viajar comunal y concentrado, como el de una utopía de socialistas. El viajero libre y solitario vuelve a aparecer ante nuestros ojos; no siempre, es verdad, equipado con zurrón y concha, aunque sí habiendo recuperado en cierta medida la libertad del camino real, a la manera de la Inglaterra Feliz. Pero tampoco es ésta la única cosa antigua

que ese modo de viajar ha revivido. Mientras el empalme de Mugby ha empezado a descuidar sus despachos de refrescos, Hugby-in-the-Hole ha resucitado sus posadas. En esa medida limitada, el automóvil Ford es ya un retorno al hombre libre. Si bien no posee tres acres y una vaca, posee el inadecuado sustituto de tres mil millas, y un auto. No quiero decir que esta evolución satisfaga mis teorías. Pero digo, sí, que destruye las teorías de otros; todas las teorías que consideran lo colectivo como cosa del futuro y lo individual como cosa del pasado. Aun en el camino especial y asfixiante de la ciencia y la maquinaria, los hechos van contra sus teorías.

Con todo, nunca he oído que alabaran real e inteligentemente por eso al señor Ford y su cochecito. Desde luego que con frecuencia he oído que lo alaban por todas las ventajas de lo que se llama estandarización. Cuando su auto se destroza con estrépito en medio de Salisbury Plain, aunque no es muy probable que ningún fragmento de otro coche destruido se encuentre perdido entre las ruinas de Stonehenge, si a pesar de todo los hay, resulta una gran ventaja saber que probablemente serán del mismo modelo y podrá uno llevárselos para arreglar su propio vehículo. El mismo principio es aplicable a las personas que viajan en automóvil por el Tíbet, a quienes les regocijará pensar que, si por casualidad apareciera otro automovilista de Estados Unidos, les sería posible intercambiar ruedas y frenos en señal de amistad. Quizás no haya expuesto del todo correctamente los detalles del argumento, pero lo que dice de modo general es que si le sucede algo a alguna parte de la máquina, puede remplazarse con idéntica maquinaria. Y de cualquier modo, el argumento podría llevarse mucho más lejos, y usarse para explicar muchas cosas. No estoy seguro de que no sea la clave de muchos misterios de la época. Empiezo a comprender, por ejemplo, por qué los relatos de las revistas son todos exactamente iguales: se pide que así sea para que, cuando uno se ha dejado olvidada una revista en un vagón a mitad de un cuento llamado «Los ojos de color

de pensamiento», pueda continuar con la misma narración, aparecida en otra revista bajo el título de «Las cercas de diente de león». Explica por qué los artículos de fondo sobre el futuro de las iglesias son exactamente iguales, de modo que podamos empezar a leer uno en el Daily Chronicle y acabarlo en el Daily Express. Explica por qué todas las declaraciones públicas que nos instan a preferir las cosas nuevas a las viejas, nunca, ni por casualidad, dicen nada nuevo; quieren decir simplemente que deberíamos ir a un nuevo quiosco de periódicos y leer lo mismo en un nuevo diario. Por eso las caricaturas americanas se repiten como una fórmula matemática; es para que, cuando hayamos arrancado una parte del dibujo para envolver unos bocadillos, podamos arrancar un pedazo de otro dibujo y lograr que encaje siempre bien. Por eso también todos los millonarios americanos tienen el mismo aspecto; para que, cuando la expresión viva y resuelta de uno de ellos haya hecho que le desfiguremos la cara de un fuerte puñetazo, siempre sea posible componérsela con narices y mandíbulas sacadas de otros millonarios exactamente igual constituidos.

Tales son las ventajas de la estandarización. Pero, como puede sospecharse, creo que se exageran dichas ventajas, y estoy de acuerdo con el señor Penty, que duda de que toda esta repetición corresponda en realidad a la naturaleza humana. La observación del señor Ford acerca de la diferencia entre hombres y hombres suscitó una cuestión muy interesante; también su insinuación de que la mayoría de los hombres preferían la actividad mecánica o eran aptos sólo para ella. Sobre todos estos argumentos que tocan a la igualdad humana, yo siempre he pensado una cosa que halla su expresión en una prueba ideada por mí. Empezaré a tomar en serio esas clasificaciones de superioridad e inferioridad cuando encuentre un hombre que se incluya entre los inferiores. Se advertirá que el señor Ford no dice que él sólo sea apto para atender a las máquinas; confiesa francamente que es un ser demasiado refinado, libre e inconformista para semejantes tareas.

Creeré en la doctrina el día que oiga decir a alguien: «Sólo tengo capacidad para hacer girar una rueda». Eso sería verdadero, eso sería realista, eso sería científico. Eso sería un testimonio independiente difícilmente discutible. Lo mismo sucede, claro está, con todas las otras superioridades y negaciones de la igualdad humana tan particularmente características de una época científica. Así pasa con los hombres que hablan de razas superiores e inferiores; nunca he oído a un hombre decir: «La antropología demuestra que pertenezco a una raza inferior». Si lo hiciera, quizás estaría hablando como un antropólogo. No obstante, habla como un hombre y con frecuencia como un tonto. Durante mucho tiempo he tenido esperanzas de oír a algún hombre que explicara sobre principios científicos su propia incapacidad para algún cargo o privilegio importante diciendo: «El mundo debería pertenecer a las razas libres y luchadoras, y no a personas de esa disposición servil que notará usted en mí; los inteligentes sabrán cómo formarse opiniones, pero la evidente inferioridad intelectual que padezco hace que mis opiniones aparezcan ante ellos como abiertamente absurdas: ellos son de razas soberbias, como dioses... ¡y míreme a mí! ¡Observe mis facciones informes e ínfimas! ¡Contemple, si puede soportarlo, mi cara vulgar y repulsiva! ». Si oyera a un hombre haciendo una demostración científica por el estilo, admitiría que es realmente un científico. Pero como sucede invariablemente, por extraña coincidencia, que la raza superior es la propia raza, el tipo superior el tipo propio y la preferencia superior por el trabajo la clase de trabajo que él prefiere... he llegado a la conclusión de que hay una explicación más simple.

El señor Ford es un buen hombre, en la medida en que esto es compatible con ser un buen millonario. Pero él mismo nos mostrará muy bien dónde radica la falacia de su argumento. Probablemente sea muy cierto que en la fabricación de motores participen cien hombres capaces de hacer funcionar un motor y uno solo que podría inventarlo. Pero de los cien hombres que pueden hacer funcionar un

motor es probable que uno pudiera proyectar un jardín, otro inventar una charada, otro imaginar un chiste o una caricatura graciosa sobre el señor Ford. Por cierto que con todo lo que aquí voy diciendo no quiero negar las diferencias de inteligencia ni sugerir que la igualdad (cosa enteramente religiosa) dependa de ninguna negación imposible. Pero sí quiero decir que los hombres están más cerca de un nivel de lo que nadie descubrirá si los pone a todos a hacer un tipo especial de reloj. El mismo señor Ford es un hombre de limitaciones obstinadas. Es tan indiferente a la historia, por ejemplo, que admitió con toda calma, una vez que fue citado como testigo, que nunca había oído hablar de Benedict Arnold. Un americano que nunca ha oído hablar de Benedict Arnold es como un cristiano que nunca hubiera oído hablar de judas Iscariote. Es un caso raro. Creo que el señor Ford indicó de un modo general que pensaba que Benedict Arnold¹ y Arnold Bennett eran una misma persona. No sólo no es así, sino que es erróneo suponer que tal error no tiene importancia. Si alguna vez, en el calor de la discusión, acusara al señor Arnold Bennett de haber traicionado al presidente de los Estados Unidos y de haber asolado el Sur con un ejército antiamericano, el señor Bennett podría iniciar una acción contra él. Si el señor Ford supusiera que la señora que recientemente escribió sus revelaciones en el Daily Express tiene edad suficiente para ser la viuda de Benedict Arnold, la señora podría entablar un pleito. Ahora bien, no es imposible que entre los obreros que el señor Ford considera (probablemente con mucho acierto) capaces de hacer sólo la parte mecánica de la construcción de cosas mecánicas pueda haber un hombre a quien le agrada leer toda la historia de la que puede echar mano; y que haya ido adelantando paso a paso, mediante penosos esfuerzos autodidactas, hasta tener bien clara en su mente la diferencia entre Benedict Arnold y Arnold Bennett. Si a su patrón no le importara la diferencia, desde luego que no le consultaría sobre dicha diferencia, y el hombre continuaría siendo, según todas las apariencias, un mero diente de la

máquina; y no habría razón para descubrir que se trataba de un diente de rueda bastante reflexivo. Cualquiera que conozca algo del trabajo moderno sabe que hay cierto número de hombres semejantes, los cuales permanecerán en puestos subalternos y oscuros porque sus gustos y talentos privados no tienen relación alguna con el trabajo estúpido del que se ocupan. Si el señor Ford extiende su negocio sobre el sistema solar y suministra automóviles a los marcianos y al hombre de la Luna, no se acercará con ello una pulgada al espíritu del hombre que trabaja una máquina para él y entretanto piensa en algo con más sentido. Todas las cosas humanas son imperfectas, pero las condiciones en las cuales surgen hasta cierto punto esas inclinaciones y aptitudes secundarias son condiciones de pequeña independencia. El campesino casi siempre se ocupa de dos o tres funciones secundarias, y vive de oficios y medios diversos. El tendero de pueblo afeitara a los viajeros, y disechará comadreja, y cultivará repollos y hará otra media docena de cosas por el estilo, manteniendo en su vida una suerte de equilibrio semejante al equilibrio de la cordura en el alma. El método no es perfecto, pero es más inteligente que convertir a un hombre en máquina a fin de descubrir que tiene un alma superior a la maquinaria.

Por lo tanto, sobre este punto de compromiso inmediato con la maquinaria, me inclino a inferir que está muy bien usar las máquinas existentes en la medida en que originen una psicología que pueda despreciar las máquinas; pero no si crean una psicología que las respete. El automóvil Ford es un ejemplo excelente de esta cuestión, aún mejor que el otro ejemplo que he puesto del suministro de electricidad a pequeños talleres. Si poseer un coche Ford significa regocijarse con el coche Ford, es bastante triste que no nos lleve más allá de Tooting o el regocijo por un tranvía de Tooting. Pero si poseer un coche Ford significa gozar de un campo de cereales o tréboles, en un paisaje nuevo y una atmósfera libre, puede ser el principio de muchas cosas. Puede ser, por ejemplo, el final del auto y el principio de una

casita de campo. De modo que casi podríamos decir que el triunfo final del señor Ford no consiste en que el hombre suba al coche, sino en que su entusiasmo caiga fuera del coche. Que encuentre en alguna parte, en rincones remotos y campestres a los que normalmente no hubiera llegado, esa perfecta combinación y equilibrio de setos, árboles y praderas ante cuya presencia cualquier máquina moderna aparece de pronto como un absurdo, y aun como un absurdo anticuado. Probablemente ese hombre feliz, habiendo hallado el lugar de su verdadero hogar, procederá gozosamente a destrozar el auto con un gran martillo, dando por primera vez verdadero uso a sus pedazos de hierro y destinándolos a utensilios de cocina o herramientas de jardín. Eso es usar un instrumento científico en la forma que corresponde, porque es usarlo como instrumento. El hombre ha usado la maquinaria moderna para escapar de la sociedad moderna, y la inteligencia ensalza al instante la razón y rectitud de semejante conducta. No sucede lo mismo con los hermanos más débiles que no se contentan con confiar en el coche del señor Ford, sino que confían también en su doctrina. Si aceptar el automóvil implica aceptar la filosofía que acabo de criticar y la idea de que algunos hombres han nacido para fabricar automóviles, o más bien pequeños trozos de automóviles, entonces más le valdrá al filósofo decir francamente que los hombres nunca necesitaron en absoluto tener automóviles. Sólo porque el hombre había sido enviado al destierro en un tren, tenía que ser repatriado en un auto. Sólo porque toda la maquinaria ha sido empleada para hacer las cosas mal, alguna maquinaria puede ser ahora bien empleada para mejorarlas. Pero en general infiero que puede usarse así; y mi razón es la que expuse en páginas anteriores bajo el título de «La posibilidad de recuperación». Señalé que nuestro ideal es tan sano y sencillo, que concuerda tanto con los instintos antiguos y generales de los hombres, que una vez que se le dé oportunidad en alguna parte, mejorará su suerte por su propia vitalidad interna: porque cuando desaparece una enfermedad

siempre hay una reacción favorable. El hombre que ha usado su automóvil para encontrar su terreno en el campo se interesará más por éste que por el auto; y desde luego que se interesará más por su quinta que por el negocio donde antaño comprara el coche. Y el señor Ford no lo volverá a arrastrar al negocio, ni aun diciéndole tiernamente que no es apto para ser agricultor, ni para criar caballos, ni para ejercer de cabañero, puesto que su intelecto deficiente y su tipo antropológico degradado lo capacitan sólo para actividades inferiores y mecánicas. Si alguien intentara decirle eso (dulcemente, claro está) a considerable número de hacendados que durante algún tiempo hubieran vivido, ellos y sus familias, de sus propias tierras, descubriría los defectos de tal maniobra.

V

UNA NOTA SOBRE LA EMIGRACION

1. La necesidad de un espíritu nuevo

Antes de terminar estas notas con algunas palabras acerca del aspecto colonial de la distribución democrática, será conveniente dar testimonio de las sugerencias recientes de un hombre tan distinguido como el señor John Galsworthy. Galsworthy es un señor por quien siento el respeto más profundo; porque un ser humano que trata realmente de ser justo es algo muy semejante a un monstruo, y un milagro en la larga historia de esta alegre raza nuestra. A veces, sí, me exaspera un poco que me excusen tan persistentemente. Pocas cosas imagino tan fastidiosas, para un cristiano libre de nacimiento y bien constituido, como la idea de que si él decidiera esperar al señor Galsworthy tras un muro, derribarlo de un ladrillazo, saltarle encima con pesadas botas y una serie de cosas más, el señor Galsworthy todavía diría débil y entrecortadamente que la culpa era solamente del sistema; que el sistema fabricaba ladrillos, y el sistema lanzaba ladrillos, y el sistema anda calzado con botas pesadas y así sucesivamente. Como ser humano, anhelaría un poco más de justicia humana después de toda esa misericordia tan inhumana.

Estos sentimientos no estorban otros sentimientos de

algo así como entusiasmo por lo que sólo puede llamarse bello en la imparcialidad de un estudio como El mono blanco. Cuando esta actitud de desapego se aplica, no al juicio de individualidades, sino al grueso de los hombres, empieza a parecer algo monstruoso. Y en el último manifiesto político del señor Galsworthy ese desapego roza la desesperación. O por lo menos, llega a desesperar de esta tierra y esta Inglaterra de la cual, por cierto, yo no voy a desesperar todavía. Pero creo que sería conveniente aprovechar esta oportunidad para manifestar lo que por lo menos yo siento con respecto a las diferentes quejas aquí involucradas.

Puede discutirse si es bueno o malo para Inglaterra poseer un imperio. Puede discutirse, al menos como una cuestión de definición exacta, si Inglaterra posee en realidad un imperio. Pero hay un punto sobre el cual todos los ingleses deberían estar seguros, como cuestión de historia, filosofía o lógica. Y es que ha sido y es cuestión de poseer nosotros un imperio y no de que un imperio nos posea a nosotros.

Hay razones que nos apartan de los americanos: los principios de George Washington; y hay razones que nos unen a ellos, como los principios de Jorge III. Pero no hay razón para que los americanos nos absorban y nos arruinen en nombre de la raza anglosajona. Las colonias fueron originariamente inglesas. Nos deben tanto como todo eso; aunque sólo sea la circunstancia trivial, a la que tan poco valor atribuye el pensamiento moderno, de que no hubieran podido llegar a existir nunca sin su hacedor. Si deciden seguir siendo inglesas, les agradecemos muy sinceramente el cumplido. Si deciden no seguir siendo inglesas, sino convertirse en algo diferente, creemos que están en su derecho. Sea como fuere, Inglaterra seguirá siendo inglesa. No se convertirán primero los americanos en algo distinto de ingleses para luego convertirnos a nosotros en lo que son ellos. Tal vez haya sido erróneo poseer un imperio, pero eso no nos quita nuestro derecho a ser una nación.

Porque el lema «Inglaterra ante todo» tiene otro

sentido en el cual podrían usarlo los de nuestra escuela. El sentido de que nuestro primer paso debería ser el de descubrir cómo podría adaptarse a Inglaterra el mejor sistema ético y económico antes de que lo tratemos como artículo de exportación y lo enviemos a los confines de la tierra. El individuo científico o dedicado al comercio que está seguro de haber hallado un explosivo capaz de hacer volar el sistema solar, o una bala capaz de matar al hombre de la Luna, siempre hace alardes de que los ofrece en primer término a su patria y sólo después a países extranjeros. Personalmente, no puedo concebir que un hombre pueda llegar a ofrecer semejante descubrimiento a un país extranjero. Pero, desde luego, no soy un genio de la ciencia ni del comercio. De cualquier modo, ciertamente no nos proponemos ofrecer a ningún país extranjero, ni tampoco a colonia alguna, nuestra pobre noción de propiedad corriente antes de ofrecérsela a nuestra patria. Y consideramos sumamente urgente y práctico averiguar primero qué parte de ella puede realmente llevarse a cabo en nuestra propia tierra. Nadie cree que todos los habitantes de Inglaterra puedan vivir del producto de la tierra inglesa, aunque todos deberían ser conscientes de que podría vivir de eso mucha más gente de la que en realidad vive; y de que, si dicha política estableciera tal comunidad labriega, disminuiría notablemente el número de hombres que quedaría para ciudades y colonias. Pero sugeriríamos que éstos deberían quedar realmente, y ser tratados, como pareciera más deseable, después de que el experimento capital se hiciera donde más importa que se haga. Y aquello que la mayoría de nosotros critica en los partidarios de la emigración de tipo ordinario es el hecho de que parecen pensar primero en la colonia y luego en lo que debe dejarse en la patria, en vez de pensar primero en la patria y luego en lo que debe desbordarse hacia la colonia.

La gente habla del optimista como de alguien que tiene prisa, pero a mí me parece que un pesimista como el señor Galsworthy tiene mucha prisa. No ha intentado una

reforma evidente en Inglaterra y, viendo que fracasaba, se ha expatriado para intentarla en alguna otra parte. Está intentando una evidente reforma en todas partes menos donde es más evidentemente necesaria. Y en esto creo que tiene una afinidad subconsciente con gentes menos respetables y razonables que él. Los pesimistas tienen una forma extraña de impulsarnos a determinaciones desesperadas como solución única a un problema que no se han molestado en resolver. Declaran solemnemente que algo anormal se convertiría en necesario si existieran ciertas condiciones, y luego, por eso, de algún modo suponen que existen. Jamás piensan en intentar convencernos de que existen antes de probar lo que se sigue de su existencia. Por ejemplo, éste es precisamente el tipo de pesimismo precipitado y prematuro que la gente pone de manifiesto con respecto a la restricción de nacimientos. Desean la destrucción, esperan la desesperación, anticipan ansiosamente las predicciones más negras y dudosas. Corren anhelantes delante y detrás de las estadísticas demoradas e inconvenientemente lentas; así como el ciervo suspira por los arroyos, ellos quieren apagar su sed en la Estigia y el Leteo antes de tiempo. Incluso hechos que señalan están lejos de la fe que ven brillar detrás de sí, porque la fe es la substancia de lo esperado y la evidencia de lo no visto.

Si no comparo al crítico en cuestión con los doctores de esta perversión funesta, menos lo comparo con aquellos cuyos motivos son meramente plutocráticos y de propia protección. Pero también debe decirse que muchos recurren a la emigración, como muchos recurren al control de la natalidad, por una razón perfectamente simple: porque es la forma más fácil en que los capitalistas pueden escapar a su propio error del capitalismo. Atrajeron a los hombres a las ciudades con la promesa de placeres mayores; allí los arruinaron dejándoles un solo placer; hallaron que el aumento de número que se iba produciendo al principio era conveniente para el trabajo y luego inconveniente para el abastecimiento, y ahora están dispuestos a completar su

experimento en forma sumamente apropiada, diciendo a esos hombres que no deben tener familias, o que sus familias deben partir rumbo al equivalente moderno de Botany Bay. No es ése el espíritu con que nosotros encaramos el elemento de colonización; y en tanto se trate con ese espíritu, nos negamos a considerarlo. Sostengo en primer término que la verdadera colonización no sólo debe ser estable, sino también sagrada. Afirmino que el nuevo hogar no sólo debe ser un hogar, sino también un altar. Y por eso digo que primero debe establecerse en Inglaterra, en el hogar de nuestros padres y en el altar de nuestros santos, para ser luz y enseña de nuestros hijos. He explicado que no puedo conformarme con excluir mi propia nacionalidad de mi propio ideal: ni dejar a Inglaterra como simple taller o carbonera de otros países como Canadá o Australia o la Argentina. Me agradecería también un tipo de redistribución mucho más rural, y no lo creo imposible. Pero si toman en cuenta esto, nadie en posesión de sus cinco sentidos soñará con negar que caben verdaderamente la emigración y la colonización, y hasta que hay necesidad de ellas. Sólo que, llegados a eso, tengo que trazar una línea clara y explicar algo más, que en modo alguno es incompatible con mi amor a Inglaterra, pero que temo que me impedirá ser querido por los ingleses. Yo no creo, como los diarios e historia nacionales pretenden que crea, que nosotros poseamos «el secreto» de esta especie de colonización afortunada y que no necesitemos nada más para lograr esta suerte de construcción social-democrática. Me parece muy bien que cada hombre de Inglaterra sea un inglés. Pero creo que tendrá que ser algo más que inglés (o, algo menos, algo más que «británico») si ha de crear una igualdad social sólida fuera de Inglaterra. Porque para esa creación social sólida es menester algo que nuestra tradición colonial no ha dado. Trataré de exponer mis razones para sostener esta opinión tan poco popular; pero el hecho de que sean bastante difíciles de exponer es, de suyo, prueba de su poca popularidad y de esa estrechez que no es nacional ni

internacional, sino únicamente imperial.

Me agradaría muchísimo poder estar presente en una conversación entre el señor Saklatvala⁴ y el deán Inge. Tengo sumo respeto por la sinceridad del deán de San Pablo, pero sus prejuicios subconscientes son extraños. No puedo evitar la sensación de que tal vez tenga cierta simpatía por un socialista siempre que no sea un socialista cristiano. Por cierto que no fingiré respeto alguno por esa clase corriente de tolerancia pronta a abrazar a un budista, pero que deja de lado al bolchevique. Pienso que su significación es sencilla. Significa acoger las religiones extrañas cuando hacen que nos sintamos cómodos y perseguirlas cuando hacen que nos sintamos incómodos. De todos modos, la razón particular que en este momento tengo para mantener esta asociación de ideas atañe a un asunto más importante. Atañe, sí, a lo que comúnmente se llama Imperio Británico, que una vez nos enseñaron a reverenciar profundamente porque era grande. Y una de mis quejas contra esa suerte de imperialismo ordinario y bastante vulgar es que no se aseguró ni siquiera las ventajas de la grandeza. Como ya he dicho, soy nacionalista: me basta con Inglaterra. Defendería a Inglaterra contra todo el continente europeo. Y aun con mayor alegría defendería a Inglaterra contra todo el Imperio Británico. En un raptó romántico, defendería a Inglaterra contra el señor Ramsay Mac Donald si éste llegara a ser rey de Escocia, y volvería a encender los fuegos centinelas de Newark y Garlisle, y haría sonar el antiguo somatén del Border. Con igual energía defendería a Inglaterra contra el señor Tim Healy, rey de Irlanda, si alguna vez la prosperidad grande y creciente de esa estirpe céltica impotente y en decadencia llegara a ser realmente ofensiva. Con la mayor exaltación defendería a Inglaterra, sobre todo, contra el señor Lloyd George, rey de Gales. Por lo tanto, se verá que mi patriotismo no tiene nada de tolerante; la nacionalidad más moderna no es bastante estrecha para mí.

Pero dejando de lado mis propios sentimientos locales, y considerando el asunto en lo que se llama una

forma más amplia, señalo una vez más que nuestro imperialismo no logra ninguno de los beneficios que podrían lograrse de la extensión. Y recordé al deán Inge porque él insinuó hace un tiempo que crecía el número de irlandeses, franceses y canadienses, no porque aquéllos tuvieran un concepto católico de la familia, sino porque eran una raza retrógrada y aparentemente casi bárbara que naturalmente (supongo que quiso decir) crecía en número con la exuberancia ciega de la jungla. Ya he observado la graciosa treta que consiste en decir dos cosas contrarias, como en el caso de esta afirmación. Cuando los salvajes van desapareciendo gradualmente, decimos que desaparecen porque son salvajes. Cuando se van multiplicando de manera inconveniente, decimos que se multiplican porque son salvajes. Y de esto a afirmar que los compatriotas de sir Wilfred Laurier o del senador Yeats son salvajes porque se multiplican hay un solo paso simplemente lógico. Pero lo que más me llama la atención de esta posición es lo siguiente: que este espíritu nunca comprenderá lo que en realidad hay que comprender cuando se abarca una superficie extensa y variada. Si el Canadá francés es realmente parte del Imperio Británico, parece que el imperio debería haber servido al menos como una especie de intérprete entre ingleses y franceses. El estadista del imperio, si hubiera sido en verdad un estadista, debería haber sido capaz de decir: «Siempre resulta difícil comprender a otra nación u otra religión; pero yo estoy en situación más afortunada que la mayoría de la gente. Yo sé algo más de lo que pueden saber naciones encerradas en sí mismas y aisladas, como Suecia o España. Siento mayor simpatía por la fe católica o la sangre francesa, porque cuento con católicos franceses en mi propio imperio». Ahora bien, a mí me parece que un estadista imperial nunca ha dicho esto. Jamás ha sido capaz de decirlo y ni siquiera ha intentado ni pretendido ser capaz de decirlo. Ha sido mucho más estrecho que un nacionalista como yo, dedicado a defender desesperadamente a Offa Dyke contra una horda de

políticos galeses. Dudo que alguna vez haya existido un político que supiera una sola palabra más de francés, para no hablar de una palabra más de la misa latina, porque tuviera que gobernar toda una población cuyas tradiciones provenían de Roma y la Galia. Enseguida indicaré cómo esta enorme estrechez internacional afecta al problema de una comunidad labriega y a la extensión de la propiedad natural de la tierra. Pero por el momento es importante aclarar un punto: el de la naturaleza de esta estrechez. Y por eso podría aclararse algo con esa conversación delicada, íntima y franca entre el señor Saklatvala y el deán de San Pablo. El señor Saklatvala es una especie de parodia o demostración extrema y extravagante de que en realidad no sabemos absolutamente nada acerca de los elementos morales y filosóficos que componen el imperio. Es del todo evidente, claro está, que él no representa a Battersea. Pero, ¿podemos saber de algún modo hasta qué punto representa a la India? No me parece imposible que las doctrinas más impersonales e indefinidas de Asia constituyan un terreno apto para el bolchevismo. La mayor parte de la filosofía oriental difiere de la teología occidental en que se niega a limitar las cosas; y sería una perversión sumamente probable de ese instinto que se niega a trazar un límite entre lo meum y lo tuum. No creo que el caballero hindú pueda juzgar sobre si nosotros los occidentales necesitamos tener un seto alrededor de nuestros jardines. Y como resulta que yo sostengo que el pensamiento y el arte humano más elevado consisten casi enteramente en trazar una línea en alguna parte, aunque no en cualquier parte, tengo plena seguridad de que la tendencia occidental es la acertada y la oriental la equivocada. Pero, cualquiera que sea el caso, me parece que podemos recibir una lección bastante clara de estos dos casos paralelos del hindú que se convierte en bolchevique dentro de nuestros dominios sin que nosotros podamos influir en su conversión y el franco-canadiense que continúa siendo labriego en nuestros dominios sin que nosotros saquemos provecho de su estabilidad.

No pretendo saber mucho acerca de los franco-canadienses; pero sí lo suficiente para saber que la mayoría de la gente que habla extensamente sobre el imperio sabe menos aún que yo. Y lo característico de ellos es que generalmente ni siquiera tratan de saber más. El cuadro dudoso que siempre evocan de los colonos que hacen maravillas en todos los rincones del mundo nunca incluye, en realidad, la clase de cosas que los franco-canadienses saben hacer, o que podrían enseñar a otros a hacer. En toda esta fantasía moderna de la colonización hay una suerte de hipocresía peligrosísima. La gente trató de usar los dominios ultramarinos como Eldorado cuando todavía los estaban usando como Botany Bay. Enviaban afuera a las personas de las cuales querían librarse y luego iban aún más lejos manifestando que los extremos del mundo estarían encantados de recibirlos. Y exhibían una especie de retrato imaginario de una persona cuyas virtudes y hasta cuyos vicios eran del todo adecuados para fundar un imperio, aunque aparentemente inadecuados para fundar una familia. Hasta el lenguaje que empleaban era equivocado. Se referían a esas personas como a colonos, pero lo último que esperaban de ellos era que se establecieran como tales. Esperaban que hicieran algo así como irrumpir en forma indistinta e individualista en nuevas tierras por las cuales el mundo se interesaba cada vez menos. Enviaban a algún sobrino molesto a cazar bisontes salvajes por las calles de Toronto, así como habían enviado a cierto número de irlandeses indomables para que lucharan contra los pieles rojas en las calles de Nueva York. Repetían sin cesar que el mundo necesitaba pioneros y nunca habían oído que se necesitaran labriegos. Había cierto sentimiento natural y sincero que quería que el expatriado errante heredara nuestras tradiciones. En realidad, no se fingía la preocupación porque hallara las suyas propias. Toda idea nacida de una posición social segura estaba fuera de discusión; nadie pensó en la continuidad, las costumbres, la religión ni el folclore del futuro colono. Y sobre todo,

nadie imaginó nunca que tuviera un vivo sentido de la propiedad privada. La vaga idea de que estaba conquistando algo para el imperio encerraba siempre, si algo encerraba, la idea de que estaba conquistando algo que pertenecía a otros. No discuto ahora si se trataba de un error, ni si en algunos casos se justificaba; señalo que nadie abrigó jamás la idea de otra clase de derecho: el derecho particular de cada hombre a lo que es suyo. Dudo que se pueda citar una palabra que lo subraye ni aun de la historia de aventuras más sana o la canción más festiva. Aprecio mucho lo que hay de sano y festivo en tales canciones e historias. Sólo estoy señalando que hemos descuidado algo, y que ahora estamos sufriendo por ese descuido. Y lo peor de ese descuido fue que no aprendiéramos absolutamente nada de los pueblos que entraban en el imperio que deseábamos glorificar: no aprendimos absolutamente nada de los irlandeses, nada de los franco- canadienses, nada siquiera de los pobres hindúes. Ahora hemos llegado a una crisis en la cual necesitamos especialmente esas aptitudes que hemos descuidado; y ni siquiera sabemos cómo emprender el aprendizaje. Y lo que explica este error, como explica la mayoría de los errores, es esa debilidad llamada orgullo; en otras palabras, el tono que adoptan personas como el deán Inge.

Ahora bien, para volver a crear una comunidad labriega dentro del mundo moderno será menester un elemento de emigración liberal. Diré más sobre el contenido de esta idea en el apartado siguiente. Pero creo que cualquier plan de este tipo tendrá que apoyarse en un espíritu y un principio totalmente diferentes y diametralmente opuestos a los que generalmente se aplican a la emigración en la Inglaterra de hoy. Creo que necesitamos una nueva inspiración, un nuevo interés, y hasta un lenguaje ordinario nuevo, antes de que esa solución ayude a resolver algo. Lo que necesitamos es el ideal de la propiedad, no solamente del progreso, especialmente del progreso sobre la propiedad de los demás. La utopía necesita más fronteras, no menos. Y

porque fuimos débiles en la ética de la propiedad dentro de los límites del imperio, nuestra propia sociedad no defenderá la propiedad como los hombres defienden el derecho. El bolchevique es la consecuencia y el castigo del bucanero.

2. La religión de la pequeña propiedad

Hoy en día se oyen muchas cosas acerca de las desventajas del decoro, y las dicen especialmente aquellos que siempre nos hablan de las mujeres de la última generación, tan desamparadas e impotentes, cosa que pasan luego a probar refiriéndose a la tiranía tremenda y violenta de la señora Grundy. Casi en la misma forma insisten en que las mujeres victorianas eran particularmente tiernas y sumisas. Y es bastante triste que para decirlo tengan que mencionar el nombre de la reina Victoria. Pero el problema se plantea más especialmente con relación a lo indecoroso en arte y en literatura, y ahora está de moda discutir como si no existiera en absoluto un fundamento psicológico para la reserva. Allí debería terminar el debate; pero, afortunadamente, esos pensadores no saben llegar al final de una discusión. He oído argüir que no es más grave describir la violación de un mandamiento que de otro, lo cual es, evidentemente, un error. Hay al menos una causa psicológica para decir que ciertas imágenes mueven la imaginación en una forma que debilita el carácter. No hay causa alguna para decir que la contemplación del equipo de herramientas de un ladrón provocaría en todos nosotros el

deseo de asaltar casas. No hay posibilidad de afirmar que el mero descubrimiento de los medios para asesinar a nuestra tía solterona con un atizador hace que esta mala acción se convierta en realidad. Pero lo que llama la atención como la cosa más extraña del debate es esto: que en cuanto nuestra literatura novelesca y nuestro periodismo atacan ampliamente las prohibiciones para las cuales existía realmente una causa lógica, si se considera lo que es la naturaleza humana, todavía soportan mucho más la presión de prohibiciones para las cuales nunca hubo causa alguna. Y lo más curioso de las críticas que oímos contra la época victoriana es que jamás se dirigen contra las convenciones más arbitrarias de dicha etapa. Una de estas convenciones, recuerdo vívido de mi juventud, era la de considerar embarazoso o desleal que un hombre aludiera a su religión. Algo parecido se sentía cuando aludía a su dinero. Pues bien, estas cosas no pueden defenderse con el mismo argumento psicológico de las otras. Nadie enloquece por la simple visión de la aguja de una iglesia, ni siente que lo poseen emociones incontrolables cuando piensa en el sombrero de un arcediano. Sin embargo, todavía persiste en nuestra vida y en nuestra literatura una buena cantidad de ese convencionalismo victoriano verdaderamente irracional, suficiente como para hacer necesaria una defensa, si no una disculpa, cada vez que una discusión depende de este hecho fundamental de la vida.

Ahora bien, cuando observo que necesitamos un tipo de colonización como la que representan los franco-canadienses, es probable que todavía quede cierto número de críticos socarrones que me señalen con el dedo y exclamen, como si me hubieran sorprendido en algo muy malo: «Usted cree en los franco-canadienses porque son católicos», lo cual, en un sentido, no sólo es verdad, sino que es casi absolutamente cierto. Pero en otro sentido no es verdad en absoluto, si significa que no juzgo independientemente cuando siento que eso es lo que realmente necesitamos. Pues bien, cuando surgen esta dificultad y este malentendido, hay una sola forma

práctica de hacerles frente en el estado actual de información, o de falta de información pública. Y es el recurso de apelar a lo que generalmente se llama un testigo imparcial, aunque es probable que sea mucho menos imparcial que yo. Lo realmente importante de tal testigo es que, si fuera parcial, sería parcial en el sentido opuesto.

Al viejo y querido Daily News de los días de mi juventud, donde escribí felizmente durante muchos años y en el cual tuve muchos buenos y admirables amigos, no se le puede acusar de ser órgano de los jesuitas. Era, y sigue siendo, y todo el mundo lo sabe, el órgano de los no conformistas. El doctor Clifford blandió allí su tetera cuando la vendió para demostrar, mediante un acto simbólico, que durante mucho tiempo había sido abstemio y que entonces era un opositor pasivo. Que se nos perdone por sonreír ante este aspecto del asunto, pero hay muchos aspectos que son reales y merecen todo el respeto posible. La tradición del viejo ideal puritano llega en verdad hasta este diario; y una multitud de radicales sinceros y rigurosos lo leían en mi juventud y todavía lo leen.

Por lo tanto, creo que las siguientes observaciones recientemente aparecidas en el Daily News en un artículo del señor Hugh Martin, escrito en Toronto, son dignas de atención. Comienza diciendo que el anglosajón se ha vuelto demasiado orgulloso para inclinarse ante nadie; pero lo curioso es que prosigue diciendo, casi con las mismas palabras, que franceses y canadienses están robusteciendo en realidad sus espaldas, no sólo inclinándose sobre rústicas azadas, sino también porque se inclinan hasta frente a altares creados por su superstición. Deseo vivamente no perjudicar en este asunto a mi testigo imparcial, de modo que se sabrá disculpar que cite sus propias palabras con alguna extensión. Después de decir que los anglosajones se retiran hacia Estados Unidos, o por lo me nos hacia las ciudades industriales, señala que hay muchos franceses, por supuesto, en Quebec y en otras partes, pero que no es allí donde se está llevando a cabo un adelanto notable, y que Montreal,

aunque es una gran ciudad, muestra signos de atraso que pueden observarse en otras ciudades:

Ahora miren este otro cuadro. La raza que adelanta es la francesa... En Quebec, donde hay casi 2.000.000 de canadienses de origen francés en una población de 2.350.000 habitantes, era de esperar esto. Pero en realidad no es en Quebec donde los franceses progresan más visiblemente... no es en Nueva Escocia ni en Nueva Brunswick donde el éxito de la raza francesa es relativamente más acentuado. Les va espléndidamente bien en el campo, y tienen familias prodigiosas. La familia de doce hijos es bastante corriente, y podría citar varios casos de veinte, todos vivos. Llegará el día en que igualarán o superarán en número a los escoceses, pero eso será más adelante. Quien quiera ver lo que todavía es capaz de lograr la raza francesa debería ir a la región del norte de esta provincia de Ontario. Eso es obra de pioneros. Es doblar la espalda como lo hacían los hombres de antaño. Es multiplicarse y permanecer en la tierra. Es contentarse con ser feliz sin ser rico.

Aunque no soy hombre religioso, debo confesar que creo que la religión tiene mucha relación con esto. Estos franco- canadienses son más católicos que el Papa. De algunos de ellos podría decirse que son perdidamente ignorantes y perdidamente supersticiosos. A mí me parece que están un siglo atrasados en el tiempo, y un siglo más cerca de la felicidad.

Repito que estas palabras me parecerían extraordinarias si hubieran aparecido en cualquier parte; pero cuando aparecen en el periódico tradicional de los radicales de Manchester y los no conformistas del siglo XIX me parecen sorprendentes y asombrosas. Las palabras son espléndidamente sinceras y sencillas en su forma literaria: suenan claramente a sinceridad y experiencia, y son más convincentes por haber sido escritas por alguien que no comparte mi desesperada ignorancia y superstición. Pero pasa luego a sugerir una razón y aclarar incidentalmente su propia

independencia en la cuestión:

Aparte del hecho de que sus mujeres dan a luz un número increíble de hijos, su sumisión al sacerdote tiene otra consecuencia: que se crea un organismo social de valor incalculable en esa apartada región. La iglesia, la escuela, el cura, todos hacen que cada pequeño grupo sea una unidad. No se piense ni por un momento que yo creo que una difusión general del catolicismo nos volvería a convertir en un pueblo de pioneros. Sería tan poco razonable como recomendar una vuelta al primitivo protestantismo escocés. No hago más que registrar un hecho: que la simplicidad de estas gentes resulta su salvación y que es una de las mayores esperanzas del Canadá de hoy.

Desde luego, hay en este pasaje muchísimas cosas que una persona de mis opiniones podría discutir. Yo podría entrar en la interesante comparación que hace con el primitivo protestantismo escocés. El protestantismo escocés más primitivo, como el más primitivo protestantismo inglés, consistía principalmente en el pillaje. Pero si lo tomamos como una referencia al entusiasmo perfectamente puro y sincero de muchos reformistas escoceses o primitivos calvinistas, nos encontraremos con el contraste que es el nudo de toda la cuestión. El puritanismo primitivo era puro puritanismo; pero cuanto más puro, tanto más antiguo parece. No podemos imaginarlo como bueno y también como moderno. Puede haber sido una de las cosas más sinceras de la Escocia de entonces, pero no se hallará a nadie que lo considere una de las cosas más prometedoras del Canadá de hoy. Si mañana asomara John Knox al pulpito de Saint Giles, resultaría un ministro postizo. Sería mirado como un salvaje descarriado a causa de su ignorancia de la metafísica alemana. Esa comparación no refuta el caso extraordinario de lo que es más antiguo que Knox y no obstante también más nuevo que Knox. Además, podría señalar que la connotación común de «sumisión al sacerdote» es engañosa, aunque sea verdadera. Es como hablar de la carga de la Brigada Ligera diciendo que fue

sumisión al comandante en jefe lord Raglan. Es, más aún, como hablar del ataque a Jerusalén diciendo que fue sumisión al conde de Bouillon. En un sentido es muy cierto, aunque en otro es muy falso. Pero no tengo el más mínimo deseo de perturbar la imparcialidad de mi testigo. No tengo la más mínima intención de usar ninguna de las torturas de la Inquisición para forzarlo a admitir algo que no quiere admitir. Lo que ya ha admitido hasta aquí me parece muy notable; no tanto porque es un tributo a los franceses como colonos, sino porque es un tributo a los colonos como gente piadosa y devota. Pero lo que me interesa sobre todo en la discusión general de mi propio tema es la insistencia en la estabilidad. Se pegan al suelo; son un organismo social; constituyen una unidad. Tal es la nota nueva que creo necesaria en toda idea de colonización, antes de que vuelva a ser parte de la esperanza del mundo.

Una descripción reciente de la «fábrica feliz», tal como existe en América o ha de existir en la utopía, fue elevándose cada vez más en idealismo hasta acabar en una especie de quietud, digna de la apertura final de los cielos, y en estas palabras sobre el obrero: «Sale para volver a su casa como un miembro de la bolsa». Cualquier tentativa de imaginar a la humanidad en su perfección última siempre tiene algo de ligeramente irreal, como si fuera demasiado bueno para este mundo; pero la ilusión de luz que se desprende de la nube en esa última frase acentúa claramente el contraste que se ha de poder trazar entre tal condición y la del trabajo de los hombres corrientes. Adán abandonó el Edén como jardinero, pero emprenderá su viaje de vuelta a casa como miembro de la bolsa. San José era carpintero, pero resucitará como corredor de bolsa. Giotto era pastor, porque todavía no era digno de ser corredor de bolsa. Shakespeare era actor, pero día y noche soñaba como un corredor de bolsa. Burns era labrador, pero si cantaba mientras manejaba el arado, mucho más adecuadamente hubiese cantado en la bolsa. Este tipo de argumento da por sentado que toda la humanidad ha esperado consciente

o inconscientemente esta consumación; y que si los hombres no eran corredores, era porque no tenían capacidad para ello. Pero ese notable párrafo de la exposición de sir Ernest Benn tiene otra aplicación, aparte de la más evidente. Un corredor de bolsa es en cierto sentido un personaje muy poético. En un sentido es tan poético como Shakespeare, y su poeta ideal, puesto que da albergue y nombre a la etérea nada. Comercia con aquello que los economistas (en su poética forma) llaman imaginario. Cuando cambia dos mil calabazas de la Patagonia por mil acciones de la Compañía de Grasa de Ballena de Alaska, no exige la satisfacción sensual de comerse la calabaza o contemplar la ballena con el torpe ojo del cuerpo. Es muy posible que no haya calabazas, y si hay algo parecido a una ballena, es muy poco probable que se entrometa en una conversación de la bolsa. Pues bien, lo que le sucede al mundo de las finanzas es que está demasiado lleno de imaginación, en el sentido de ficción. Y cuando reaccionamos contra ella, naturalmente reaccionamos en primer lugar hacia el realismo. Cuando el corredor de bolsa emprende el fatigoso camino de su casa y abandona el mundo a la oscuridad y a sir Ernest Benn, estamos dispuestos a insistir en que en verdad es él quien vive a oscuras y nosotros quienes tenemos la luz. Él no sólo tiene oscuridad, sino que también tiene sueños, y todos los leviatanes irreales y calabazas sobrenaturales desfilan ante él como un mero conjunto de símbolos del Antiguo Testamento. Pero cuando el pequeño propietario cultiva calabazas, son realmente calabazas, y a veces hasta muy grandes para propietario tan pequeño. Si alguna vez éste tuviera ocasión de criar ballenas (lo cual parece imposible) serían ballenas reales, o de lo contrario no le servirían para nada. Naturalmente, nos impacientamos un poco cuando, en estas condiciones, la gente que se llama a sí misma gente práctica se burla del pequeño propietario como de un poeta menor. No obstante, existe el otro aspecto del caso, y en cierto sentido sería mejor que el pequeño propietario fuera un poeta menor, o, al menos, un místico. Más aún, hasta hay una suerte

de extraño sentido paradójico en el que el corredor de bolsa es un hombre de negocios.

He dedicado mis últimas observaciones a ese otro aspecto de la pequeña propiedad del cual son ejemplo los francocanadienses y un artículo sobre ellos aparecido en el Daily Express. El punto realmente práctico de esa afirmación interesante es que, en este caso, ser progresista se identifica en realidad con ser lo que se llama estático. En este caso, por extraña paradoja, un colono es una persona que realmente se establece. Se notará que el éxito del experimento se funda en cierto poder de echar raíces que podemos llamar casi rápida tradición, como otros hablan de rápido tránsito. Y ciertamente el suelo que pisan los pioneros sólo puede afirmarse si se hace sagrado. Sólo la religión puede producir tan rápidamente una especie de poder acumulado de cultura y leyenda en algo tosco o incompleto. Suena a broma decir que el hecho de bautizar a un niño lo hace venerable; recuerda el viejo chiste del niño con anteojos que murió viejo, senil y debilitado a la edad de cinco años. Sin embargo, es profundamente cierto que se agrega algo que no sólo es venerable, sino venerable en parte por su antigüedad, esto es, por la profundidad insondable de su humanidad. En cierto sentido, un mundo nuevo puede ser bautizado como se bautiza a un recién nacido, y puede entrar a participar de un orden antiguo, no sólo en el mapa, sino también en el espíritu. En vez de llamar colonización al hecho de que gentes toscas extiendan simplemente su brutalidad, sería posible que la gente cultivara el suelo como cultiva el alma. Pero para ello es menester tener respeto tanto a la tierra como al alma, y reverenciarla, puesto que está relacionada con cosas sagradas. Pero para llevar a cabo ese propósito hay que tener el sentimiento de que llevamos con nosotros lo sagrado, y de que lo llevamos a nuestra casa; no basta con el sentimiento de la existencia de la santidad como esperanza. Con frase más elevada, necesitamos presencia real. Con frase más popular, necesitamos algo que siempre esté a

mano. Esto es, necesitamos algo que esté siempre a mano y no más allá del horizonte. El instinto de pionero está empezando a debilitarse, y de esto se lamentaba hace poco un conocido viajero; pero dudo que pueda decirnos cuál es la causa. Hasta es posible que no me entienda, en un radiante arranque de comprensión, si le digo que soy partidario de la caza del pato salvaje, con tal de que crea realmente que el pato salvaje es el ave del paraíso, pero que es necesario cazarlo con sabuesos celestiales. Si todo esto no le pareciera suficientemente claro, le explicaría que el viajero debe poseer algo y perseguir algo, o de lo contrario ni siquiera sabrá qué perseguir. No siempre basta con seguir la estrella: a veces es menester descansar frente al fuego, sentir que hay algo tan sagrado en la llama de la fogata como en el resplandor de la Estrella Polar. Y esa misma voz misteriosa, señal de partida para algunos, voz única que nos dice que no tenemos aquí ciudad perdurable, es también la única que dentro de los límites de esta tierra puede levantar ciudades que perduren.

Como dije al comienzo de este capítulo, es vano pretender que semejante fe no sea lo fundamental en ese verdadero cambio. Y tiene una relación práctica con la reconstrucción de la propiedad: a menos que comprendamos este espíritu, no podremos superar la crisis mediante la colonización. La gente preferirá el nomadismo de la ciudad al puro nomadismo del desierto. No tolerará la emigración si significa simplemente ser llevada de un lado a otro por los políticos, como otros fueron llevados de aquí para allá por los policías. Preferirán pan y circo y langostas y miel silvestre en tanto que el que va delante no sepa para qué prepara Dios el camino.

Pero aunque dejemos de lado por el momento los ideales estrictamente espirituales que el cambio supone, debemos admitir que implica ideales seculares que deben ser positivos y no meramente comparativos como el ideal del progreso. A veces se nos insulta diciendo que oponemos a todas las utopías lo que en verdad es la utopía más

imposible; que presentamos un campesino alegre que no puede existir más que en el teatro, que confiamos en una pastora china que no se ha visto nunca, salvo en la repisa de la chimenea. Si en realidad presentamos cuadros imposibles de una humanidad ideal, no somos los únicos que lo hacen. No sólo los socialistas, sino también los capitalistas hacen desfilar ante nosotros sus figuras imaginarias e ideales, y los capitalistas más todavía que los socialistas, si eso es posible. Por cada vez que leemos algo acerca del último Paraíso Terrenal del señor Wells, en el cual hombres y mujeres se mueven graciosamente vestidos con sencillez, y conservan su calma en una forma que a veces se hace difícil en este mundo (aunque seamos autores de novelas utópicas), por cada vez que vemos este cuadro ideal, vemos diez veces en un día el cuadro ideal de los comerciantes que ponen anuncios. Se nos dice «sea como este hombre», o se nos recomienda que imitemos a una persona agresiva que nos señala con el dedo en forma muy grosera para alguien que se considera a sí mismo como modelo de la juventud. Sin embargo, es un retrato enteramente ideal; es muy poco probable (nos agrada decirlo) que ninguno de nosotros consiga desarrollar un mentón o un dedo de tipo tan pretencioso. Pero no culpamos a los capitalistas ni a los socialistas por exponer un ejemplar o figura-talismán que impresione la imaginación. No nos sorprende que nos presenten a la persona ideal para que la admiremos; nos sorprende sólo la persona que admiran. Es muy cierto que en nuestro movimiento, tanto como en cualquier otro, existe esa pintura romántica. Los hombres nunca han hecho nada en este mundo sin ella; pero la nuestra es mucho más real y también más romántica que los sueños de los demás románticos. No puede haber una nación de millonarios, y todavía no ha habido una nación de camaradas utópicos; pero ha habido cantidad de naciones de campesinos bastante satisfechos. Con relación a esto, sin embargo, lo importante es que si no pedimos directamente la religión de la pequeña propiedad, debemos al menos pedir la poesía de la

pequeña propiedad. Es una cosa para la cual es decididamente práctico, e incluso urgente, ser poético. Y aquellos que nos tachan de poetas son quienes no ven en realidad el problema práctico.

Porque el problema práctico es la meta. El concepto de pionero ha decaído, como el concepto de progresista, y por la misma razón. La gente podía seguir hablando de progreso mientras no estuviera pensando puramente en el progreso. Los progresistas poseían en realidad alguna noción del fin del progreso; hasta el pionero más práctico tenía una idea vaga e indefinida de lo que quería. Los progresistas confiaban en la tendencia de su época, porque creían, o al menos habían creído en un cuerpo de doctrinas democráticas que suponían un proceso de establecimiento. Y los pioneros o fundadores de imperios estaban llenos de esperanza y de valor porque, para hacerles justicia, la mayoría de ellos creían al menos en forma confusa que la bandera que llevaban simbolizaba la ley y la libertad y una civilización más perfecta. Por lo tanto buscaban algo y no buscaban puramente por buscar. Pensaban subconscientemente en el final del viaje y no en un viaje sin fin; no sólo se estaban abriendo paso a través de una selva, sino que estaban construyendo ciudades. Conocían más o menos el estilo arquitectónico de sus futuras construcciones, y creían sinceramente que era el mejor estilo del mundo. El espíritu de aventura ha fracasado porque se ha dejado en manos de los aventureros. La aventura por la aventura se convirtió en algo como el arte por el arte. Los que habían perdido todo sentido de fin, perdieron todo sentido del arte y aun de lo accidental. Ha llegado el momento de volver a vivificar, a afirmar el objeto del progreso político o la aventura colonial en todos los campos, pero especialmente en el nuestro. Incluso si pintamos la meta del peregrinaje como una especie de paraíso campesino, esto será mucho más práctico que emprender un peregrinaje sin meta. Pero es todavía más práctico insistir en que no queremos insistir sólo en lo que se llaman cualidades del pionero, que no queremos

presentar solamente las virtudes que logran una aventura. Queremos que los hombres piensen no sólo en el lugar que tendrían interés en hallar, sino en el lugar en donde les agradaría quedarse. Aquellos que quieren sólo hacer revivir las esperanzas sociales del siglo XIX no deben ofrecer una esperanza sin fin, sino la esperanza de un fin. Aquellos que deseen continuar la construcción de la antigua idea colonial deben dejar de decirnos que la Iglesia del Imperio se apoya enteramente en una piedra que rueda. Porque es un pecado contra la razón decir a los hombres que es mejor viajar llenos de esperanza que llegar; cuando llegan a creerlo, nunca más vuelven a viajar con esperanza.

V

RESUMEN

Una vez discutí con un erudito que tenía el raro

capricho de ordenar lo que uno y otro íbamos diciendo según moldes matemáticos; primero de mil palabras, luego de cien, y luego cambiándolo todo a algún otro molde. Acepté ese desafío como aceptaría siempre cualquier otro, especialmente cualquier aparente exhortación a la justicia, pero estuve tentado de decirle cuán absolutamente impracticable es este método para algo tan vivo como una discusión. Está claro que un hombre puede necesitar mil palabras para responder a sólo diez. Supongamos que yo iniciara el diálogo filosófico diciendo: «Usted estrangula a niños». Él replicaría, naturalmente: «Es absurdo; nunca he estrangulado a ningún niño». Y sólo en esa exclamación obvia ya habría usado más palabras que yo. Es imposible sostener un verdadero debate sin digresiones. Cada definición parecerá una digresión. Supongamos que alguien me presentara una declaración periodística como ésta: «Los jesuitas españoles censurados en el Parlamento». Yo no puedo referirme a ello sin explicar al periodista en qué diferimos acerca del alcance y comprensión de cada uno de los términos. No puedo contestar rápidamente si sólo voy descubriendo poco a poco que el hombre es víctima de una serie de errores extraordinarios, como creer que el Parlamento es una asamblea representativa popular, que España es un país estéril y decadente y que un jesuita español es una especie de capellán de corte cauteloso, cuando en realidad fue un jesuita español quien anticipó toda la teoría democrática de nuestros días, y hasta la lanzó como un desafío contra el derecho divino de los reyes. Cada una de estas explicaciones tendrá que dar lugar a una digresión, y todas serán necesarias. Ahora bien, tengo plena conciencia de que en este libro hay muchas digresiones, que a primera vista pueden no parecer necesarias, porque he tenido que componerlo con lo que originariamente era una especie de charla polémica, y era imposible cortar la charla y dejar sólo la polémica. Además, ningún hombre puede discutir con muchos contrarios sin tocar muchos temas, como bien lo sabe todo aquel que ha sido interrumpido. Y en esta ocasión,

y ello me alegra decirlo, fui interrumpido con preguntas formuladas por muchos contrarios que eran a la vez amigos. Estaba desempeñando la doble función de escribir ensayos y charlar frente a la mesa del té, o mejor dicho frente a la mesa de una taberna. Ha sido absolutamente imposible convertir esta especie de mezcla de chisme y Evangelio en algo así como un tratado del distributismo. Pero me imagino que, aun considerado como una serie de ensayos, parece más inconsecuente de lo que en realidad es, y muchos tal vez lean los ensayos sin ver su ilación. Por eso he decidido agregar este último ensayo, con el único propósito de abarcar la intención de la totalidad, aunque el resumen sea sólo una recapitulación. Para muchas de mis digresiones he tenido un motivo que tal vez no se manifieste hasta que no se vea la totalidad con cierta perspectiva; y donde la digresión no se justifica así, sino que se debe al deseo de responder a un amigo o (peor aún) a mi tendencia a la alegría ociosa e impropia; sólo puedo pedir disculpas sinceramente al sabio lector y prometerle que haré todo lo que pueda para que este resumen final resulte lo más insulso posible.

Si siguiéramos, como en la actualidad, en forma metódica, desaparecería hasta la idea de propiedad. Y no será la violencia revolucionaria la que la destruya. Será más bien la costumbre desesperada y descuidada de no sufrir revoluciones. El mundo será ocupado, o mejor dicho ya está ocupado, por dos fuerzas que ahora son una sola. Hablo, claro está, de esa parte del mundo en la que impera nuestra organización, y de esa parte de la historia del mundo que perdurará mucho más que nuestra época. Tarde o temprano, sin duda, los hombres redescubrirán ese placer tan natural de la propiedad. Pero quizá lo descubran después de siglos, siglos iguales a aquellos en que reinaba la esclavitud pagana. Puede que lo descubran después de una larga decadencia de toda nuestra civilización. Pueden redescubrirlo los bárbaros e imaginar que es cosa nueva.

De cualquier modo, es probable un progreso hacia la completa unión de dos combinaciones. Ambas son fuerzas

que sólo creen en la unión, y nunca han comprendido ni han oído decir que haya nada digno en la división. Nunca han tenido imaginación suficiente para comprender la idea presente en el Génesis y los grandes mitos: que la creación misma fue división. El principio del mundo fue la separación de cielo y tierra; el principio de la humanidad fue la división de varón y mujer. Pero esas mentes chatas y romas nunca percibirán la diferencia entre la separación creadora de Adán y Eva y la separación destructiva de Caín y Abel. Sea como fuere, estas dos fuerzas o espíritus están ahora en la misma situación: en situación de incomodarse con toda división y por lo tanto con toda distribución. Creen en la unidad, en la unanimidad, en la armonía. Una de estas fuerzas es el socialismo de Estado; la otra, la gran empresa. Ya son un solo espíritu, pronto serán un solo cuerpo. Porque, puesto que no creen en la división, no pueden permanecer divididas; como creen sólo en la unión, se unirán también ellas. Actualmente una de ellas llama solidaridad a la unión; la otra la llama consolidación. Parecería que sólo faltase que ambos monstruos aprendieran a decir «consolaridad». Pero sea cual fuere el nombre que le den, no cabe duda sobre el carácter del mundo que entre ambas crearían. Cada vez se va haciendo más preciso y conocido. Será un mundo de organización, o sindicatos, o estandarización. La gente podrá tener sombreros, casas, días de fiesta y medicamentos según fórmulas reconocidas y universales; y los hombres serán alimentados, vestidos, educados y examinados según un sistema amplio y complicado. Pero si en determinado momento se les preguntara si la agencia que les ha proporcionado la casa o el sombrero es todavía simplemente comercial o se ha convertido en municipal, probablemente no lo sabrían. Y es muy posible que no les importara saberlo.

Muchos creen que la humanidad será feliz con esta nueva paz; que se conciliarán las clases sociales y que las almas vivirán en paz. Yo no creo que las cosas lleguen a estar tan mal como todo eso, aunque admito que hay muchas

cosas que quizás hagan posible tan catastrófica satisfacción. Gran número de hombres se han sometido a la esclavitud; los hombres se someten naturalmente a un Gobierno y hasta en especial a un Gobierno despótico. Pero creo que para cualquier persona inteligente será cosa evidente que ese Gobierno ha de ser algo más que despótico. Lo esencial del trust es que no solamente tiene el poder de suprimir toda rivalidad militar o rebelión del pueblo, como lo tiene el Estado, sino que también tiene el poder de suprimir toda costumbre, o moda, u oficio, o empresa privada que no le agrade. El militarismo sólo puede impedir que el pueblo luche; pero el monopolio puede impedir que compre o venda todo menos el artículo (generalmente inferior) que lleva la marca registrada del monopolio. Si de la historia y la naturaleza humana puede inferirse algo, es absolutamente seguro que el despotismo se irá haciendo cada vez más despótico y que el artículo se irá haciendo cada vez peor. No hay argumento psicológico concebible que nos haga creer que las personas que mantienen semejante poder generación tras generación no abusarán cada vez más de él, o que no descuidarán cada vez más todo lo restante. Sabemos lo que han llegado a ser gobiernos menos rígidos, incluso los instituidos por gobernantes magnánimos e inteligentes. Y podemos adivinar confusamente el efecto de poderes mayores en manos de hombres menos grandes. Y si el nombre de César llegó por fin a representar todo aquello que llamamos bizantino, ¿qué grado de estupidez podemos predecir para cuando el nombre de Harrod suene aún más estúpidamente que ahora? Si por último llegó a ser proverbial la monotonía de la China, después de haberse nutrido ésta de Confucio durante siglos, ¿en qué condiciones quedarán los cerebros que durante siglos se hayan nutrido de Calístenes?

Dejo aquí de lado el caso particular de mi propio país, donde no nos amenaza una decadencia lenta, sino más bien un derrumbe desagradablemente rápido. Porque cuando observamos el capitalismo monopolizador en un país en el cual, en un sentido vulgar, todavía tiene éxito, como

Estados Unidos, sólo vemos con mayor claridad y en escala más colosal las perspectivas largas y descendentes que apuntan a Bizancio o Pekín. Es evidente que todo el asunto consiste en una máquina montada para fabricar un artículo de muy mala calidad y mantener a la gente en el desconocimiento de los de primera calidad. La mayoría de los sistemas civilizados ha caído desde una cumbre; pero éste empieza a caer desde poca altura y en lugar llano; y para la imaginación más mórbida será difícil imaginar lo que sucedería si realmente hubiera vencido a todos sus críticos y rivales y hubiera establecido firmemente su monopolio para los próximos doscientos años. Pero, cualquiera que haya de ser la última etapa de la historia, ningún hombre cuerdo duda ya de que estamos presenciando las primeras. Ya no hay diferencia de tono ni de clase entre el orden colectivista y el orden comercial ordinario; el comercio tiene su burocracia y el comunismo su organización. Las cosas privadas ya son públicas en el peor sentido de la palabra, es decir, son impersonales y deshumanizadas. Y las cosas públicas ya son privadas en el peor sentido de la palabra; esto es, son misteriosas y secretas y están muy corrompidas. El nuevo tipo de Gobierno comercial combinará todo lo malo con todos los planes para un mundo mejor. No habrá excentricidad, ni buen humor, ni noble desdén del mundo. No habrá nada, salvo una cosa abominable llamada «servicio social», que significa esclavitud sin lealtad. Este servicio será uno de los ideales. Olvidé mencionar que habrá ideales. Los hombres más ricos del movimiento han manifestado muy claramente que poseen cierto número de estos pequeños consuelos. La gente siempre tiene ideales cuando ya no puede tener ideas.

El filántropo en cuestión probablemente se sorprenderá cuando sepa que algunos de nosotros consideramos este proyecto como algo semejante a la teoría de que todos deberíamos involucionar hasta llegar al mono. Por eso nos preguntamos si será todavía concebible restablecer eso que se llama autonomía, olvidado hace tanto

tiempo; esto es, la posibilidad de que todo ciudadano dirija en cierto grado su propia vida y construya su propio entorno, coma lo que le agrada, vista lo que quiera y tenga (cosa que el trust necesariamente le niega) un campo de elección. En estas notas acerca de tal concepto me he interesado en averiguar si es posible rehuir ese mal enorme de la simplificación o la centralización, y lo que he dicho se resume mejor bajo dos títulos o en dos declaraciones paralelas. A algunos quizás les parezca que se contradicen una a otra, pero en realidad se confirman.

Primero, digo que esto es algo que podría hacerlo el pueblo. No es cosa que pueda hacerse al pueblo. En esto difiere de casi todos los sistemas socialistas, como difiere de la filantropía plutocrática. No digo que yo, que miro con odio y desprecio este proyecto, pueda salvarlos de él. Digo que ellos pueden salvarme a mí de él y salvarse ellos mismos si también lo miran con odio y desprecio. Pero deberá hacerse con espíritu de religión, de revolución y (añadiré) de renunciación. Se debe desear hacerlo como se desea expulsar a los invasores de un país o detener una plaga que se extiende. Y con respecto a esto, nuestros críticos tienen un modo extraño de discutir en círculo vicioso. Preguntan por qué nos molestamos en censurar lo que no podemos destruir y en ofrecer un ideal que no podemos alcanzar. Dicen que lo que hacemos es volcar el agua sucia antes de conseguir agua limpia, o más bien que analizamos los microorganismos del agua sucia en tanto que no nos arriesgamos a volcarla. ¿Por qué hacemos que los hombres estén descontentos en condiciones que deberían contentarlos? ¿Por qué denigramos una intolerable esclavitud que debe ser tolerada? Sin embargo, cuando por nuestra parte preguntamos por qué es imposible nuestro ideal, o por qué el mal es indestructible, contestan: «Porque no se puede convencer a la gente de que quiera destruirlo». Es posible, pero según sus propias manifestaciones no pueden acusarnos de que tratemos de hacerlo. No pueden decir que la gente no odia la plutocracia lo suficiente para aniquilarla,

y luego reprocharnos que les pidamos que la miren lo suficiente para odiarla. Si no han de atacarla hasta que la odien, entonces estamos haciendo lo más práctico que puede hacerse: mostrarles que es odiosa. Un movimiento espiritual debe comenzar en algún punto, pero yo afirmo positivamente que debe haber un movimiento espiritual. No se trata de una agitación financiera, ni de un reglamento policial, ni de una cuenta particular o un detalle de contaduría. O es un esfuerzo poderoso de la voluntad del hombre, como el de eliminar cualquier otro mal, o no es nada. Digo que si los hombres lucharan por esto podrían vencer; en ningún momento he sugerido que haya forma alguna de vencer sin luchar.

Bajo este título he examinado en su lugar correspondiente, por ejemplo, la posibilidad de un boicot organizado contra las grandes tiendas. Indudablemente, boicotearlas implicaría algún sacrificio: sería algo molesto buscar tiendas pequeñas. Pero sería la centésima parte del sacrificio y la molestia que a menudo han soportado masas de hombres que hacían una protesta patriótica o religiosa, cuando realmente querían protestar. Según esta misma regla general, he señalado que la verdadera vida del campo, de hombres que no sólo viven en la tierra, sino que viven de la tierra, sería una aventura que implicaría tanta obstinación como abnegación. Pero no significaría ni la mitad del ascetismo que una aventura como la que en general se atribuye a colonos y fundadores de imperios; no sería nada comparada con el ascetismo de millones de soldados y monjes. Sólo que es verdad que los monjes tienen una fe y los soldados una bandera, y hasta los fundadores de imperios es presumible que tuvieran la impresión de que podían ayudar al imperio. Pero no me parece del todo inconcebible, dentro de la variedad de la experiencia religiosa, que los hombres atiendan tanto a la tierra como los monjes al cielo; que la gente tenga realmente tanta fe en las azadas que crean como en las espadas que matan; y que los ingleses que han colonizado en todas partes puedan empezar a colonizar en Inglaterra.

Una vez que admití, o más bien que insistí en que esto no puede llevarse a cabo a menos que la gente considere que vale la pena, procedí a indicar que en estas esferas diferentes, el número de personas que consideran que vale la pena hacerlo es mayor de lo que creen las personas que opinan que no vale la pena señalarlo. Así, incluso entre las multitudes que colman las grandes tiendas se oyen en realidad muchas protestas contra esas grandes tiendas, no tanto porque sean grandes como porque son malas. Pero estas críticas reales no están organizadas como las alabanzas y elogios irreales, o como cualquier conspiración. Cuando se critica al millonario dueño de las tiendas, las críticas provienen de sus clientes. Cuando lo elogian generosamente, los elogios provienen de él mismo. Cuando se lo maldice, es en la habitación más recóndita; cuando es alabado (por él mismo), las alabanzas se pregonan desde las azoteas de las casas. Publicidad quiere decir eso: una voz suficientemente potente para ahogar cualquier observación hecha por el público.

En el caso de la tierra, como en el caso de las tiendas, señalé que existe, si no una agitación espiritual, al menos los elementos de ella. Así como encontramos descontentos entre los que están comprando, así también se percibe un anhelo de tierra entre aquellos a quienes apenas se permite caminar sobre el suelo. Di el ejemplo de los habitantes de los arrabales de Limehouse, que a la fuerza eran alzados hasta pisos altos y que se lamentaban enérgicamente por la pérdida de los corrales pequeños y extraños que se habían construido en los rincones de su barrio. Parece absurdo decir que ninguno de los habitantes de un país podría ser labrador cuando hasta los cockneys tratan de ser campesinos. Señalé también que, en el caso del campo, existe ahora un descontento general tanto por parte de los propietarios como por parte de los arrendatarios. Todo parece apuntar a una vida más sencilla, la vida de un hombre en un campo, libre en la medida de lo posible de todas las complicaciones de las rentas y el

trabajo, especialmente cuando la renta a menudo ni se cobra ni rinde, y cuando los trabajadores están frecuentemente en huelga o en la miseria. También aquí puede haber un millón de individuos que piense así; pero el millón no se ha convertido en multitud porque la multitud es cosa espiritual. No seré nunca tan poco patriota como para insinuar que los ingleses nunca podrían sostener una lucha agraria en Inglaterra como la sostuvieron los irlandeses en Irlanda. Por lo tanto, según este primer principio, habría que predicar esto como se predica una cruzada. Y es totalmente falso y contrario a la historia afirmar como regla que una vez predicada la cruzada no habrá cruzados.

Y el segundo de mis principios generales, que tal vez parezca contradictorio, pero que es confirmatorio, es este creo que: la transformación debería realizarse paso a paso, con paciencia y concesiones parciales. No creo, sino esto porque tenga fe alguna en ese culto tonto a la lentitud que a veces se llama evolución a causa de las circunstancias particulares del caso. Primero, las multitudes pueden saquear, quemar y robar al rico para gran beneficio y edificación espiritual de éste. Tal vez lo hagan naturalmente, casi distraídamente, pensando en alguna otra cosa, como en el caso de su antipatía por judíos o hugonotes. Pero de nada serviría que nosotros sacudiéramos violentamente el sentimiento de propiedad, incluso donde está mal colocado o mal proporcionado, porque sucede que ése es precisamente el sentimiento que estamos tratando de hacer revivir. Psicológicamente sería disparatado insultar a una feminista poco femenina a fin de despertar una delicada caballerosidad hacia las mujeres. Sería imprudente utilizar como garrote una imagen sagrada para aporrear a un iconoclasta y enseñarle a no tocar dichas imágenes. Allí donde todavía es sincero ese anticuado sentimiento de propiedad, creo que debería ser tratado gradualmente y con cierta consideración. Allí donde el sentimiento de propiedad no existe en absoluto, como entre los millonarios, bien podría ser mirado en forma bastante diferente; allí se

plantearía el problema de si la propiedad adquirida en determinada forma es o no propiedad. En cuanto al caso del acaparamiento y la formación de monopolios en perjuicio del comercio, eso cae dentro del primero de mis dos principios. Es simplemente cuestión de saber si tenemos la valentía espiritual de castigar lo que ciertamente es inmoral. No cabe mayor duda sobre estas operaciones de altas finanzas que sobre la piratería en alta mar. Es simplemente el caso de un país gobernado tan mal y tan desordenadamente que se infecta de piratas. Por lo tanto, me he ocupado en este libro de los trust y de la ley de antitrust como de una cuestión que no sólo ha de originar la protesta, en forma de un boicot o una huelga, sino propiciar que el Estado inicie una acción directa contra los criminales. Pero cuando los criminales son más fuertes que el Estado, de cualquier tentativa de castigarlos se dirá ciertamente que es rebelión, y con justicia puede llamarse cruzada.

Sea como fuere, si pasamos al segundo principio, existe otra razón menos abstracta para reconocer que la meta debe alcanzarse por etapas. Aquí he tenido que considerar varias cosas que pueden llevarnos a un paso más cerca, aun cuando en sí mismas no satisfagan mucho a los distributistas ardientes y austeros. Tomé el ejemplo del automóvil Ford, que se fabrica en serie, pero que se usa para la aventura individual; porque, después de todo, un auto privado es más privado que un tren o un tranvía. También usé el ejemplo de la planta general de electricidad, que podría hacer que muchos pequeños talleres tuvieran por primera vez una oportunidad. No pretendo que todos los distributistas estén de acuerdo con esta decisión mía; pero en general me inclino a decidir que deberíamos usar estas cosas para romper el desesperado bloque del capital y la administración concentrados, aun cuando solicitáramos su abandono una vez cumplida la tarea. Nos interesa formar un tipo particular de hombre, el tipo de hombre que no reverencia a la máquina aunque la use. Pero en cada etapa es esencial insistir en que no sólo conservamos la libertad

de dejar de reverenciar a las máquinas, sino también la de dejar de usarlas. En este sentido critiqué ciertas observaciones del señor Ford y toda esa idea de «estandarización» que puede decirse que representa. Pero en todas partes percibo una diferencia entre los métodos que podemos usar para crear una sociedad más sana y las cosas que una sociedad más sana puede tener la cordura de hacer. Así, por ejemplo, un pueblo que realmente hubiera descubierto la alegría de hacer cosas nunca querría hacer la mayoría de ellas mediante máquinas. Los escultores no quieren dar formas a su estatua con un tomo, ni los pintores imprimir su cuadro con un molde; y un artesano que fuera en realidad capaz de modelar cacharros o cacerolas no estaría más dispuesto que ellos a condescender con lo que se llama manufacturarlas. Es extraño, dicho sea de paso, que la misma palabra «manufacturar» signifique lo contrario de lo que se supone que debería significar. Es en sí testimonio de tiempos mejores, cuando no significaba el trabajo de una fábrica moderna. En el sentido estricto de la palabra, el escultor manufactura la estatua y el obrero de la fábrica no manufactura el tornillo.

Pero, de cualquier modo, un mundo en el cual hubiera muchos hombres independientes sería probablemente un mundo en el cual habría más artesanos individuales. Cuando hayamos creado semejante mundo, podremos confiar en que éste sentirá más intensamente que el mundo moderno el peligro de la maquinaria que desvirtúa la creación, y el valor de lo que desvirtúa. Y sugerí que tal mundo bien podría tomar medidas especiales con respecto a las máquinas, como hacemos nosotros con respecto a las armas: aceptarlas para fines determinados, pero mantenerlas bajo una vigilancia especial.

Pero todo esto pertenece a la etapa más adelantada de la evolución, cuando ya existe una república de hombres libres; no lo creo incompatible con el uso de instrumentos inofensivos en sí mismos a fin de ayudar a esos ciudadanos a encontrar un apoyo. También he señalado que

así como no considero que la maquinaria sea un instrumento de suyo inmoral, así tampoco considero la intervención del Estado como instrumento inmoral en sí. El Estado podría hacer mucho en las primeras etapas, especialmente educando para los oficios nuevos y necesarios, mediante subsidios o tasas que protejan los experimentos distributistas y mediante leyes especiales, como la de impuestos sobre los contratos. Todo esto cae bajo lo que yo llamo el segundo principio, que acepta el uso de instrumentos intermedios imperfectos; pero sigue al primer principio, que dice que no sólo debemos ser perfectos en nuestra paciencia, sino también en nuestra cólera y en nuestra constante indignación.

Por último, están los problemas corrientes y evidentes, como el de la población, y con respecto a eso convengo plenamente en que el proceso llevará tarde o temprano a la emigración. Pero creo que deberían encargarse de la emigración aquellos que comprenden a la nueva Inglaterra y no los que quieren escapar de ella o de la necesidad de ella. Los hombres tendrán que darse cuenta del sentido nuevo de la vieja frase «el carácter sagrado de la propiedad privada». Tendrá que haber un espíritu que haga que el colono se sienta en su casa y no en el extranjero. Y ahí admito que surge una dificultad; confieso que conozco una sola cosa que daría al suelo nuevo la santidad de algo ya antiguo y pleno de misticismo. Y esa cosa es un altar. La presencia real de una religión sacramental.

Así, inevitablemente, desemboco en otra controversia que no tengo interés en proseguir aquí. Pero no sería sincero si no lo mencionara, y cualquiera que sea el caso, es imposible negar que existe una doctrina detrás de toda nuestra posición política. No es, necesariamente, la doctrina de la autoridad religiosa que yo sí admito; pero no puede negarse que debe ser religiosa en cierto sentido. Es decir, que debe tener al menos cierta relación con el fin último del universo y especialmente con la naturaleza del hombre. Aquellos que están dispuestos a ver atrofiada la

propiedad estarán dispuestos, en último extremo, a ver que se amputan brazos y piernas. Creen realmente que éstos podrían convertirse en órganos muertos, como el apéndice. Dicho con otras palabras, hay en verdad una diferencia fundamental entre mi opinión y esa visión del hombre como cosa meramente intermedia y variable (un eslabón, si no un eslabón perdido). Se afirma que el hombre andaba antes sobre cuatro patas y ahora anda sobre dos. La inferencia obvia sería que en la próxima etapa de su evolución tendrá que apoyarse en una sola pierna. Y esto tendría gran importancia para el capitalista o para los poderes burocráticos que cuidan del hombre. Significaría, por un lado, que sólo sería necesario proporcionar a la clase obrera la mitad de zapatos. Significaría que todos los jornales serían medios jornales. Pero yo declararé al final, como al principio, que creo en el hombre que se apoya sobre dos piernas y necesita dos zapatos, y deseo que esos zapatos sean suyos. Podrán decir que querer esto es ser conservador, que tratar de conseguirlo es ser revolucionario. Si eso es ser conservador, yo soy conservador; si es ser revolucionario, soy revolucionario... pero, de cualquier modo, demasiado demócrata para ser evolucionista. Lo que hay detrás del bolchevismo y muchas otras cosas modernas es una duda nueva. No es puramente la duda acerca de Dios; es más bien una duda acerca del hombre. La moral antigua, la religión cristiana, la Iglesia católica se apartaron de toda esta nueva mentalidad porque creían realmente en los derechos de los hombres. Esto es, creían que los hombres corrientes estaban investidos de poderes y privilegios y de una forma de autoridad. Así, el hombre corriente tenía derecho a disponer, dentro de lo razonable, de los otros animales; ésa es una objeción al vegetarianismo y a muchas otras cosas. El hombre corriente tenía derecho a juzgar sobre su propia salud, y sobre los riesgos que correría con las cosas ordinarias de su contorno; ésa es una objeción al prohibicionismo y a muchas otras cosas. El hombre corriente tenía derecho a opinar sobre la

salud de sus hijos, y en general a criarlos como mejor pudiera; ésa es la objeción a muchas interpretaciones de la moderna educación por el Estado. Ahora bien, en todas estas cosas primordiales en las que la antigua religión mostraba su confianza en el hombre, la nueva filosofía muestra su desconfianza. Insiste ésta en que debe ser una rara especie de hombre para tener algún derecho en esas cuestiones; y cuando pertenece a esa especie rara, tiene todavía más derecho a gobernar sobre los otros que sobre sí mismo. Este escepticismo profundo con respecto al hombre corriente es el punto donde coinciden los elementos más contradictorios del pensamiento moderno. Por eso el señor Bernard Shaw quiere producir un nuevo animal que viva más tiempo y llegue a ser más sabio que el hombre. Por eso el señor Sidney Webb quiere reunir a los hombres en rebaños, como a las ovejas o cualquier otro animal mucho más tonto que el hombre. No se rebelan contra lo que consideran una tiranía anormal; se rebelan contra lo que consideran una tiranía normal, esto es, contra la tiranía de los seres normales. No se alzan contra el rey. Se alzan contra el ciudadano. El viejo revolucionario, cuando se encontraba en el techo (como el revolucionario del El dinamitero de Stevenson) y contemplaba la ciudad, solía decirse: «Miren cómo disfrutaban en sus palacios príncipes y nobles, miren cómo los capitanes y sus cohortes pasan a caballo por las calles y pisotean a las gentes». Pero no son ésas las cavilaciones del nuevo revolucionario. Éste dice: «Miren a todos esos hombres estúpidos que habitan en casas vulgares y barrios ordinarios. Piensen en lo mal que educan a sus hijos, piensen en lo mal que tratan al perro y en cómo hieren los sentimientos del loro». En resumen, estos sabios, acertada o equivocadamente, no confían en que el hombre corriente pueda gobernar su casa, y menos aún quieren que gobierne el Estado. En realidad, no quieren concederle ningún poder político. Están dispuestos a otorgarle el voto porque hace tiempo que descubrieron que ese voto no le otorga ningún poder. No están dispuestos a darle una casa, ni

una mujer, ni un hijo, ni un perro, ni una vaca, ni un pedazo de tierra, porque esas cosas sí le otorgan poder.

Ahora bien, queremos que se comprenda que nuestra política consiste en otorgarle poder concediéndole estas cosas. Queremos insistir en que ésta es la verdadera diferencia espiritual que está en la base de todas nuestras disputas, y quizá sea la única sobre la que vale realmente la pena discutir. Estamos lejos de negar, especialmente en este momento, que la otra parte tenga mucho que decir. Es probable que insistamos en solitario en que en todo sentido el ciudadano medio y respetable debería tener algo que dirigir. Sólo nosotros, en la misma medida y por la misma razón, tenemos derecho a llamarnos demócratas. Solía llamarse a la república nación de reyes, y en nuestra república los reyes poseen realmente sus reinos. Todos los gobiernos modernos, ya sean prusianos o rusos, todos los movimientos modernos, ya sean capitalistas o socialistas, le quitan su reino al rey. Porque les desagrada la independencia de ese reino, se oponen a la propiedad. Porque les desagrada la fidelidad de ese reino, se oponen al matrimonio.

Por ello, divertido aunque algo triste, señalo las visiones encumbradas que van unidas a los salarios que bajan. Observo que los profetas sociales ofrecen todavía a quienes no tienen hogar algo mucho más alto y puro que una casa, prometiendo una superioridad por encima de lo normal a gentes a quienes no se les permite ser normales. Por mi parte me conformo con soñar con la antigua tarea de la democracia, de dar a todo ser humano tanta humanidad como sea posible; y entretanto, sin duda, el autor de Los primeros hombres en la Luna pronto se burlará de nosotros en una novela que llamará Los últimos hombres en la Tierra. Y en verdad creo que cuando pierdan el orgullo de su propiedad personal, perderán algo que pertenece a su actitud erguida y a su paso y equilibrio sobre el planeta. Mientras tanto, me siento en el metro o en un tranvía entre manadas de empleados a quienes se hace trabajar demasiado y obreros a quienes se les paga demasiado poco, y al leer algo sobre la gran concepción de

Hombres Como Dioses me pregunto cuándo serán los hombres como hombres.
